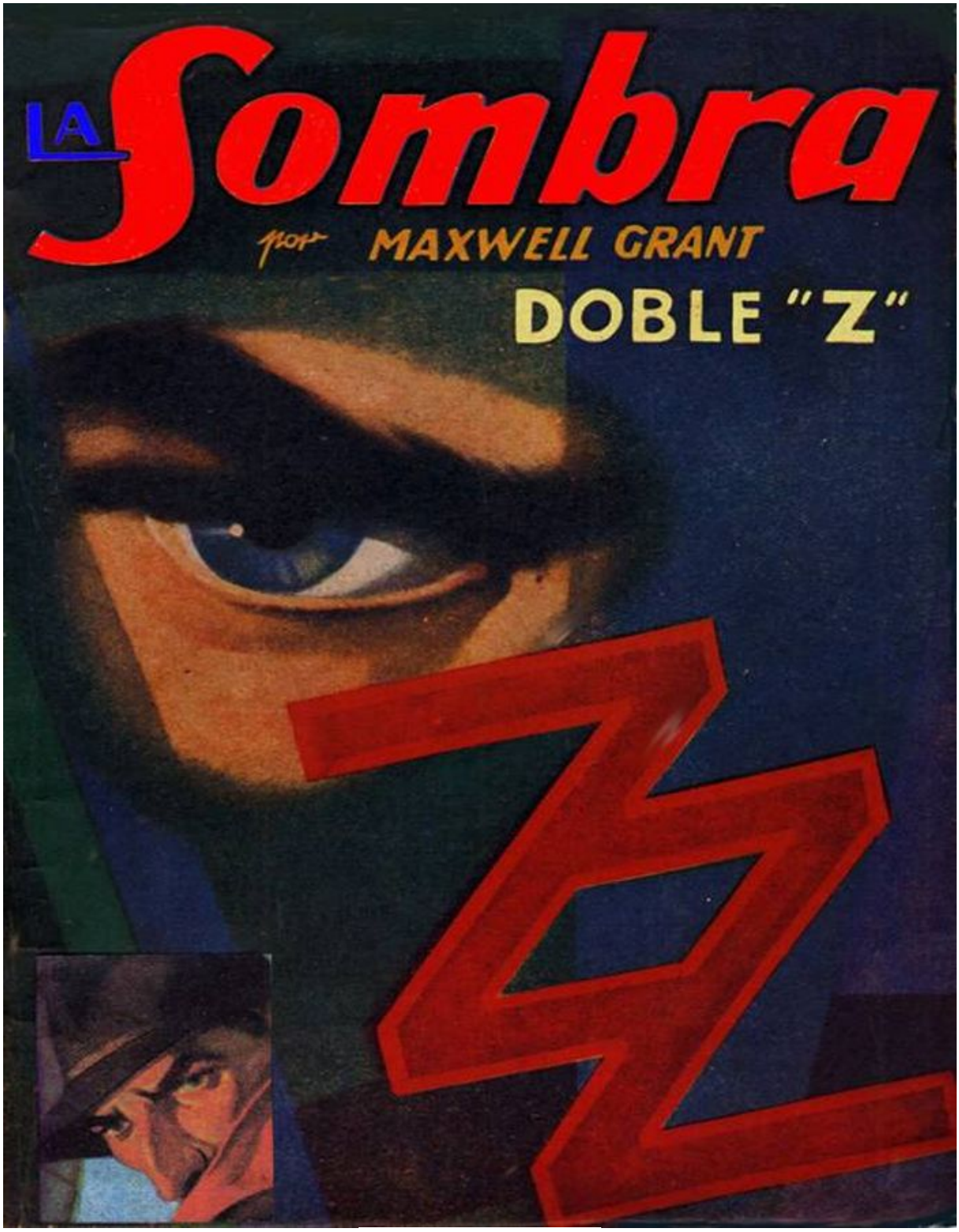
# Doble Z

Maxwell Grant




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

## *CAPÍTULO I*
## *EL HOMBRE PERSEGUIDO*

La mano que empuñaba la llave temblaba. Tras no pocos trabajos consiguió hacerla entrar en la cerradura. Un hombre de elevada estatura penetró en el oscuro vestíbulo y cerró la puerta tras él.

Un ligero suspiro salió de sus resecos y delgados labios, que sobresalían de la gruesa bufanda que le cubría el cuello y aun la barba.

Aquel hombre avanzó lentamente por el vestíbulo. Al llegar al pie de la escalera se volvió receloso y lanzó una mirada de soslayo a al puerta que dejara a su espalda. El cristal del montante le inquietaba.

Por él penetraba la débil luz exterior que iluminaba vagamente el sombrío vestíbulo, constituyendo una verdadera claraboya. Recordó el nerviosismo que le acometiera.

Mientras trataba de servirse de la llave, escuchó atentamente, como si esperase que alguien abriera a su vez aquella puerta.

Al fin rió nerviosamente y empezó a subir por la escalera, desvanecido ya su terror. Su figura alta, cargada de hombros, parecía ascender como un muñeco mecánico.

AL llegar al descansillo, a la mitad del camino hacia el segundo piso, se detuvo; luego continuó la ascensión con la misma lentitud y los mismos pasos metódicos.

Otra llave penetró en la cerradura de la puerta del vestíbulo. El ligero chirrido que hizo al girar sonó en el mismo instante en que el hombre del descansillo reanudaba su ascensión hacia el segundo piso.

Se abrió la puerta del vestíbulo y un hombre de corta estatura y bastante ancho de hombros se deslizó en el interior de la casa.

Cerró la puerta silenciosamente y sus ojos brillaron en la oscuridad cuando empezó a subir hacia el descansillo que había debajo del segundo piso. Su rostro, de rasgos delicados, se distendió en una sonrisa de satisfacción.

Siguió el mismo camino que el primer visitante, pero subió los escalones con una rapidez notable y en absoluto silencio. Subía dos escalones a la vez, agarrado con una mano a la barandilla, y más parecía volar que andar.

Sin embargo, a pesar de su rapidez, cuando terminó la ascensión, la extraña silueta del primer hombre se había perdido en las sombras.

El tercer piso de la casa estaba aún más oscuro que los inferiores. Cuando el perseguidor llegó allí, se detuvo. Sus finos oídos percibieron un ruido metálico. El primer visitante estaba abriendo una puerta situada a un lado del vestíbulo.

El segundo hombre movióse, pegado materialmente a la pared y avanzando con extraordinaria cautela. Unos segundos después se detuvo a muy poca distancia del que estaba junto a la puerta. Oía su tensa y sibilante respiración, pero el perseguido no dio muestras de haber descubierto su presencia.

La puerta se abrió hacia el interior y el hombre permaneció unos segundos sin moverse, en la oscuridad. Escuchaba atentamente, ajeno a la presencia de una persona a dos pasos de él.

No satisfecho aún, avanzó hacia la escalera para escuchar mejor, y casi tropezó al hacerlo con el desconocido que le siguiera hasta allí.

Tras un breve intervalo, el primer visitante retrocedió hacia la habitación, andando con más seguridad y aplomo, como si estuviese totalmente tranquilizado. En aquel escaso espacio de tiempo, su perseguidor se había deslizado a través de la puerta en el interior de la habitación.

El primer visitante cerró la puerta tras sí y buscó a tientas el conmutador de la luz. Oyóse un chasquido y la habitación inundóse de claridad.

Era una estancia pequeña pero confortable, situada en uno de los departamentos del tercer piso. El hombre pareció recobrar toda la confianza al hallarse al fin en seguridad.

Se quitó el sombrero, dejando al descubierto una negra cabellera en la que brillaban algunas hebras de plata. Quitóse la bufanda y quedó a la vista el rostro de un hombre como de unos cincuenta, años.

Por último desembarazóse de la americana que dejó sobre una silla.

En la pared opuesta de la habitación podía verse un espejo, ante el cual fue a situarse el desconocido, contemplando detenidamente sus facciones. Eran correctas en su casi totalidad, excepto la barba, que era alargada, puntiaguda.

Acarició ésta reflexivamente y luego posó ambas manos sobre las sienes para ocultar en lo posible la presencia de las canas.

Mientras mantuvo las manos en esta posición, pareció contento del examen de su persona, contento, a pesar de la inquietud, de la expresión de recelo y de desconfianza que aun reflejaba su rostro.

Fuera soplaba un viento impetuoso que hacia estremecer el vetusto edificio.

En la habitación del tercer piso, las ventanas, una a cada lado del espejo, crujían siniestramente.

Era evidente que aquel hombre consideraba aquel pisito tercero de la vieja casona en la calle Ochenta, como un santuario, en el cual no podía alcanzarle peligro alguno.

No oyó el claro chasquido que sonó a sus espaldas cuando el viento sacudió nuevamente las maderas de las ventanas, ni vió abrirse lentamente la puerta al otro lado de la habitación.

Estudiando detenidamente la reflexión de su rostro en el espejo, fue bajando poco a poco las manos hasta que sus labios dibujaron una sonrisa y se movieron como si murmurasen palabras de satisfacción.

En este momento sonó una voz a su espalda.

-Sí, señor juez. Le hace falta un poco más de tinte negro. El gris pugna por aparecer de nuevo, se acentúa cada vez más. Eso sería una desgracia.

El hombre se quedó como petrificado. Ya no contemplaba su propia imagen, sino que miraba a uno de los ángulos del cristal y sus ojos se clavaron en otro rostro allí reflejado.

Miraba atentamente al hombre que había surgido a su espalda, un individuo bajo, rechoncho, que llevaba una americana bastante usada y un sombrero de fieltro marrón.

El rostro del desconocido no era el de un enemigo y mostraba una mirada astuta y retadora a la vez.

El propietario de la casa se serenó de súbito. Volvióse rápidamente y miró a su visitante, cara a cara. Sus manos se dirigieron hacia los bolsillos de la chaqueta, pero se detuvieron en el camino.

Notó que las manos del desconocido estaban ocultas. Tal vez esperaba algún movimiento sospechoso para hacer uso de su arma.

-¿Quién es usted?-preguntó con voz ronca-. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

-Mi nombre es Caulkins-contestó con afabilidad el hombre rechoncho-. Soy el que llaman «La Lechuza erudita»,

-¿«La Lechuza erudita»?

-Sí, en el «Classic», el gran diario de Nueva York. Soy el chico que dice la última palabra en los asuntos misteriosos irresolubles. Por eso estoy aquí esta noche.

-Usted... usted...-empezó a balbucear el hombre de la barba puntiaguda, pero otra vez pareció recobrar el dominio de sí mismo, y continuó con súbita dignidad: -¿Hará el favor de

decirme cuál es el objeto de su visita? Nunca creí que los periodistas estuviesen facultados para tomar por asalto una casa.

-No he entrado precisamente por asalto-contestó Caulkins con agradable sonrisa-. Entré en el vestíbulo cuando usted dejó la puerta abierta.

El propietario de la casa estudiaba detenidamente al visitante.

Había dejado transparentar al principio muestras de nerviosismo; ahora estaba seguro de que aquel hombre le estaba diciendo la verdad.

-Bien-dijo tranquilamente-, vamos a olvidar esa intrusión. Podía llamar a la policía-dijo alargando la mano hacia el teléfono-, pero creo firmemente que no es necesario. Si es usted realmente una lechuza erudita, lo que equivale a un ave sabia, señor Caulkins, saldrá de aquí inmediatamente.

-No, hasta haberle interrogado-fue la categórica contestación.

-¿Interrogarme a mi?-contestó su interlocutor con fingida sorpresa-. ¿Y por qué había de hacerlo? Tal vez me ha tomado usted por otro. Mi nombre es José Dodd... José T. Dodd...

-Ese es el nombre que figura en la tarjeta del vestíbulo-le interrumpió Caulkins-, pero no es el suyo. Ha cambiado usted bastante de aspecto desde la última vez que le vi. ¡Hace de eso poco más de un año, muy poco antes de su desaparición, señor juez Tolland!

El interpelado de modo tan directo no contestó. Miraba fijamente a su visitante, vacilante entre ordenar al reportero que se marchara o entablar con él una discusión.

-¿Por qué se figura usted que soy Tolland?-preguntó de improviso.

-Porque sé que lo es-contestó el periodista-. El juez Harvey Tolland, desapareció hace catorce meses-. Durante algún tiempo se creyó que se había suicidado, pero yo nunca creí que hubiese usted muerto. Y ahora, ¿por qué está usted aquí?

El periodista hablaba con acento de gran convicción De haber estado su interlocutor menos impresionado, se habría dado cuenta desde el principio de que «La Lechuza Erudita» estaba practicando un bluff concienzudo. Caulkins le miraba con fijeza esperando su respuesta con verdadera ansiedad.

Y la respuesta vino al fin. Su interlocutor le indicó con un ademán una silla.

-Siéntese-le dijo, perdida ya toda esperanza-. Sería por mi parte una necedad tratar de seguir negando más tiempo. Está usted en lo cierto. Yo soy el juez Harvey Tolland.

Caulkins se dejó caer en la silla con una sonrisa de triunfo. Su trabajo de catorce meses seguidos había llegado a su fin. La historia más apasionante del año la tenía ya en el bolsillo. ¡Había hallado a un hombre cuya extraña desaparición había constituido hasta entonces un misterio indescifrable¡

Miraba atentamente al juez, que cruzó la habitación y fue hasta una mesa, de uno de cuyos cajones sacó un papel que unos segundos después dejaba en manos del periodista.

-Me ha hecho usted una pregunta-le dijo, ásperamente-. Va usted a saber por qué desaparecí, ¡Ahí tiene usted la contestación!

Caulkins desdobló apresuradamente el papel y examinó las pocas líneas que estaban escritas en él, pero de pronto sus manos empezaron a temblar.

El juez, ya más tranquilo, le miraba ceñudamente. Los ojos del reportero estaban como fascinados. Había terminado de leer aquel mensaje y miraba la misteriosa firma que aparecía al pie del escrito.

Entonces Caulkins tradujo en palabras que salieron torpemente por entre sus labios temblorosos, su primera exclamación de sorpresa:

-¡Una amenaza de Doble Z!

## *CAPÍTULO II*

## *AL OTRO EXTREMO DEL HILO TELEFÓNICO*

Jamás hombre alguno pudo quedar más atónito que Joel Caulkins, del «Classic», después de leer la nota que le mostrara el juez Harvey Tolland. El hecho de que su interlocutor le contemplase ahora completamente tranquilo desde la silla en que estaba sentado, no tranquilizó su trastornado cerebro.

Y es que el misterioso Doble Z producía un horror terrible. Era la firma adoptada por un ser cuya participación en una serie de asesinatos tenía aterrorizado a todo Nueva York y desconcertada a la policía.

Caulkins, con su íntimo conocimiento de las investigaciones detectivescas, sabia la terrible amenaza que se ocultaba tras aquella firma extraña. Había visto con anterioridad otros documentos firmados por Doble Z, y ni por un instante dudó de la autenticidad del que ahora tenía en la mano.

Las dos zetas aparecían una junto a otra, una de ellas media línea más baja que la otra, tan juntas que formaban un símbolo misterioso.

Lenta y mecánicamente, Caulkins volvió a doblar el papel y lo dejó encima de la mesa. Miró al juez Tolland y pudo comprobar que sus delgados labios estaban plegados en una sonrisa melancólica.

-Se asustó, ¿eh?-preguntó Tolland.

-Sí-admitió Caulkins.

-He leído sus artículos referentes a mi desaparición, los que escribió con el seudónimo de «La Lechuza Erudita». Estaban admirablemente escritos, Caulkins. Y eran en parte verdad, por extraño que parezca. Pero faltaban allí elementos importantes

-¿Esta nota de Doble Z?

-Sí. Pero no se puede echar a usted la culpa de ello.

Caulkins asintió, pensativo.

-¡Jamás le hubiese relacionado con ello! -dijo-. No se oyó hablar de Doble Z hasta algunos meses después de su desaparición. Aun ahora no lo comprendo.

»La nota dice simplemente: «Tiene usted una semana de vida»... Luego viene la firma. Desde el momento en que Doble Z era desconocido en aquella fecha, no me explico por qué su amenaza le espantó a usted. Los jueces suelen recibir con frecuencia cartas amenazadoras de fanáticos.

-Caulkins-dijo Tolland, lentamente-. Voy a hacerle a usted una confidencia. Con otro periodista habría empleado otras palabras distintas y le hubiera embaucado con un cuento cualquiera. He estado a punto de descubrirme durante las últimas semanas. Creo que puede usted ayudarme, y ayudar también a la policía a aclarar este terrible misterio.

La mirada del periodista parecía hundirse en los ojos de Tolland. Aquella declaración libertó su cerebro del terror que le tenía atenazado.

¡Aquello iba a ser un éxito periodístico sin precedentes!

-La teoría, de mi desaparición-dijo Tolland, lentamente-, ha seguido una trayectoria general, empezando en el día en que dejé mi casa y no volví a ella. Ese día fue, incidentalmente, el día siguiente a aquél en que recibí la nota del hombre al que usted llama Doble Z.

»Se supuso que yo había recibido dádivas de criminales y que temía ser descubierto. Otros suponían lo contrario, es decir, que se me ofrecían dádivas que me negaba a aceptar y que por eso creí que debía desaparecer. Hubo, en efecto, algunos de estos últimos casos.

»Recibí la visita de un hombre que me ofreció una cantidad muy considerable para favorecer la defensa de un caso y la prosecución de otro. Después de esto recibí la nota amenazadora de Doble Z.

-¿Conoce usted al hombre que quería comprarle?

-Le conozco.

-¿Pero no dijo usted nada?

-No podía hacer nada entonces. Habría sido imposible. La posición de aquel hombre... Bueno, ya comprobará usted esto cuando le diga de quién se trataba. La amenaza vino de él.

-¿Es él Doble Z?

-Sí. Sabe que yo vivo todavía y quiere matarme. Durante estos meses he frustrado sus planes. Me afeité el bigote y me teñí el pelo. Sin embargo, a pesar del cambio de mi aspecto, me ha reconocido usted, lo cual es prueba de que mi disfraz es insuficiente. Por eso ahora estoy dispuesto a obrar, para que este asunto termine, y a enfrentarme con mi enemigo y emplear contra él las mismas armas que él empleara contra mí.

-¿Sus propias armas?

-Sí. Las cartas que él ha estado mandando a la policía. ¿Cuál cree usted que es su fin?

-Yo he considerado siempre esas cartas como las de un loco.

-El hombre en cuestión es un loco-admitió Tolland-, pero un loco sorprendentemente listo. Yo soy la única persona que conoce el por qué de sus mensajes. Los envía para aterrorizarme.

-¿Para aterrorizarle a usted?

-¡Ciertamente! Cuando yo recibí el mío, el primero de toda la correspondencia de Doble Z, lo tomé en serio, y vine a ocultarme en esta casa. El enemigo sospechó mi juego, sabía que yo trataba de salvar mi propia piel, preparándome para un futuro contraataque.

»Creyó que el efecto de sus amenazas me llevaría más lejos. Y fue entonces cuando empezó la campaña, dando cuenta a la policía de cada uno de sus crímenes, creyendo que al llegar éstos a mi conocimiento se relajaría mi moral.

Caulkins se irguió en su silla. Esta sorprendente declaración arrojaba nueva luz sobre Doble Z. Mostraba un método tras las extrañas notas del criminal a la policía.

-Durante algunos meses-continuó Tolland-, he estado dando a mi enemigo una ocasión de descubrirse a sí mismo. Un paso en falso, una muestra clara de su identidad para la policía, y mi reaparición sería una prueba incontrovertible de mi lucha por la justicia. Ese paso en falso no lo ha dado aún. Y yo, solo, no puedo dar su nombre a las autoridades. Necesito que salga de él, de algún acto suyo.

»Sin embargo, he decidido obrar... a causa de usted.

-¿Por qué, a causa mía? - preguntó Caulkins, sorprendido.

-Hay dos razones-contestó el juez, lentamente-. Primera, porque usted me ha descubierto. Esto prueba que mi enemigo puede descubrirme también. No soy inmune.

-Yo le vi a usted en una barbería, en donde se teñía usted el cabello-explicó Caulkins-. Su barba me era familiar. Le seguí hasta aquí. Logré hacerme con una llave que abría la puerta del vestíbulo.

-La segunda razón-continuó Tolland, pasando por alto la explicación del reportero-, es porque usted reconoció la firma de esta nota en cuanto la vió. Yo temía presentarla antes como un testimonio. Ahora estoy seguro de que me creerán cuando hable.

-Con su prestigio...

-¿Mi prestigio? ¿Dónde está, ahora? Pude haber tenido alguno antes de que obedeciendo al impulso de la propia conservación, huí ante la amenaza. Sin embargo, mi decisión de buscar un escondite no podía ser más lógica. Supe que mi enemigo había arreglado las cosas de manera que mi muerte seria inmediata. Y lo creí así.

-¿Qué piensa usted hacer ahora?

-Voy a dejar el asunto en sus manos. Es usted libre de levantar la tapadera con la más sensacional y verdadera exposición del crimen que jamás haya aparecido. Entretanto yo viajaré. Usted sabrá de mí cuando llegue la hora de mis declaraciones.

-¿Cuando Doble Z haya sido puesto en evidencia?

-Sí. Si esa exposición falla aún estaré a salvo... más a salvo que lo estoy aquí en Nueva York.

Caulkins se puso en pie y dio unos pasos por la habitación. Luego se acercó a Tolland para hacerle una pregunta:

-¿Cuándo empezaré?

-¡Ahora mismo!-declaró Tolland, como si temiese las vacilaciones-. Cada minuto puede ser precioso, ahora que alguien me ha descubierto. Llame a su periódico desde aquí mismo. Transmítales la historia, mientras yo estoy aquí para revisar algunos extremos. Luego nos marcharemos los dos... y ese papel quedará en su poder.

Caulkins recogió en mensaje de Doble Z que dejara sobre la mesa. Lo desdobló y señaló la firma.

-¿Quién es Doble Z?-preguntó.

-Yo se lo diré, Caulkins-contestó Tolland-. Su nombre es un nombre importante. Hay método en todo lo que hace... aun en esa firma. ¿Qué representa esa firma para usted?

-Doble Z. Dos iniciales. No puedo recordar a nadie que tenga esas dos iniciales.

El juez Tolland agarró el papel.

-¡Mire ahora!-dijo, moviendo sus dedos cerca de la firma-. ¿Significa esto algo para usted? Olvide la Doble Z. Piense en un hombre grande, poderoso, prominente, cuyas iniciales son...

Caulkins e enderezó súbitamente y en sus ojos apareció una mirada de incredulidad. Antes de que pudiese contestar, Tolland tomó una pluma y un papel de la mesa y escribió una serie de líneas cortas, a cuyo pie puso su firma.

-¡Ah!-exclamó, con acento de indignación-. ¡Ahí está el nombre del espíritu malo, del inhumano asesino! Lo he escrito con mi firma al pie. Esta es mi declaración para usted. Desempeñe su papel; hágalo saber a la policía. Cuando llegue el momento, cuente conmigo como testigo.

Caulkins corrió hacia el teléfono y marcó un número. Esperó con ambos papeles sobre la mesa ante él, estudiando el uno y luego el otro, con los ojos centelleantes y la respiración anhelante.

Su pregunta brotó en una especie de cuchicheo impaciente.

Los ojos del juez Tolland brillaban, expectantes, en pie junto al periodista, con los nervios en tensión y esperanzado.

-¡Oficinas de la ciudad!-ordenó Caulkins.

Una pausa. Ninguno de los dos hombres podía contener sus nervios. El tiempo que tardaba en establecerse la comunicación les parecía interminable.

Eran unos segundos nada más, pero para Tolland aquellos segundos se le antojaron horas.

Una voz vino del otro lado del hilo. Tolland vió a Caulkins que apretaba con más firmeza el auricular. Los labios del reportero empezaron a moverse y las manos de Tolland se aferraron al borde de la mesa, como si quisiese adivinar las palabras pronunciadas al otro lado del hilo.

¡Vindicación! Aquello era la oportunidad. Después de dos meses de persecución, había resuelto dar el paso decisivo. Dentro de pocos minutos la persecución que le había amenazado durante tiempo habría terminado.

Porque Caulkins estaba a punto de revelar la identidad del hombre llamado Doble Z y, una vez hecha esta revelación, todo el mundo conocería el secreto de aquel gran criminal.

## *CAPÍTULO III*

## *DOBLE Z EN ACCIÓN*

El periodista que se hallaba en la oficina de la ciudad, del «Classic», tapó con la mano el micrófono del teléfono, y dijo, dirigiéndose al editor:

-Caulkins al teléfono, mister Ward.

-Un minuto nada más, Gaynor.

El reportero habló por teléfono y otra vez llamó al editor.

-Dice que es urgente, mister Ward.

El editor se acercó al teléfono, murmurando:

-Ahora muchas prisas y estoy esperándole desde hace más de una hora. Es el único para sacar al periódico de un aprieto.

Se dejó caer en la silla que le cediera Gaynor y tomó el teléfono.

-¿Diga?-gruñó.

Llegaban jadeantes las palabras pronunciadas por Caulkins.

-El descubrimiento más sensacional, patrón-fue lo que oyó Ward-. He encontrado al juez Tolland...

-¿Dónde?

-Precisamente está aquí, a mi lado, ahora. En un escondite en la «East Eighhieth Street»-. Escuche: este asunto de Doble Z...

-Espere, pondré a Gaynor si va usted a continuar con esa historia.

-¡No, no, patrón!-llegó hasta él la protesta-. Espere hasta que le dé a usted la sorpresa. Me asusta pensar que puede suceder algo si yo no desembucho pronto. El juez Tolland está vivo. Me ha dado explicaciones completas, sabe quién es Doble Z. No vaya usted a creerse que estoy loco, patrón. Doble Z es...

La frase se cortó en seco y simultáneamente. Ward oyó distintamente el ruido de un revólver que acababa de dispararse al otro extremo del hilo.

Tres disparos más se sucedieron rápidamente. Hubo el repiqueteo de un teléfono al caer.

-¡Aló! ¡Aló!-gritó, asustado, el editor.

A través del receptor llegaron hasta él unos gemidos entrecortados. Un clic seco puso fin a aquel caos. Al otro extremo del hilo alguien había vuelto a colgar el aparato.

-¡Gaynor! -gritó el editor-. Trate de averiguar de dónde ha venido esa llamada... el número de ese teléfono. ¡Pronto! ¡He oído varios tiros!

Llamó enseguida a otro reportero:

-Vaya inmediatamente a la Elghtieth Street, Briggs. Que vaya Steward con usted. Trate le encontrar a Caulkins. Estaba comunicando con nosotros desde algún sitio. Han disparado contra él en el mismo sitio desde donde estaba hablando.

El activo editor llamó a otro individuo:

-Telefonee a la Delegación de Policía, Perry. Dígales lo que acaba de oír. Que vayan a Eightieth Street. Caulkins está allí.

Calmado un tanto de su excitación, Ward se echó hacia atrás en su silla y empezó a meditar, sin acordarse para nada de los hombres a los que acababa de poner en movimiento. Se inclinó sobre la mesa y empezó a escribir un conciso memorandum de lo que él había oído.

Luego dejó el papel y lápiz a un lado mientras repasaba sus recuerdos.

Volvió a recostarse en su silla y consultó al reloj que estaba al otro lado de la habitación. Miró luego hacia donde se hallaban los mecanógrafos.

Harword, el más rápido de ellos, estaba desocupado en aquel instante.

-Oiga, Harword-dijo el editor-, haga una columna de «La Lechuza Erudita». Lo que a usted le parezca. Es su trabajo desde ahora. No creo que Caulkins esté entre nosotros en mucho tiempo.

El editor de «Classic» acertó plenamente en su profecía. Pocas horas después el cuerpo sin vida de Joel Caulkins era descubierto en el tercer piso de una casa vieja en la Eightieth Street. En la vecindad no se habían oído tiros.

La policía había llegado a aquel lugar por un proceso de eliminación. El propietario de un pequeño almacén había visto arrancar un coche de frente al edificio donde ningún coche se había detenido hacía meses. Se suponía que aquella casa estaba vacía. Estas declaraciones motivaron un reconocimiento en el inmueble y éste dio por resultado el hallazgo del cuerpo del ex «Lechuza Erudita».

EL Inspector de guardia, Fennimann, estaba habituado a tratar con los reporteros del «Classic». A la mayoría de ellos los consideraba como un estorbo.

Aquel periódico iba siempre a caza de historias sensacionales, las revelaciones de «La Lechuza Erudita», casi una página interior del periódico, no gustaba mucho que digamos en las Delegaciones de policía..

Pero aquella noche, precisamente después de haber recibido el informe del sargento Wentworth, el inspector de guardia se sorprendió al recibir la visita de Dale Ward, editor del «Classic».

El editor fue recibido cordialmente y al poco rato él y Fennimann estaban enfrascados en íntima conversación, fumando soberbios cigarros mientras hablaban.

-Yo oí los tiros que mataron a Caulkins-explicó Ward-. Pero lo que sucedió antes es lo más importante. Cuando me llamó a mí debía estar en un verdadero apuro. Antes de que le acometieran me dijo que el Juez Tolland estaba allí con él.

-¡El Juez Tolland!-exclamó Fennimann, frunciendo las cejas-. ¡Eso era imposible, Ward! Si Tolland estuviese en algún sitio de Nueva York lo hubiésemos encontrado nosotros antes de que ocurriera esto. ¡Digo! !Cómo que iban ustedes a soplarnos un descubrimiento como este!

-Y no fue esto sólo lo que me dijo Caulkins. Añadió que Tolland sabía quién era Doble Z. Precisamente, al ir a decirme quién era Doble Z fue cuando...

Ward se interrumpió al oír que se abría la puerta. En ella apareció la silueta familiar de José Cardona, el detective español cuya reputación como investigador criminal era conocida en todo Nueva York.

-¡Me alegro de que esté usted aquí, José!-exclamó Fennimann-. Este asesinato de Caulkins me tiene fastidiado; con el inspector Klein ausente y no contando con usted, por estar ocupado en otra tarea, me he visto negro en los primeros momentos. Aquí el señor Ward, el editor del «Classic», ¿Qué piensa usted acerca de este caso de Caulkins? ¿Ha visto usted a Wentworth?

-Si-contestó concisamente Cardona, mientras cambiaba un apretón de manos con Ward.

»Me detuve en la Eightieth Street, al regresar a mi casa, procedente de Bronx. He visto el lugar del suceso, el cadáver y escuchado el informe de Wentworth. Llamé aquí mientras estaba usted fuera y me dieron algunos detalles del asesinato.

Fennimann se volvió hacia Ward.

-Repita usted a José lo que me ha contado-le dijo.

El rostro de Cardona permaneció impasible mientras oía el relato del editor.

Luego quedóse pensativo. Se pasó la mano por la barbilla y se volvió hacia el editor del periódico.

-¿Cuántos tiros dice usted que oyó al otro extremo del hilo?-preguntó.

-Cuatro.

-¿Se oyó el ruido de colgar el aparato inmediatamente después de las detonaciones?-continuó el detective.

-Transcurrieron antes quince o veinte segundos, tal vez medio minuto.

-Cuatro tiros-dijo Cardona, pensativo-. Es el número de balas que había en el cuerpo del muerto.

-Lo que significa...

-Que si alguien estaba con él cuando hablaba por teléfono, es casi seguro que fue quien le mató.

-Él dijo que estaba allí en aquellos momentos el juez Tolland-aseguró Ward.

-Eso es lo que me ha dicho usted. ¿Era Caulkins digno de ser creído?

-Era «La Lechuza Erudita» -contestó Ward, con una sonrisa-. Algo fantasioso cuando estaba ante la máquina de escribir, pero no ante el teléfono, cuando hablaba conmigo.

Cardona cerró los ojos. Estaba rememorando la escena en aquella habitación de la East Eightieth Street, donde había visto el cuerpo de Caulkins.

Recordaba también la trayectoria seguida por las balas.

-Wentworth cree que algunos gangsters engatusaron a Caulkins para que llegara hasta allí- dijo-. Wentworth tal vez se equivoca. Déjeme ver ese papel que él le entregó a usted, inspector.

Fennimann cogió de mala gana un papel de una de las gavetas de su escritorio. Cardona lo examinó detenidamente y leyó en voz alta:

«¡Le queda a usted una semana de vida!»

Entregó luego el papel a Ward, que miró con fijeza la firma cabalística, la Doble Z entrelazada. Fennimann miró a Cardona, inquisitivo, y éste hizo señas de que todo estaba bien.

-¿Dónde encontró usted esto?-preguntó Ward.

-En la mano del muerto-dijo Fennimann.

-Esto enlaza a Doble Z con el asesinato-fue el comentario del editor-. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con el juez Tolland?

-Esa es la cuestión-dijo Cardona.

-¿Es ésta una nota auténtica de Doble Z?

-Así lo parece al menos. Si existe en realidad una persona que se llame Doble Z, la nota es auténtica, probablemente.

-¿Qué quiere usted decir con ese «sí hay una persona que se llame Doble Z...?

-Que puede tratarse de una simple argucia ideada por algunos criminales-explicó Cardona-. Pero en este caso puede tratarse efectivamente de Doble Z. Nos ha dado detalles de ciertos asesinatos antes de que ocurriesen, aunque podían no haber sido cometidos por él.

-Comprendo lo que usted dice-contestó Ward-. Caulkins conocía algunos de los casos de Doble Z y estaba trabajando en ellos como «La Lechuza Erudita». En mi opinión, Doble Z es presumiblemente un loco, que tiene un conocimiento notable de todo lo que ocurre en el mundo del crimen.

-Verá usted-dijo Cardona-. Voy a exponerle algunas teorías, pero deje a un lado toda suposición gratuita. Siga mis razonamientos si afecta a usted de cerca. Se trata de uno de sus propios reporteros. ¿Me comprende?

»Prescindamos de la argucia de Doble Z, pretendiendo ser el juez Tolland. Eso no sería difícil. Usted podía doblar a Tolland, y lo mismo podía hacer aquí Fennimann. Nadie ha visto a Tolland desde hace más de un año. Él podía haber logrado cambiar de apariencia. Así nosotros consideramos a Doble Z como un sabueso que deja su marca o enseña su mano.

»Manda un mensaje telefónico a Caulkins. El reportero acude a la cita. Se encuentra allí con Doble Z, que afirma ser Tolland, y le cuenta un cuento. Caulkins se traga la historia y le llama a usted.

»Primero le dice a usted que Tolland está con él. Esto forma parte del juego de Doble Z. Hace una declaración verbal, corno un nuevo desarrollo en el cuento de la nota. Entonces,

cuando Caulkins se dispone a decir quién es Doble Z-tal vez el individuo fue lo bastante loco para decírselo-, ¡bann! Vuestro reportero queda reducido al silencio.

-¿Y esta nota?

-Podemos suponerla como una amenaza anterior a Caulkins por parte de Doble Z. Este individuo jamás recuperaría una nota después de haberla enviado. Fíjese cómo la deja allí después que Caulkins la sacó para mostrársela, pensando que era realmente el juez Tolland.

-Una historia magnífica-exclamó Ward, despierto ya su espíritu periodístico.

-Perfecta-contestó Cardona-, si deja usted fuera de ella al juez Tolland.

-¿Por que?

-Porque debemos hacer de manera que Doble Z no piense que lo hemos adivinado todo. El no sabe lo que se ha oído realmente, o comprendido, al otro extremo del hilo telefónico. Él desea mantener en una especie de misterio todo lo que hace relación al juez Tolland. Yo creo que su juego es hacer que las gentes crean que el juez Tolland es realmente Doble Z.

-¿Es posible?

-Posible, sí-dijo Cardona-. Pero dejemos eso a un lado. Su historia es bastante buena. Caulkins fue atraído como con reclamo a la vieja casona, después de recibir una nota amenazadora de Doble Z. Fue allí porque alguien le había hecho creer que allí podría adivinar quién era Doble Z... y, naturalmente, Caulkins estaba ansioso de saberlo a consecuencia de la reciente amenaza.

»Una vez allí, se encontró con Doble Z en persona, pero no lo conoció. Le llamó a usted y empezó a decirle algo acerca de Doble Z, vinieron entonces los tiros y... ¡esto es todo! Doble Z llevó el juego a las mil maravillas hasta el último minuto.

El editor Ward se convirtió en un reportero. Empezó a tomar notas del argumento presentado por Cardona.

-Esto es un buen artículo para usted-dijo Fennimann-. Yo deseaba retener en mi poder esa nota. Este asunto de Doble Z no es nada bueno para nosotros. La referencia a Tolland sería peor.

-Es verdad-afirmó Ward, que estaba seducido por la capacidad y los métodos de José Cardona.

-Ahora-dijo el detective-, me gustaría que enviase a uno de sus hombres para que examinara el asunto interiormente. Yo le he explicado lo que a mí me parecen hechos reales. Déjelos trabajar a ellos. No pierda de vista lo que escriba su hombre. Yo lo que deseo es coger al individuo qué mató a Caulkins. Esa es mi tarea.

El editor del «Classic» salió, pensativo, de la Delegación. Admiraba el trabajo de José Cardona. Vió la equivocación de querer resucitar el caso de Tolland, aun cuando ello encajaba con sus impresiones particulares.

José Cardona estaba satisfecho de haber conocido a Dale Ward. Y aun se alegró más cuando vió la primera edición del «Classic». Junto a las fotografías del reportero asesinado y de la vieja casona de la muerte, figuraba la historia que él le había contado.

Doble Z estaba otra vez de actualidad, pero esta vez el extraño criminal había excedido su marca. La policía estaba obteniendo pistas y el detective Cardona esperaba los resultados.

-Doble Z-murmuró Cardona, con la vista fija en el periódico que estaba encima, de su escritorio-. Ahora ya tengo la cifra de ese individuo. Él reventará con tal de que el asunto de Tolland no quede enterrado. Enseñará la mano otra vez, y cuando lo haga, ¡no le arriendo la ganancia!

## *CAPÍTULO IV*

## *BURKE ENTRA EN ACCIÓN*

-¡Burke!

Clyde Burke se dirigió hacia la mesa del editor.

Sus ojos se encontraron con los de Dale Ward. Los dos hombres tenían mucho de común. Los dos eran periodistas antiguos. Burke, primeramente reportero en el «Evening Clarion», estaba ahora encargado de una sección especial en el «Classic».

-Ha estado usted hablando con Harword acerca del trabajo de «La Lechuza Erudita», ¿verdad?-preguntó Ward.

-Sí-contestó Burke-. Me decía que de momento tenía algún asunto que tratar, pero no se veía con ánimos de continuar esa labor mucho tiempo. Y a mí se me ocurrió que tal vez...

-Usted podría encargarse de ese trabajo.

-Exactamente.

El editor soltó una carcajada.

-Lo ha adivinado usted, Burke-dijo-. Yo estaba pensando en que usted era el hombre a propósito para eso. Cuando Harword le habló acerca de ella, me dije a mí mismo que usted iba a ser en adelante «La Lechuza Erudita». ¿No estaba usted en muy buena amistad con Caulkins?

Clyde asintió.

-Pues bien-continuó Ward-, esa es una de las razones que me hicieron fijar en usted. Es también la razón principal de que vaya a decirle algo que no aparece en la información de hoy.

Ward medio se incorporó en su sillón y miró recelosamente en derredor para convencerse de que no había nadie cerca que pudiese oírle.

Luego se inclinó y le dijo algo al oído a Burke. En el rostro del reportero se dibujó la más profunda sorpresa.

-¡El juez Tolland!-exclamó, en voz baja-. ¿Quiere usted suponer que puede anclar mezclado en este asunto?

-Eso es lo que Caulkins me estaba diciendo cuando lo mataron-declaró Ward-. De momento dejemos eso a un lado, pero esté siempre en guardia. Escuche, Burke: una de estas tres cosas es segura. Primero -Ward golpeó el pulgar izquierdo con el índice-Caulkins puede haber visto a Tolland y haber adivinado algo real acerca de él. Segundo, Doble Z hizo creer a Caulkins que él era el juez Tolland. Tercero, Doble Z es...

Ward no terminó la frase. Clyde la terminó por su cuenta silenciosamente.

Los labios del reportero apenas dejaron escapar estas palabras:

-¡Tolland!

-Eso es-dijo vivamente el editor.

-Estaré a la expectativa-dijo Clyde.

-Y mucho silencio sobre esto-le aconsejó Ward-. Ese detective Cardona tiene sospechas que parecen acertadas. ¡Ojalá acierte!

-Voy a ir ahora mismo a la Eightieth Street-sugirió Clyde.

-¡Buena idea!-exclamó Ward-. Tal vez pueda usted, hallar las huellas que siguió Caulkins Luego vea si logra hallar la relación que sabe. Ver cómo toman ellos esta historia que nosotros hemos puesto en circulación hoy.

Clyde Burke se sentó en un oscuro escritorio situado en uno de los rincones de la redacción. Sacó una estilográfica de su bolsillo y escribió en una cuartilla.

Alguien que hubiese podido observarle habría dicho que estaba sencillamente añadiendo por su cuenta algunos detalles a algún trabajo anterior.

Sin embargo, aquel joven de rostro sereno estaba entregado a otra tarea muy distinta. Estaba escribiendo una nota de apariencia extraña. Escribía una serie de letras e clave, y las

palabras formadas por aquellas letras relataban los hechos vitales que acababa de oír de labios del editor.

Clyde dobló la hoja de papel y la metió en un sobre. Poco después abandonada la redacción y el edificio del periódico. Dirigió sus pasos hacia Broadway y luego hacia la calle 23. Una vez allí se detuvo ante un viejo edificio en el cual acabó por entrar.

Una vez dentro subió rápidamente unas desvencijadas escaleras. Se detuvo ante una puerta vidriera, sobre la cual podía leerse este nombre:

«B. JONAS»

El reportero introdujo el sobre por una ranura abierta en la puerta y se marchó inmediatamente. Nadie había visto lo que acababa de hacer.

En realidad, jamás nadie vió entrar persona alguna por aquella puerta de deslustrados cristales. Sin embargo todas las notas que Clyde Burke depositaba en aquel buzón llegaban a su destino.

Clyde iba pensando en ese destino mientras seguía cruzando la ciudad. Sabía a donde iba su mensaje, por que la oscura oficina de B. Jonas era un lugar de recepción empleado por aquel misterioso hombre de la noche: ¡La Sombra!

Clyde Burke, para todo el mundo un sencillo periodista, era en realidad un agente secreto del maestro en la persecución de criminales.

Durante los últimos meses, la obligación de Clyde había sido no perder de vista un momento todas las actividades criminales de la inmensa urbe.

Como reportero policíaco, enrolado en un diario que se dedicaba de una manera especial a los acontecimientos sensacionales, Clyde estaba en una posición excelente para llevar a buen término aquel trabajo.

Ahora, encargado de la sección de «La Lechuza Erudita», su contacto con el bajo mundo neoyorquino iba a llegar a su cenit.

Había adivinado por instinto algunos hechos extraños en relación con la muerte de Joel Caulkins y esos detalles se los había comunicado por escrito a su misterioso señor.

A pesar de los numerosos mensajes que le enviara en distintas ocasiones, Clyde no había recibido órdenes de La Sombra durante los últimos meses.

Era realmente extraño. Clyde no podía recordar ningún periodo tan prolongado de inactividad por parte de La Sombra. Algunas veces, hasta se preguntaba qué se habría hecho de La Sombra.

¿Se habría retirado del campo de batalla aquel gran luchador contra el crimen? ¿Había rasgado algún jefe de banda el velo impenetrable que ocultaba a La Sombra, obligándole a ponerse en seguridad fuera de Nueva York?

Estos pensamientos eran bastante desagradables, pero a Clyde le acometían algunas veces, y aun peores. ¡Tal vez le había sucedido algo a La Sombra¡

Durante años y años habían pugnado los «gangsters» por quitárselo de en medio. ¿Lo habrían conseguido? El único atisbo de consuelo eran las emisiones de radio de La Sombra.

Una vez a la semana aquel hombre misterioso hablaba por la radio y su risa fantástica tenía millares de ávidos oyentes. Las emisiones de radio llegaban por un conducto desconocido; sin embargo, cabía la sospecha de que alguien hubiese ocupado el lugar de La Sombra.

Nadie había identificado jamás a La Sombra, perseguidor del crimen, con La Sombra, emisor de Radio.

Varios informes sobre diversos crímenes, depositados en el buzón de Jonas, habían sido ignorados aparentemente, aunque el reportero estaba completamente seguro de que La Sombra respondería a ellos.

Hasta la fecha, La Sombra no había mostrado el menor interés ni en la desaparición del juez Tolland, ni en la correspondencia especial que la policía había recibido de un hombre llamado Doble Z. Pero esto no era desconcertante.

La súbita desaparición de un jurista prevaricador-tal era la opinión general que se tenía de Tolland-no era un asunto que pudiera interesar a La Sombra, quien perseguía a los súper prevaricadores y ladrones.

Las extrañas notas de Doble Z, consideradas por todos como cartas debidas a un loco, no eran tampoco para poner en movimiento a La Sombra.

Doble Z había pronosticado ciertas muertes por asesinato. Algunas habían ocurrido, otras no. Las pocas que habían salido a la superficie eran asesinatos de «gangsters» de menor cuantía. Jamás había aparecido Doble Z como el verdadero asesino de los casos descubiertos.

Pero ahora ocurría lo contrario.

Los periódicos consideraban la muerte de Caulkins como llevada a cabo por una cuadrilla de asesinos y al mismo tiempo sugerían la participación en ella de Doble Z.

La descripción del caso por Cardona, como llevado a cabo por un asesino inexperto había aparecido en el <Classic>. Doble Z había llegado a ser una amenaza. Clyde Burke anticipaba la acción de La Sombra. Creía que la relación con el caso Tolland le haría intervenir.

Ocupado el cerebro por estos pensamientos, Clyde llegó a la vieja casa de la Eightieth Street. Estudió el edificio y sus alrededores desde la acera de enfrente.

Notó la existencia de unas espesas cortinas en las ventanas del tercer piso.

Cruzó la calle y anduvo de un lado a otro curioseando hasta llegar frente al inmueble. La puerta estaba cerrada.

Una voz áspera le llamó desde la puerta.

-¡Eh!

Clyde se volvió. Pudo ver entonces que el que le llamaba era el rechoncho sargento Wentworth.

-¡Oh, es usted, Burke!-exclamó el policía-. No le había conocido. ¿Quiere usted entrar?

-Desde luego.

Wentworth estaba explicando su presencia en aquel sitio cuando cruzaron el vestíbulo y empezaron a subir las escaleras.

-Estamos vigilando esto-dijo-. Si ese estúpido de Doble Z está mezclado en el asesinato, no sé lo que puede suceder. Es lo bastante idiota para volver al lugar del crimen. Podía haberse dejado algo aquí. Por eso estamos nosotros a la espera.

Wentworth abrió la puerta del piso tercero. El y Clyde entraron en la oscura habitación donde había muerto Caulkins. El detective señaló el teléfono e indicó la posición en que había sido encontrado el cadáver.

-¿Quién vivía aquí?-preguntó Clyde.

-Eso es lo que quisiéramos saber-dijo Wentworth-. El nombre puesto en la puerta de entrada dice José T. Dodd, pero no hemos podido hallar ningún indicio de él. Sabemos únicamente que cierto individuo ha vivido aquí algún tiempo. Hemos hallado trajes y otros efectos. Lo que más nos extraña es que ese hombre parece haber tenido buen cuidado de pasar inadvertido. No hay nada aquí que pueda servir para identificarle.

Clyde recorrió la habitación con la mirada mientras el detective proseguía en su charla. Los hechos que se suponía podían haber ocurrido en aquella habitación. Parecían revivir en el pensamiento de Wentworth.

-Caulkins vino aquí-iba explicando-. Se encontró con el hombre que le había citado. Estuvieron hablando acerca de ese Doble Z. Caulkins fue al teléfono, aquí mismo. El otro pájaro estaba en pie, aquí.

»En el preciso Instante en que Caulkins empezó a soltar su historia, el otro individuo le encañonó con su revólver y disparó cuatro veces. Caulkins no tuvo probabilidad alguna de escapar, aun cuando el otro hubiera sido un pésimo tirador. Aquí, precisamente, es donde suponemos nosotros que estaba en pie el asesino. Disparó a quemarropa, ¿no le parece?

Clyde asintió, aunque las explicaciones que le estaba dando Wentworth, gemelas a las facilitadas por Cardona, no le acababan de convencer. Y, sin embargo, no podía demostrarles que estaban equivocados.

Acompañado del policía salió de la casa, gruñó un adiós y marchó hacia la redacción del periódico. En el camino se detuvo en el edificio de la Calle 23.

En pie en el oscuro vestíbulo redactó un breve mensaje cifrado, describiendo su visita a la Eightieth Street y metió la nota en el buzón de la puerta que ostentaba el nombre de Jonas.

El sargento Wentworth continuó su vigilancia ante la vetusta casona de la East Eightieth Street. Se hizo de noche. La puerta que daba a la calle estaba sumergida en la creciente oscuridad.

Sin perderla de vista, Wentworth se dijo que había visto pasar algo borroso por delante de ella. Cruzó la calle y empujó la puerta. Estaba cerrada.

Wentworth volvió a su puesto de observación.

Cuando sus pasos resonaron sobre las piedras de la acera frontera, se oyó una risa apagada en el vestíbulo. El rumor apenas perceptible no llegó a oídos de Wentworth.

En el vestíbulo había un hombre en pie, un hombre vestido de negro. Era totalmente invisible en la oscuridad. Había entrado por la puerta principal de la casa pese a la vigilancia ejercida por el detective.

De pronto apareció una luz en la estancia, un rayo de luz tenue, no más grande que una moneda de medio dólar, que fue a posarse directamente sobre la cerradura de la puerta interior.

Una llave apareció a su vez en aquel circulillo iluminado. Una mano enguantada de negro probó de abrir con aquella llave.

Se abrió la puerta y no se cerró inmediatamente. El hombre vestido de negro siguió trabajando en la cerradura. La llave de movía hacia uno y otro lado, como si estuviese probando el espesor del metal.

Por fin se cerró la puerta y el silencio reinó en la oscuridad. La luz brillaba a intervalos, alumbrando la escalera. Se detuvo al fin en el tercer piso y sus rayos fueron de un lado a otro, curioseando, hasta detenerse en el mismo sitio en que Joel Caulkins se detuviera sin ser visto por el hombre a quien iba espiando la noche anterior. La tenue luz descendió hasta el suelo en donde había claras huellas en el polvo.

Se oyó chocar un objeto metálico contra otro y la puerta del piso quedó abierta. Los rayos de la linterna sorda trazaban un círculo de luz al avanzar, a ras de tierra, a menos de un pie del suelo, como si estuviesen persiguiendo unas huellas invisibles. Se detuvo la luz de pronto, y luego se elevó lentamente hasta ir a posarse sobre la puerta interior de la habitación, la misma que utilizara Caulkins para esconderse.

Poco después la luz recorrió la habitación de un extremo a otro y apuntó hacia delante y abajo hasta descubrir la alfombra. El piso que cubría era ordinario y plano.

Había lugares en que estaba raída por el movimiento de la puerta, y bajo de la mesa. Había otro lugar en el que también se notaba este desgaste.

La luz se detuvo en este sitio, y luego se movió hacia arriba, hasta ir a detenerse sobre la superficie plateada del espejo colgado en la pared.

Después de una pausa, la luz se posó sobre la mesa. Se movió diligentemente sobre ella. Escudriñó el teléfono, muy visible a un lado, y la mesa colocada en un rincón.

Inspeccionó el lado más lejano de la mesa y el piso junto a ella. Allí, en la alfombra, había una manchita. La luz se dirigió hacia la puerta- explorando la alfombra. Llegó hasta el vestíbulo y efectuó una detenida investigación.

Allí no había manchas, sólo una embarradura ancha, en medio de unas huellas de polvo en el pavimento. La luz recorrió un lado de la pared, y se detuvo sobre el nombre de José T. Dodd. Luego se apagó.

La puerta de la calle se abrió silenciosamente y una borrosa figura se deslizó a su través, para perderse en la noche. Wentworth empezó súbitamente a moverse inquieto de un lado a otro de la calle.

Le parecía haber visto moverse otra vez la puerta de la casa o algo al menos ante ella, pero luego rióse de su imaginación que consideró novelesca,

¿Por qué había de preocuparse de cualquier sombra diminuta que se moviese junto a aquella puerta?

Y así, cuando Wentworth terminó su vigilancia, siendo relevado por un compañero, le dio un informe sencillísimo, haciéndole constar que aquel día nadie había visitado la casa, a excepción de Clyde Burke, reportero del <Classic>.

Este informe nada decía de una sombra en la oscuridad. De haberlo hecho hubiese atraído seguramente la atención del gran observador José Cardona.

Porque el detective sabía más que Wentworth acerca de las sombras.

De todas las fuerzas de policía de Nueva York, sólo José Cardona podía haber sospechado la verdad: que la Sombra, fantasma viviente de la noche, había entrado y salido de la vieja casona de la Eightieth Street.

Contestando a los mensajes de Clyde Burke, aquel hombre extraordinario, verdadero rey de las tinieblas, había investigado el lugar donde muriera Joel Caulkins.

Silenciosa, invisiblemente, la Sombra se había enterado de detalles que habían escapado a la observación de Cardona, ciertas acciones realizadas por otra persona que no era Joel Caulkins.

Sus sospechas recaían especialmente sobre el juez Harvey Tolland, y el hombre a quien únicamente se conocía con el seudónimo de Doble Z.

## *CAPÍTULO V*
## *CARDONA ENCUENTRA EL CRIMEN*

El detective José Cardona era un hombre que se guiaba por corazonadas.

Durante algunos meses había estado pensando en el caso particular de Doble Z. Lo había clasificado como un individuo excéntrico que se enteraba de detalles relacionados con la criminalidad y gozaba transmitiendo sus conocimientos por carta a la policía.

Tuvo la corazonada de que algún día Doble Z llegaría a ser peligroso, y había estado esperando esta eventualidad.

Ahora había llegado ese día. El asesinato de Joel Caulkins indicaba que Doble Z había entrado en acción. Esto permitió a Cardona formase una impresión particular de la clase de tipo que podía ser Doble Z.

Se lo figuraba como uno de aquellos caracteres que lindan casi con les bajos fondos de la sociedad, tal vez un «comprador de objetos robados», que disponía de buenos cómplices.

En su íntimo contacto con el crimen y los criminales, había llegado a adquirir conocimientos completos sobre uno y otros. Ahora bien, poseyendo más inteligencia que el término medio de los criminales, el atractivo del crimen le había impulsado a entrar

personalmente en <acción>, mientras que su excentricidad le hacía seguir todavía su vieja costumbre de escribir cartas a la policía

Recordaba Cardona, que dos de aquellas cartas delatoras de muertes próximas no se habían confirmado en la realidad. Hacía algunos meses, que dijera que un gangster iba a ser asesinado dentro de una semana. El asesinato no se perpetró. Luego indicó también el secuestro de una distinguida señorita de la buena sociedad.

EL secuestro no tuvo lugar. Se trataba, no obstante, de indicaciones del crimen que habían llegado a su conocimiento, pero que Doble Z no había planeado. Por el contrario, la mayoría de sus denuncias resultaron ciertas.

Tres asesinatos insolubles fueron pronosticados por Doble Z. En un caso, su denuncia había servido de mucho a la policía. Denunció un intento de asesinato del señor Galvy, un plenipotenciario extranjero cerca de los Estados Unidos. Su denuncia fue remitida al servicio secreto.

Este descubrió un atentado por parte de los terroristas, pero no logró a descubrir quiénes eran los elementos directos del complot. Unos cuantos criminales de segunda fila ingresaron en la cárcel.

José Cardona no era hombre que diese gran crédito a las impresiones.

Surgieron las dudas en su cerebro cuando trató de identificar a doble Z con una personalidad determinada. Algún criminal astuto podía emplear aquel procedimiento con un fin desconocido, pero a pesar de desconfiar de las impresiones, Cardona sentía cierta debilidad por las corazonadas.

La primera que experimentó en este caso, la había materializado.

Doble Z había cometido el crimen y demostró ser muy astuto. Había atraído con engaños a Joel Caulkins y necesitó luego cuatro tiros para matarlo, lo que demostraba que Doble Z no era muy práctico en el manejo del revólver. Tal vez, se dijo Cardona, Doble Z era un hombre viejo.

Mientras el detective dudaba de sus propias impresiones, experimentaba otra corazonada, y de ésta no tenía duda alguna. Se dijo, que una vez que Doble Z se lanzaba personalmente al crimen, en adelante no se apartaría de él

Fue consecuencia de esta corazonada el que Wentworth fuese colocado de guardia. La casa de la Eightieth Street podía ser un escondite para Doble Z, disfrazado bajo el nombre de José T. Dodd.

Si era así, podía volver allí. Cardona estaba seguro de que el asesino querría que se hablase pronto de él, y esperaba esa ocasión.

Por eso fue que no experimentó sorpresa alguna, cuando al llegar al mediodía a la Delegación se encontró con que el inspector Fennimann le estaba esperando ansiosamente.

Ocurría esto al día siguiente a la visita secreta de la Sombra a la vieja casona, dos días después del asesinato de Joel Caulkins.

-¿Qué ocurre?-preguntó Cardona al ver al inspector-. ¿Algo más sobre Doble Z?

-Lo ha adivinado usted, José. Ha enviado otra nota.

-¿Aquí?

-No. A Philip Farmington, el gran banquero. Una amenaza directa. Lea esto.

Cardona cogió el papel que le entregaban. Las palabras estaban mal escritas a máquina. El detective reconoció la M mellada y la impresión débil de la A.

Doble Z trazaba algunas veces sus garabatos a mano y otras escribía a máquina, pero siempre ponía al pie del escrito aquellas letras enlazadas que le servían de firma. El mensaje decía así:

«Está usted cometiendo un error. Deténgalo de una vez u oirá hablar de mí. ¡La muerte va hacía usted!»

El detective reflexionó unos segundos. Luego se volvió hacia Fennimann.

-¿Cuándo recibió esto Farmington?- preguntó.

-Esta mañana-contestó el inspector-. Nos la envió por un mensajero, para estar seguro de que llegaba a nuestro poder. Yo le dije que usted iría a verle. Estará en su casa a la una.

José Cardona consultó su reloj.

-Ya sé donde vive Farmington. Ahora mismo iré.

Cuando el detective llegó al domicilio del banquero fue introducido en una habitación que servia de despacho y que estaba adjunta a una gran vivienda.

Cardona se sentó cerca de una enorme mesa-despacho de caoba, y esperó la llegada de Philip Farmington. El banquero tardó una media hora en llegar.

José Cardona tenía verdadero interés en aquella visita. Había visto varias veces a Philip Farmington, pero nunca habló con él hasta entonces. Aquel hombre era un individuo ladino, de rostro algo duro.

Un hombre que poseía un físico enérgico y una personalidad autoritaria.

Sabia Cardona que estaba reputado de ser un multimillonario y era una figura preeminente en las actividades de los banqueros internacionales.

Después de cambiar una apretón de manos con el detective, Farmington se sentó tras la mesa y abordó inmediatamente el asunto. Abrió una caja de cigarros y ofreció uno a Cardona, que lo aceptó. Farmington ya estaba fumando.

-Vamos a ver-preguntó Farmington-, ¿qué piensa usted de este asunto de Doble Z?

-Ese hombre está loco-dijo Cardona-, mas no por eso deja de ser peligroso.

-Desde luego-reconoció el banquero-. No sólo peligroso, sino metódico. Yo veo un propósito en su amenaza.

-¿Cuál?

-Él sabe que yo comprendo su mensaje. Ya le he contestado.

-¡Cómo! Sabe usted donde está...

-No -sonrió Farmington-. He contestado actuando, puesto que sé cuál es su pensamiento.

Cardona se sintió algo sorprendido, pero esperó sin hacer pregunta alguna.

-Durante algún tiempo-continuó el millonario-, un grupo con el que estoy asociado ha estado estudiando un empréstito a un gobierno extranjero. El asunto esperaba mi decisión... precisamente hoy. La carta llegó mientras yo estaba desayunando y me la llevé a la oficina. Indudablemente era una amenaza para el caso en que yo diera mi aprobación al empréstito.

-¿Y lo ha aprobado usted?

-Lo he aprobado. El anuncio del empréstito aparecerá en las primeras ediciones de esta noche en todos los periódicos. Así Doble Z -si está acechando-, sabrá que no he hecho caso alguno de sus instrucciones.

-Hum-m-m-dijo Cardona-. ¿Tenía usted alguna previa indicación de esto?

-No-contestó Farmington.

-¿Cuándo anunció usted que su decisión la tomaría hoy?

El millonario mascó la punta de su medio consumido cigarro y lo arrojó en un cenicero tubular. Púsose en pie y dio unos cuantos pasos pensativo. Luego se detuvo frente al detective Cardona.

-Se sabia-dijo-, que mi decisión sobre el empréstito seria tomada dentro de unas pocas semanas, pero ayer anuncié que tomaría una resolución definitiva hoy mismo.

»Anoche estaban aquí conmigo varios amigos míos y vieron el anuncio para los periódicos y declararon que les parecía muy bien el que yo dejase conocer al fin mi pensamiento.

-¿Habló usted-, con alguien más acerca de este asunto?

-Sí. Con los periodistas que llamaron mientras estaban aquí mis amigos. Deseaban confirmar el anuncio para informar en los periódicos de la mañana.

Cardona dio una vigorosa chupada a su cigarro y empezó a pensar. Philip Farmington se dio cuenta de que el detective estaba considerando el caso minuciosamente y decidió ayudarle.

-Supongamos-dijo-, que yo le cuento a usted todo lo que ha sucedido desde que ayer di el anuncio a los periodistas.

-¡Buena idea!-contestó el detective.

-Pues bien-dijo el millonario-. Me habían estado interrogando constantemente. Yo había resuelto actuar, sin decir nada a nadie definitivamente. AL mediodía de ayer, recibí una llamada del Evening Sphere. Era la llamada acostumbrada. <¿Hay alguna decisión tomada en el asunto del empréstito en oro?> Contesté que probablemente el asunto seria resuelto favorablemente hoy.

»Volví a casa antes de las tres. Estuve en esta habitación hasta las seis. Luego me vestí para comer. Unas doce personas llegaron antes de las siete y media. Comimos y los invitados se marcharon entre diez y once.

-¿Cuándo le llamaron por teléfono los periodistas?

-Antes de las nueve.

-¿Cuándo trató usted del asunto con sus amigos?

-Hablamos de ello durante la cena.

-¿Sucedió algo fuera de lo normad durante la noche?

-No. La mayoría del tiempo estuvimos en mi domicilio particular. Algunos de los invitados vinieron aquí, pero en cuanto se marcharon cerré la puerta. Generalmente no tengo esta habitación abierta. Me hace las veces de despacho casero. Jamás vengo aquí por la mañana. La habitación está cerrada hasta que yo vuelvo de la ciudad. Después, a la hora de comer, la cierro hasta el día siguiente.

-La habitación estaba abierta cuando yo vine-dijo Cardona.

-Desde luego-contestó el millonario-. Aquí no hay nada de valor, y Ralph, el mayordomo tiene otra llave de la puerta. Le llamé desde el despacho y le dije que le recibiera a usted aquí.

-Comprendo. Ahora, tratemos de esta nota de Doble Z. Según el matasellos de correos, fue depositado en Bronx alrededor de media noche.

-Sí. Ya lo he notado.

-Todas las notas vienen de Bronx- El detective vaciló un segundo-. Esto puede significar algo... y puede ser una coartada. Hay una cosa cierta: es una nota auténtica de Doble Z. La hemos comparado con las otras que tenemos.

-¿Guardan ustedes una verdadera colección?

-Sí.

-¿Todas amenazadoras?

-No. Algunas, muy pocas, son informes secretos. Una en particular nos sirvió para hacer abortar un complot contra el embajador Galvy. De ahí que la nota dirigida a usted es a la vez clara y obscura.

-¿Cómo?

-Porque-dijo Cardona-, nosotros suponemos a Doble Z relacionado con los asuntos extranjeros. En esto hay perfecto acuerdo. Pero, anteriormente, él parecía inclinarse a favor del gobierno ese. Ahora, sin embargo, si las suposiciones de usted son exactas, aparece como contrario al gobierno que antes apoyaba.

-¡Es particular!

-Sí, pero Doble Z es un excéntrico, no lo olvide. Voy a decirle lo que quiero hacer, señor Farmington. Voy a tomar apuntes de todo lo que usted me ha dicho, por si de todo ello puede surgir una pista. Este puede ser un asunto peligroso.

-¡Por mí no me preocupo!-declaró Farmington enfáticamente-. Sin embargo, necesitamos capturar a ese loco. Tome usted sus apuntes y yo los revisaré.

Farmington se sentó ante la mesa y se echó hacia atrás en su sillón. Cardona empezó a tomar notas, siguiendo exactamente las declaraciones que acababa de hacerle el millonario.

Mientras Cardona trabajaba, Farmington abrió un cajón de la mesa y sacó una caja de cigarros. Cogió uno de éstos y le cortó la punta. Tiró la punta al suelo y encendió el cigarro con una pausa estudiada.

-No recuerdo lo que me dijo usted acerca de esta mañana-observó el detective-. ¿Fue usted directamente a la oficina?

-Sí. Después de haber desayunado a las ocho.

-¿Cuándo empezó la conferencia?

-A las nueve y media.

-¿Cuándo terminó?

-A las diez cincuenta.

-Y los periódicos de la noche recibieron la noticia...

-Inmediatamente.

-¿Sucedió algo más después de eso?

-Nada más-fue la contestación de Farmington.

-¡Muy bien!-dijo el detective-. Le leeré todas mis notas. Después podemos ver si leamos olvidado algo.

Empezó a leer en tono monótono. Circunstancialmente alzó la vista para ver si Farmington estaba escuchando. El millonario había vuelto la cabeza ligeramente, de modo que su perfil no era ya visible.

Su cabeza estaba echada hacia atrás; las manos las tenía sobre el escritorio y una de ellas sostenía el cigarro.

Cardona continuó leyendo hasta el final. Esperaba que Farmington le diese su conformidad. Cardona acabó por cansarse de esperar.

-¿Nada más?-preguntó.

Philip Farmington no contestó.

-¿Está bien todo?-volvió a preguntar Cardona.

Tampoco ahora obtuvo contestación alguna.

Cardona, sorprendido, frunció el entrecejo. Púsose en pie y se acercó al millonario. Sólo avanzó tres pasos. Se detuvo estupefacto, al ver el rostro de Philip Farmington.

Philip Farmington estaba mirando fijamente a la pared con los ojos vidriosos y enormemente abiertos. Sobre su rostro se había esparcido una palidez grisácea que corría parejas con la ceniza del cigarro que fumaba y que aun sostenía su mano apoyada sobre la mesa.

Las firmes facciones del millonario habían tornado un tono cadavérico que Cardona jamás observara antes sobre la faz de ningún hombre.

Asombrado, el detective permaneció durante un rato incapaz de todo movimiento, luego, avanzó, sacudiendo por los hombros al millonario.

El zarandeo dio sus resultados.

El cuerpo del millonario cedió a la presión y acabó de hundirse en el sillón.

Los brazos cayeron inertes y el cigarro, aun encendido, rodó por el pavimento. La cabeza cayó hacia atrás y la espantosa mirada de aquellos ojos vidriosos quedó fija en el techo.

De los labios del detective José Cardona, salió un sonido entrecortado.

¡Philip Farmington estaba muerto!

## *CAPÍTULO VI*
## *LA SOMBRA HACE PREPARATIVOS*

La extraña muerte de Philip Farmington, el millonario y banquero internacional, produjo enorme sensación al ser conocida. Las circunstancias en que se había producido, en presencia del detective José Cardona, durante una discusión sobre el misterio Doble Z, puso en conmoción a Policía, y Prensa.

Era evidente que un hombre que hasta entonces se había limitado a excentricidades, se convertía de la noche a la mañana, en un peligroso asesino.

¿Quién era Doble Z?

¿Era un gangster que había sacado a luz métodos de crimen hasta entonces ignorados?

¿Era, un mero instrumento de alguien de más elevada posición, un testaferro, una pantalla, para despistar a los investigadores policíacos?

¿Era un maniático, que conocía los métodos de los criminales vulgares, y que después de darse gusto escribiendo sus excéntricas misivas, se había lanzado ahora a una carrera de asesinatos?

¿Era un hombre de cerebro superior, un criminal que había estado esperando la ocasión propicia para empezar el asesinato y la destrucción?

¿Era un hombre enteramente desconocido en el hampa, que había desarrollado súbitamente sus tendencias criminales?

¿Era un agente extranjero que iniciaba una campaña de terrorismo, tomando Nueva York como centro de sus hazañas?

Todas estas preguntas quedaban incontestadas.

Lo cierto era que Doble Z, fuese quien fuese, podía ser colocado en cualquiera de las clasificaciones anteriores. Su extraña manera de obrar y sus inexplicables propósitos, le señalaban como persona que obedecía a un impulso criminal, o bien como un hombre dotado de un genio notable.

Ante ambos sucesos, la policía sólo podía tomar una determinación: Terminar con aquel asesino, antes de que desencadenara con más amplitud sus velados poderes destructivos.

A cualquier sitio que uno fuera, la conversación versaba sobre Doble Z. Esto era particularmente evidente en el elegante Cobalt Club, del que Philip Farmington había sido uno de los miembros preeminentes. La muerte del banquero internacional causó profunda tristeza entre sus más íntimos amigos.

El Cobalt Club era de ordinario un lugar sombrío y silencioso. Ahora, por una vez al menos, sus miembros se mostraban locuaces, aunque su conversación era morbosa. La muerte de Philip Farmington hacía presagiar nuevas amenazas dirigidas a otros hombres, poseedores de grandes fortunas.

Un grupo reducido estaba discutiendo sobre el asunto del día en aquel club de desocupados. Media docena de hombres formaban la reunión. Estaba hablando ahora Barnaby Hotchkiss, el rey de la madera.

-A mí me parece esto un complot Internacional-decía enfáticamente-. Los terroristas norteamericanos son bastante malos, pero si los extranjeros están mezclados en ello...

-Podría ser peligroso para usted, ¿eh?-dijo sardónicamente Blaine Glower, el famoso armador.

-Si-admitió Hotchkiss-. Para mí ha sido una suerte que se prohibiese la Importación de madera escandinava. Esa madera bolchevique barata era una amenaza. Ahora, hemos inmovilizado una buena cantidad de ella y parece que no les ha hecho gracia en Europa.

-No creo que esto pueda ir muy lejos-dijo el armador Blaine Glower optimista-. No se adelanta nada atacando a las individualidades.

-Visto desde el punto de vista de Farmington-comentó secamente Hotchkiss.

-Y Farmington ha muerto.

-Sí. Esa es precisamente la inquietud. ¿A quién le tocará ahora el turno?

Estas palabras provocaron signos de asentimiento de parte de otros miembros del grupo.

-Nadie está a salvo-observó Stephen Baum, el director de prisiones-. Si a ese loco le da ahora por matar, no podrán contenerle. ¿Cómo fue asesinado Farmington?

-Envenenado-declaró Glover-. Lo han descubierto hace poco. Yo leí el informe del toxicólogo en el Sphere de esta noche...

-Bien, pero ¿quién administró el veneno? ¿Cómo? ¿Dónde?

Glover se encogió de hombros.

-Parece que eso no lo han descubierto aun-dijo Matthew Wade, el multimillonario-. Ese es, por lo menos, un paso por el buen camino.

-¿Y qué se adelanta con eso?-preguntó Hotchkiss.

-Ciertos venenos son peculiares a determinadas regiones-dijo Wade-. Este de la descripción que he leído, parece que es un veneno muy virulento, pero poco usado, que se halla en la India. Oí hablar de ese veneno durante mi última estancia en Bombay, cuando estaba dando la vuelta al mundo en uno de sus buques, Glover.

-Me parece que está usted en un error, Wade-dijo una voz calmosa.

El que acababa de hablar era Lamont Cranston, como Wade, un caballero dedicado a la holganza, y a quien se suponía poseedor de una gran fortuna.

-Yo, no sólo he oído hablar de venenos-continuó-, sino que los he estudiado. La muerte de Farmington indica que ingirió un veneno parecido al li-shun, un producto de Mongolia que es mortal. No produce efecto inmediato, pero sus consecuencias son mortales.

Matthew Wade se encogió de hombros. Era un hombre indolente, que había heredado la mayor parte de su fortuna, y que pasaba gran parte de su vida en el extranjero. No le gustaba discutir sobre cuestiones técnicas, aun cuando tuviese para ello excelente disposición.

-De buena gana le cogería la palabra, Cranston-contestó-. Creo que ha viajado usted tanto como yo. He dedicado gran parte de mi vida a la caza mayor en la India, pero estaba demasiado ocupado para estudiar los métodos orientales de asesinar artísticamente.

EL grupo fue deshaciéndose poco a poco. Algunos de los reunidos fueron hacia el billar, y otros hacia el vestíbulo.

Lamont Cranston permaneció en su sitio. Se había sentado en una cómoda butaca y se volvió para observar a un hombre que estaba sentado cerca de él.

Este individuo no había tomado parte en la conversación.

El hombre a quien observaba Cranston era de rostro sereno y recia mandíbula y que podría tener unos treinta años. Vestía traje de noche. Estaba fumando una panetela con una parsimonia especial, y parecía muy abismado en sus propios pensamientos.

En aquel día, era el único que reflejaba perfectamente la atmósfera ordinaria del Cobalt Club. La única expresión de su rostro era una mirada de mal humor que parecía serle habitual, y que desapareció súbitamente cuando notó que había alguien que le observaba.

Posó una lenta mirada sobre Lamont Cranston, reconoció el firme rostro del millonario, y murmuró unas palabras a guisa de saludo.

-Buenas noches, mister Cranston-dijo.

-Buenas noches...-murmuró Cranston tratando de recordar.

-Mann-le contestó el desconocido-. Rutledge Mann.

-!Ah, sí!-exclamó Cranston-. Ahora me acuerdo. Le he encontrado aquí antes varias veces. ¿Estaba usted escuchando la conversación de los sobresaltados plutócratas?

-Apenas si me atañe eso a mí-contestó Mann, con una sonrisa.

-¿Por qué?

-No pertenezco a la clase de los plutócratas.

Lamont Cranston era un hombre observador, y a pesar de fingir lo contrario, había reconocido a Mann desde el primer momento. Por otra parte, conocía buena parte de su historia.

Mann pertenecía a una familia que en otro tiempo fuera rica. Había emprendido un pequeño negocio de corretaje, y negoció con diversos miembros del Cobalt Club. Actualmente era indudable que atravesaba tiempos difíciles.

-Los negocios no van bien, ¿eh?-preguntó Cranston.

-No hay negocios, en absoluto-contestó Mann.

-¿Se acabaron?

-Sí.

-Malo, malo-observó Cranston.

Había algo de comprensión en su tono que impresionó a Rutledge Mann.

-¿Qué va usted a hacer ahora?

-No lo sé-contestó Mann-. No pienso hacer nada para empezar otra vez. Tengo unas cuantas deudas. Si no fuese por eso...

Se interrumpió bruscamente. Aunque no terminó la frase, Lamont Cranston adivinó el resto. El gesto de mal humor habitual que apareció en el rostro de Mann, se lo dijo todo.

Rutledge Mann estaba arruinado. Sólo el sentido de la responsabilidad y de la obligación a cumplir, le detenían ante una resolución desesperada.

En aquel momento, estaba pensando obstinadamente en una pistola que guardaba en uno de los cajones de su mesa de despacho.

Mann no se dio cuenta de que Cranston continuaba observándole. Si hubiera tenido la calma suficiente para fijarse en ello, se habría sorprendido, porque los agudos ojos de Cranston estaban como clavados en el rostro del ex corredor. Parecía estar leyendo los más íntimos pensamientos de aquel hombre que estaba sentado junto a él.

Rutledge Mann se levantó de su silla. Miró al reloj colgado en la pared frontera del vestíbulo. Esta acción era muy significativa para Lamont Cranston.

Se dijo que Rutledge Mann debía haberse desprendido del magnifico reloj pulsera que llevaba pocas noches antes, porque Lamont Cranston venia observando a Rutledge Mann desde hacia bastante tiempo.

-Buenas noches-dijo Mann bruscamente-. Ya es tarde. Me voy a casa.

Salió de la habitacioncita y cogió su abrigo en el vestíbulo. Lo llevó sobre el brazo hasta que hubo salido por la puerta giratoria. Aquel abrigo estaba bastante raído, y la única prenda presentable que aún le quedaba era aquel traje de noche, que le permitía sus visitas nocturnas al Cobalt Club.

Fuera estaba lloviznando. Rutledge hizo frente a la lluvia y echó a andar a lo largo de la Avenida. Había pasado ya varias manzanas hacia la estación del metro, y no parecía haberse dado cuenta de que existía una parada de taxis frente al Club.

Y esto por una razón de peso: sólo llevaba cincuenta centavos en el bolsillo.

Mann iba increpándose a sí mismo, cuando un taxi pasó a su lado procedente del Cobalt Club. Acostumbrado a las caricias de la fortuna, el club había sido su único refugio durante aquellos últimos meses.

Pasaba la mayor parte del tiempo allí, aunque se encontraba singularmente descentrado en él.

Entre hombres como Lamont Cranston... por ejemplo, o Matthew Wade.

Para cualquiera de los dos, un millar de dólares era una miseria. Y, sin embargo, aquella noche, Rutledge Mann hubiese hecho cualquier sacrificio, por la mitad de esa suma.

La llovizna se había convertido en lluvia torrencial cuando Rutledge salió de la estación del metro, cerca de la casa en que vivía. Dos manzanas a través del diluvio. Las

recorrió en una carrera y entró en su pisito calado hasta los huesos. Arrojó el abrigo sobre una silla y contempló la ruina de su traje de noche.

Quitóse la chaqueta poniéndola a secar; dejó el chaleco en el respaldo de una silla y se quitó la corbata y el cuello. Hecho esto sentóse delante de la mesa.

Obedeciendo a un súbito impulso, abrió el cajón de la mesa y sacó de él la pistola.

Era el único objeto de relativo valor que aun le pertenecía. Lo vendería o...

La pistola estaba en su mano izquierda. Mann miraba como fascinado el agujero del cañón. Instintivamente puso el dedo en el gatillo. Parecía hallarse en un mundo pequeño de su propiedad, dentro del circulo luminoso de la lámpara de sobremesa.

El resto de la habitación a su espalda era una región obscura y desconocida para él. El dedo de Mann se afirmó sobre el gatillo.

Y en aquel momento, desde aquel mundo ignorado de la oscuridad, surgió una mano cubierta de negro, que le arrebató la pistola.

Mann miró hacia arriba hasta hallarse frente a un hombre de elevada estatura, que parecía un espectro fantástico.

El visitante estaba vestido de negro de pies a cabeza. Llevaba una larga capa negra, con un cuello alto que le ocultaba el rostro. Sobre su frente caía la ancha ala de un sombrero. Dos ojos fue todo lo que Mann pudo ver, ojos que brillaban como carbones encendidos.

La pistola desapareció bajo los pliegues de la capa. Mann, aturdido y con las manos vacías fue incapaz aun de expresar su sorpresa.

-¿Por qué deseaba usted la muerte?

La pregunta fue hecha en una voz semejante a un silbido. Aquel tono extraño hizo estremecerse a Mann, y, sin embargo, la presencia del extraño personaje no le había causado miedo alguno.

-Nada me invita a vivir-contestó-. Estoy arruinado. No tengo amigos. Ni porvenir. No dependo de nadie, ni nadie de mí. He llegado al final... Eso es todo. ¿Por qué seguir viviendo?

Una mano enguantada volvió a colocar la pistola entre los dedos de Mann.

Este creyó que estaba soñando, que todo aquello no era más que un producto de su fantasía. El contacto con el metal frío le volvió a la realidad. Pero al recobrar otra vez la pistola, sus ideas de suicidio estaban olvidadas.

-Si tiene usted buenas razones para morir-dijo aquella voz silbante-, no quiero negarle a usted ese derecho. Pero si lo que usted necesita es dinero y amistad, para que la vida recobre su ritmo, estoy a su disposición... si quiere obedecer mis órdenes.

Mann dejó la pistola sobre la mesa, y miró fijamente al hombre vestido de negro.

-¿Qué desea usted?-preguntó.

-Obediencia. Plena obediencia. Sin hacer preguntas. Tendrá usted vida y honor, pero mis órdenes serán ley para usted.

Reinó un momento de silencio. Mann siguió mirando a la extraña figura en pie ante él, tratando de ver los ocultos labios que pronunciaba aquellas palabras. Estaba pensando en el porvenir.

Ese porvenir sería: o su cuerpo sin vida... o Rutledge Mann vivo y activo, libre de la pobreza. Todo aquello parecía irreal, pero él lo consideraba con toda seriedad.

-Acepto su oferta-fue su decisión, mientras se miraba en aquellos ojos centelleantes.

-¿Promete usted plena obediencia?

-Lo prometo.

Una mano cubierta por un guante negro dejó algo sobre la mesa, junto a la pistola. Mann miró aquel objeto. Era un talonario de cheques. Lo abrió y pudo ver que los cheques llevaban Impreso:

RUTLEDGE MANN 909 Badger Building New York

-Esté usted en su despacho mañana, por la mañana-dijo la voz silbante junto a su oído. Sobresaliendo de la tapa del talonario de cheques, podía verse la cifra del depósito a su nombre. Mann sacó la hoja, la desdobló y leyó la cantidad. Tenia a su disposición 2.500 dólares.

Mann se volvió en su silla para mirar al desconocido, pero no vió a nadie.

Fue hasta la puerta e hizo funcionar el conmutador de la luz. Estaba solo en la habitación.

¡El hombre vestido de negro se había marchado!

Se dirigió de nuevo hacia la mesa. En una mano tenía la pistola, en la otra el talonario de cheques. Aquella significaba la muerte. Este la vida.

Una vida de dignidad. Guardó la pistola en el cajón de la mesa y se sentó ante la mesa mirando con fijeza el talonario de cheques como un hombre sumido en un sueño.

Cuando llegó la mañana, Rutledge Mann vió el talonario en su buró, donde lo dejara antes de acostarse. Se quedó como atontado, al comprobar que todo lo ocurrido había sido realidad.

Los extraños acontecimientos de la noche pasada volvieron a vivir en su imaginación. No cabía la sospecha de que hubiese sido burlado.

Se vistió, salió de su casa y dirigióse precipitadamente hacia la parte baja de la ciudad, hacia el Badger Building, cerca de Times Square. Subió al piso noveno y halló la oficina 3013. Al llegar allí se detuvo estupefacto.

Sobre la puerta había una placa en la que se leía:

RUTLEDGE MANN
Inversiones

Empujó la puerta, que estaba abierta. Una vez dentro se encontró en un pequeño despacho, al otro extremo una puerta y otro despacho interior. Sobre la mesa de este despacho particular vio dos objetos: una llave y un sobre.

Mann se sentó ante la mesa. Abrió el sobre y extrajo de él un papel doblado.

Empezó a leer y fue comprendiendo a medida que leía.

Mientras, Rutledge Mann estaba enterándose de sus primeras obligaciones siguiendo los métodos del hombre misterioso que le había protegido, otro hombre que tenía negocios en Nueva York estaba abriendo una carta sentado ante su mesa, mientras desayunaba en su casa de Nueva Jersey.

Era Cliff Marsland, un veterano de la Gran Guerra, que había tomado parte recientemente en una campaña contra los ruidos de Nueva York.

La carta que Cliff leía estaba escrita con tinta azul, y sus palabras formaban una clave secreta que sólo él comprendía. Apenas había acabado de leer cuando lo escrito empezó a desaparecer. El papel estaba en blanco cuando lo dejó caer sobre la mesa.

-Querida-dijo Cliff a su mujer-. Creo que seria una buena idea que hicieses ese viaje a Florida a casa de tu padre. Podías ir ya y quedarte con él esta noche. Yo tengo un trabajo entre manos que me tendrá fuera una temporada...

Mientras tanto, en el vagón general del ferrocarril Easten Limited, un joven conocido como Harry Vincent, estaba fumando un cigarro y mirando meditativo la perspectiva que iba desarrollándose ante su vista.

Harry había terminado sus vacaciones aquella misma mañana. Había dejado la casa de sus padres en la pequeña ciudad de Colón y se dirigía a Michigan, en respuesta a un singular telegrama que recibiera la noche anterior, un mensaje que él solo podía comprender.

En el mismo preciso momento Clyde Burke estaba colgando el receptor de un teléfono del <Classic>. Acababa de estar escuchando unas palabras pronunciada, por una voz reposada que le había hablado por el hilo.

-¡Burbank!-se dijo Clyde, en voz baja-. ¡Burbank, el agente secreto de La Sombra! ¡Burbank ha empezado a trabajar y yo he recibido instrucciones!

Cinco hombres habían recibido órdenes. Simultáneamente, La Sombra, el desconocido maestro del misterio, había requerido a sus subordinados y cada uno de éstos esperaba, sus órdenes.

Mientras la policía, con cientos de hombres a su disposición, estaba tratando de establecer la identidad de Doble Z, La Sombra preparaba la próxima batalla contra el genio del crimen.

## *CAPÍTULO VII*
## *LA SOMBRA EN ACCIÓN*

A las tres de aquella misma tarde se presentó un hombre en la Delegación y preguntó por el detective Cardona. Fue introducido en la oficina. Cardona estaba fuera, pero llegó media hora después y se encontró al visitante esperándole.

Miró curiosamente al desconocido, un hombre alto, de rostro cetrino, que llevaba un traje azul y un sombrero gacho. Cardona no había visto nunca a aquel hombre, pero se sintió bien impresionado por el aspecto del visitante.

El rostro de aquel individuo era duro y sin expresión; parecía moldeado con una substancia sólida.

Antes de que el detective pudiese inquirir del desconocido el objeto de su visita el hombre levantó la solapa de su americana y le mostró la placa de agente del servicio secreto. Cardona extendió una mano a guisa de saludo.

-Mi nombre es Blake-dijo el visitante, con voz reposada-. Terry Blake. Usted no lo sospecharía de mi nombre, pero...

El agente hizo una pausa y empezó una interesante conversación en español.

Cardona, sorprendido, le contestó en el mismo idioma. Tras unas pocas observaciones más, Blake resumió su conversación en inglés.

Acababa de explicar a Cardona que era de origen español por parte de su madre. Cardona, examinando más detenidamente sus facciones, observó en ellas ciertas prominencias características de la raza hispana.

-Supongo que habrá venido a verme sobre el caso Farmington-dijo el detective.

-Lo ha adivinado usted-contestó el agente del servicio secreto-. Estoy trabajando contra los terroristas y me parece que este caso encaja perfectamente en mi labor.

-No lo dudo-contestó Cardona-. Sólo hay una diferencia...

-¿El procedimiento?

Cardona asintió.

-En aquellas aparecen bombas y estiletes-dijo-. Este empleo del veneno es nuevo.

Cardona movió la cabeza, pensativo.

-Comprendo su razonamiento-dijo-. Aquí en Nueva York sólo tenemos el tipo de terrorista, que confía a las bombas la solución de sus pleitos políticos, pero ahora que se trata de asuntos internacionales, podía darse el caso de que se hubiese formado un complot Internacional más complicado...

-Lo considero posible-declaró Blake.

-No hemos sido muy afortunados que digamos en lo que se refiere al veneno-lamentó Cardona-. El toxicólogo ha comprobado su naturaleza general, pero no puede precisar de qué veneno se trata. Dice que obra al principio lentamente, y luego su acción mortal se produce de súbito. Pudo habérsele dado a Farmington durante la comida... por la mañana... al mismo tiempo que el desayuno...

-¿O la noche antes?

-No. Eso habría sido imposible. No creo que lo ingiriese antes de la mañana... y aun en ese caso, no demasiado temprano.

-¿Ha descubierto usted alguna pista?

-Ninguna.

Cardona entregó al agente secreto una información escrita a máquina. Era una copia de la conversación sostenida por el detective con Farmington.

-¿Ha descubierto usted algo interesante en el despachito particular de Farmington, de que había aquí?

Cardona contestó con un ademán negativo a la pregunta de Blake.

-¿Algún documento?

-Ninguno de importancia.

-¿Y si fuésemos allí?-sugirió el agente secreto.

-Como usted quiera-contestó Cardona-. Aquí hay algo que le gustará ver antes de ir allí.

Y mostró a Blake la nota que Farmington recibiera de Doble Z. El agente la examinó con toda detención.

-¿Está usted seguro de que es auténtica? -preguntó al terminar el examen.

Cardona le enseñó otras cartas de la misma procedencia. Durante unos minutos Terry Blake estudió y comparó las cartas.

Luego dejó a un lado todos los documentos, excepto la nota que fue hallada en la mano de Joel Caulkins, la nota en que se avisaba al receptor que le quedaba una semana de vida.

El agente secreto examinó el papel al trasluz y luego al revés, es decir, lo de arriba abajo. Terminadas estas operaciones se la devolvió a Cardona.

El detective hubiese jurado ver un relampagueo especial en los ojos de Blake. Antes de que hubiese podido hacerle una pregunta, el agente secreto se había puesto en pie.

-¿Vamos?-dijo, bruscamente.

Llegaron al domicilio de Philip Farmington. Cardona tenía una llave del despacho donde muriera el banquero. Entraron en él. Blake examinó la silla en que estuvo sentado Farmington. Cardona le contemplaba, sonriendo.

-Ya hemos examinado todo esto minuciosamente-dijo-. No hay aquí la menor huella. No hubo agujas envenenadas. Pero creo que le gustará mirar estos papeles.

Terry Blake examinó algunos documentos que habían pertenecido a Philip Farmington. Por último dejó a un lado aquellos papeles y se sentó frente a la mesa.

-¿Farmington estaba sentado aquí?-preguntó.

-Sí-contestó Cardona, señalando a la silla que ocupara en otra ocasión-. Yo estaba sentado aquí, hablando con él.

-¿Qué hizo?

-Poca cosa. Me ofreció un cigarro cuando vine. De esa caja que hay sobre la mesa.

-Bien. Yo seré Farmington. Tome uno.

Cardona tomó el habano con una sonrisa. Blake se dispuso a agarrar uno para él.

-¡Espere!-dijo Cardona, entrando de lleno en la maniobra de su compañero. Farmington tomó uno de la caja que había en el cajón de la mesa. Lo recuerdo ahora perfectamente. Pude notar que le gustaban más los cigarros fuertes.

Blake abrió el cajón indicado. Había quedado abierto, y encontró en su interior la caja de cigarros. La primera hilera ha sido consumida y de la segunda faltaba sólo un cigarro. Blake sacó un cigarro suelto y mordisqueó la punta.

-Farmington cortó la punta-observó Cardona-. Recuerdo que sacó un cortador especial del bolsillo. El recorte lo tiró.

-No importa-contestó el agente secreto.

Encendió el cigarro. Su olor acre hizo estornudar a Cardona.

-Muy fuerte-dijo el detective-. Es extraño que no lo notara ayer. Debía estar muy ocupado tomando mis notas.

-¿De modo que Farmington estaba sentado aquí cuando murió?

-Precisamente ahí

-Me choca-dijo Blake-. Tiene usted que resolver un crimen de solución difícil, pues bien, vamos a tratar de resolverlo entre los dos.

Su sombrero lo había dejado sobre la mesa. Incidentalmente lo tiró al suelo al levantarse. Cardona le vió agacharse y recogerlo. Salieron de la habitación y tomaron un taxi. Blake se apeó antes de llegar a la Delegación.

Al llegar a su oficina, Cardona se encontró con que le estaba esperando en ella un hombre de corta estatura y algo rechoncho. El visitante se presentó a sí mismo como Tim Malloy, del servicio secreto.

-¡Hombre¡-exclamó Cardona-. Ahora mismo acabo de separarme de uno de sus compañeros.

-¿Quién?

-Terry Blake.

Malloy hizo un movimiento de sorpresa.

-¿Terry Blake?-dijo-. Creí que estaba en Italia. ¿Quiere decirme cómo era ese individuo?

Cardona hizo una descripción exacta de Blake.

-En efecto, son las señas de Blake-declaró Malloy-. No sabía que hubiese regresado. Lo extraño es que no haya comunicado.

La conversación cambió de tema. Malloy solicitó ver la correspondencia de Doble Z. Cardona se la enseñó y cuando el agente se hubo marchado Cardona empezó a recapacitar sobre lo ocurrido.

Era muy extraño que Terry Blake hubiese ido a verle sin estar designado para ocuparse de aquel caso particular. Aquella visita a la casa de Farmington era rara. Malloy no había sugerido tal visita.

En el cerebro de Cardona empezaron a despertarse las sospechas. Estaba a punto de experimentar otra corazonada. Se quedó mirando el crepúsculo a través de la ventana y se dijo que le gustaría encontrarse otra vez con Terry Blake.

De haber poseído Cardona una vista capaz de taladrar las tinieblas y los sólidos muros, podría haber contemplado una escena distante que le habría sorprendido, y en parte se habría explicado la visita de aquel hombre que se llamó a sí mismo Terry Blake.

Brillaba una luz en el centro de una habitación sin ventanas. Sus rayos, dirigidos hacia abajo por una pantalla, dibujaban un círculo luminoso en el centro de una mesa.

Dos manos se movían en aquel circulo de luz. Aquellas manos eran largas y finas. Sin embargo, bajo su fina piel se adivinaban unos músculos recios.

Sobre uno de los dedos de la mano izquierda brillaba a los rayos de la luz de la lámpara una extraña gema, cuyo centelleo esparcía unos reflejos purpúreos.

La piedra era un girasol, un ejemplar espléndido, único en el mundo. Era el solitario inconfundible de La Sombra.

Como viniendo de la nada, aparecieron a la luz varios objetos. Un lápiz y una hoja de papel. Una copita llena de agua. Una caja menudita.

Una redoma de un liquido azul oscuro, cuyos cambiantes reflejos rivalizaban con los incomparables del girasol. Estas apariciones surgidas de la oscuridad entraron en el círculo de luz como a un conjuro.

Finalmente hizo su entrada en escena un curioso libro de tapas flexibles. Las manos abrieron el libro y quedó a la vista una página de caracteres chinos.

Un dedo finísimo empezó a recorrer la página. Se movía y se detenía lentamente en cada tipo de letra. Los ojos de aquel individuo misterioso iban leyendo desde la oscuridad.

La mano tomó el lápiz de sobre la mesa y fue haciendo algunas anotaciones en la hoja de papel. El libro continuó abierto, pero fue empujado a un lado, donde permaneció como referencia para un momento determinado.

Las manos abrieron la caja menudita y sacaron una cantidad de polvo amarillo que dejaron caer en la copita llena de agua. El líquido tomó un tinte amarillento y el polvo se disolvió inmediatamente.

Las manos mostraron ahora un sobre y también un par de pinzas cuyas puntas metálicas fueron introducidas en el sobre. Salieron a poco llevando sujeto un pequeño objeto oscuro. Era la punta de un cigarro, que había sido cortada con un corta puntas especial para fumadores.

Las pinzas fueron introducidas ahora dentro del líquido amarillento.

Transcurrió medio minuto; entonces, la mano que sostenía las pinzas las removió unos segundos y dejó caer otra vez en el sobre la punta del cigarro húmedo.

Le llegó el turno de ser empleada a la redoma. Aquellas manos la destaparon y dejaron caer tres gotas de su contenido dentro de la copa. Los globulillos azulados parecieron retorcerse y licuarse dentro del líquido amarillo, hasta que lo coloraron completamente de un verde pálido. La copa continuó visible.

Las manos se inmovilizaron y fuera del círculo de la luz los ojos miraban atentamente.

Durante un corto espacio de tiempo no ocurrió nada.

Luego, con una lentitud misteriosa, el color del liquido empezó a cambiar otra vez. El verde se hizo más oscuro y adquirió un tinte castaño. Cuando la metamorfosis fue completa, el claro liquido se había transformado en una solución oscura y cenagosa.

La mano derecha agarró el lápiz y trazó sobre el papel una letra china y bajo ella trazó la mano la palabra li-shun. A continuación fue escribiendo estas palabras explicativas:

«Este veneno, de forma líquida, se seca y se adhiere a cualquier objeto sobre el que sea aplicado. Humedecido, desaparece rápidamente sin dejar rastro.

»Alguien abrió la caja de cigarros que estaba en el cajón del escritorio de Philip Farmington. La caja no contenía cigarros aislados La segunda hilera estaba intacta. Procurando no dejar huellas, esa persona extrajo un cigarro del centro de la hilera y dejó en su lugar otro igual, que había sido tratado con li-shun. Este cigarro fue dejado algo sobresaliente del resto de la hilera, lo que haría que fuese fácilmente elegido por Farmington.»

La mano permaneció un momento inactiva, y luego añadió:

«Primera prueba: El resto de la hilera estaba intacto. Farmington la habría desordenado al tomar un cigarro de una hilera apretada.

»Segunda prueba: Cardona no notó el fuerte aroma del cigarro que fumó Farmington.

»La persona que lo colocó no consiguió encontrar un cigarro tan fuerte como los de la marca que fumaba Farmington.»

Hubo otra pausa y la mano siguió escribiendo:

«En el cigarro no podía quedar huella alguna del veneno después de haber mordido Farmington su punta, pero el extremo cortado con la maquinilla quedó en el suelo en el sitio en que lo arrojara Farmington. El análisis demuestra la existencia del li-shun en el tabaco.»

El papel continuó sobre la mesa con la anterior y extraña información, hasta que la mano derecha lo tomó y lo arrugó. Luego la mano escribió:

«Hechos en la muerte de Caulkins.»

Tachó las palabras y añadió esta sencilla observación:

<Más adelante>.

Esta hoja fue arrugada también. Las manos, trabajando rápidamente, retiraron los objetos de encima de la mesa. Se apagó la luz. Una risa queda y fantástica repitió sus ecos al chocar contra las paredes de la habitación.

Era la risa de La Sombra. ¡El cerebro maestro, que trabajaba en la oscuridad, había descubierto cómo murió Philip Farmington!

## *CAPÍTULO VIII*
## *MANN SE ENTERA DE HECHOS*

Era un Rutledge totalmente distinto el que aquella noche hizo su aparición en el Cobalt Club. Ya no se veía en sus ojos una mirada de fatiga moral.

En vez de sentarse solemnemente en un lugar oscuro, atravesó el saloncillo y el vestíbulo con el aspecto de satisfacción que era anteriormente su característica.

No había nada en las maneras de Mann que atrajese la atención, sin embargo, Mann aparecía pacífico, procurando pasar inadvertido. De ordinario afable y cortés, se limitó a saludar a sus antiguos conocidos.

Mann había creído siempre que los negocios acabarían por ir hacia aquellos que trabajaban pacientemente y sabían esperar. Sus últimos fracasos desvirtuaron en cierto modo esta teoría, pero los recientes acontecimientos le habían devuelto la confianza en sí mismo.

Así iba pensando Mann mientras atravesaba el club de parte a parte. En su cerebro se barajaban los pensamientos, y éstos no se referían ciertamente a inversiones. En vez de esto, estaba repasando las actividades de Doble Z, el extraño artífice del crimen que tenia desconcertada a la policía.

Todo aquel día, después de haber leído las instrucciones contenidas en el sobre hallado sobre la mesa escritorio, Rutledge pasó horas y más horas repasando ediciones de la prensa diaria, con sus variadas informaciones sobre los últimos asesinatos.

¿Quién mató a Joel Caulkins? ¿Qué misterio rodeaba la muerte de Philip Farmington?

Otra pregunta dejaba perplejo a Rutledge Mann. Era la referente a la relación existente entre el juez Harvey Tolland y el asesino de Caulkins.

Porque dentro del sobre que le dejara La Sombra, Mann había hallado un informe completo de los hechos facilitados por Clyde Burke.

En resumen, Mann estaba ahora plenamente familiarizado con todos los detalles del asunto Doble Z. ¡Y estaba completamente desconcertado!

Estos pensamientos hicieron fruncirse el entrecejo de Mann. Luego se rió quedamente. ¿Por qué había sido escogido él para estudiar aquel caso? Había empleado todo el día, considerando los detalles de manera metódica.

Como consecuencia de esto experimentaba una clara conciencia en cuanto a lo que se relacionaba con su deber para con el misterioso personaje que lo tomara a sus órdenes, pero no podía ayudarle por un esfuerzo constructivo.

Como en la noche precedente, numerosos miembros del club seguían discutiendo sobre la misteriosa muerte de Philip Farmington. Había pasado la primera impresión sensacional, pero un asunto tan importante no podía ser olvidado tan pronto en el Cobalt Club, donde la intervención del banquero asesinado había sido tan activa.

Mann se juntó modestamente a un grupo y escuchó la conversación, pero no se enteró de nada que no conociese.

Mann buscó a Lamont Cranston entre los concurrentes, pero no le vió. En el fondo Mann no podía por menos de asociar a Cranston con la buena fortuna que había venido a visitarle.

Hacía meses que rumiaba sus desgracias, pero jamás había hablado de ellas a nadie hasta que se hallara a solas con Cranston la noche anterior.

Fue, efectivamente, poco después de aquella conversación con el viejo millonario, cuando se le apareció aquel individuo misterioso vestido de negro a ofrecerle la vida en vez de la muerte.

Mann, cuidadoso y analítico en sus razonamientos, no podía hallar una relación definida entre Cranston y el misterioso personaje y, sin embargo, persistía en su pensamiento esa asociación.

Eran las once. Mann decidió volver a su casa, y se dirigió hacia el vestíbulo para recoger su abrigo. Aquella noche andaba sosegadamente, porque su raído sobretodo había sido substituido por uno nuevo.

Mann recogió el abrigo y su bastón y su sombrero con él. AL igual que el abrigo, estos dos objetos eran también nuevos.

Cruzó el vestíbulo, dio las buenas noches al criado estacionado en la puerta y echó a andar hacia la acera.

Otra vez estaba lloviznando. Mann miró a ver si se divisaba algún taxi. En aquel momento oyó el zumbido de una bocina y vió detenerse un taxi bajo la marquesina del club.

Pero antes de que pudiese tomar aquel taxi, otro partiendo de la acera de enfrente se detuvo delante de Rutledge Mann. Un oficioso conductor le abrió la puerta y Mann entró en el vehículo, que echó a andar mientras Mann daba las señas de su casa.

El conductor del otro taxi, que había vista escapársele el probable cliente, se deshizo en maldiciones contra el chofer del taxi en que iba Mann.

Este esbozó una sonrisa al ver los extremos a que llevaba a aquellos hombres la competencia profesional.

-Ahora-murmuró, entre dientes, mientras se arrellanaba en el asiento-, vamos a pensar un poco más en ese caso de Doble Z.

-¿Ha sacado usted algunas conclusiones?

Estas palabras hicieron a Mann dar un bote en su asiento. Se habían pronunciado junto a él, con una voz sibilante que reconoció en el acto y se volvió, estupefacto. ¡A su lado estaba sentado el hombre misterioso que le visitara la noche anterior¡

Al menos Mann estaba seguro de la identidad de su compañero, aunque no pudo ver nada más de una forma negra en uno de los rincones del taxi.

-¿Usted?... ¿Está usted aquí?...-murmuró Mann.

-Para recibir su informe. Supongo que habrá usted seguido mis instrucciones.

-Sí, señor-dijo Mann, con presteza, recobrada ya por completo la serenidad perdida en los primeros momentos-. Pero he de confesar que estoy completamente a oscuras.

-¿Después de haber leído todos los informes?

-Sí.

-¿No tiene usted ninguna impresión con respecto a Doble Z?

-Ninguna. Excepto que necesita ser excéntrico en extremo y gozar de la astucia que linda con frecuencia con la excentricidad.

-Puede ser verdad-contestó la voz sibilante-. Pero dejemos estas cuestiones especificas. ¿Cuáles son sus opiniones respecto al asesinato de Caulkins?

-Que la policía ha acertado esta vez-contestó Mann-. Doble Z ha intervenido en el crimen. Lo cometió en persona. Atrajo a Caulkins a esa casa, después de enviarle una carta

amenazadora. Lo mató... mientras estaba telefoneando. La teoría de Cardona de que ese Doble Z no es un hombre práctico en el crimen, me parece lógica. Aquellas cuatro balas...

-¿Y la mención del juez Tolland?-le interrumpió su interlocutor invisible.

-Otra prueba de la excentricidad de Doble Z-contestó Mann-. Creo que Cardona ha acertado también en este extremo.

Hubo un corto silencio mientras el taxi seguía su ruta. Mann comprobó que el chofer no se dirigía directamente a su casa. Ahora estaban entrando en el Parque Central, se dijo que el hombre del volante debía estar también al servicio del desconocido vestido de negro.

-Le he dejado a usted exponer sus impresiones, partiendo de los hechos tal y como los ha expuesto la policía-dijo la voz desde su rincón-. Ahora déjeme que le pregunte: ¿Cree usted que Joel Caulkins, un periodista, fue a la East Eightieth Street sin decir a su editor que había recibido una carta amenazadora de Doble Z?

-No-contestó Mana, reflexivamente.

-¿Entonces qué piensa usted de ese mensaje?

-¡Ya lo veo! -exclamó Mann-. !Se lo colocaron en la mano!

-¿Por qué?

-Porque... pues bien, porque había mencionado a Doble Z al hablar por teléfono.

-Ahora ha dado usted en el clavo-comentó el desconocido, con acento aprobatorio-. Mas, ¿por qué consintió Doble Z que Caulkins mencionara su nombre ante el teléfono?

-Probablemente otra excentricidad.

-Es posible. Pero no está en concordancia con la prudencia de Doble Z. Una declaración interrumpida. ¿Por qué no se le permitió a Joel Caulkins completarla?

-Porque estaba revelando la identidad de Doble Z.

-¿Usted cree que Doble Z le había dicho quién era?

-Hum...-dijo Mann.

Miraba fijamente hacia delante, a la espalda del chofer, casi olvidado del hombre sentado junto a él.

-Eso me parece lógico-continuó-. Estoy por pensar que Doble Z habría dado a Caulkins una información falsa, y que le dejó que siguiera adelante con ella...

-¿Por qué mencionó Caulkins al juez Tolland antes de hablar de Doble Z?-preguntó la misma voz vigilante.

-No lo sé-confesó Mann.

-¿Podía haber considerado a Tolland de mayor importancia en aquel momento?

Un gesto de súbita comprensión apareció en el rostro de Mann. Su metódico pensamiento empezaba a comprender la situación. Vio una nueva luz, pero aún era confusa.

-Figurémonos-continuó su interlocutor-, que Doble Z no sabía nada en cuanto a Joel Caulkins.

-¿Entonces por qué fue Caulkins allí?

-Para encontrar algo que se refiriese al juez Tolland.

-¡Ah!-exclamó Mann-. Pero, ¿por qué fue allí Doble Z?

-Por la misma razón que Caulkins. El juez Tolland es la relación perdida entre los dos.

Rutledge hizo un movimiento como de conformidad, pero su cerebro era un torbellino. No podía comprender la relación, pero se decía que iban descorriéndose nuevos velos del misterio.

Partiendo de la oscuridad llegó a él una risa ahogada. Fue una risa melancólica que le hizo estremecerse, aunque sabía que su extraño compañero era un amigo.

-Usted no ha visto la escena del crimen -comentó la extraña voz-, pero yo sí. Fui allí, presumiendo que Caulkins había sido asesinado durante una excitación momentánea y no de una manera premeditada por parte de su asesino, y hallé la evidencia de este punto.

-¿Doble Z no fue allí para matar?

-Doble Z fue allí para matar-le contradijo la voz-, pero la víctima predestinada no era Joel Caulkins. A quien buscaba allí era al juez Tolland. Reproduzcamos los hechos.

»El juez, Tolland estaba viviendo en aquella vieja casona bajo el nombre de José T. Dodd. La tarjeta clavada en el vestíbulo con ese nombre está muy sucia. Las huellas son de que llevaba allí varios meses.

»La gruesa alfombra de la habitación al final de la escalera, está manchada en algunos sitios. Uno de éstos es delante del espejo. Un hombre debe de haberse colocado allí con frecuencia, estudiando su propia imagen, considerando su disfraz y tratando de adoptar nuevas expresiones faciales.

»Caulkins fue allí y descubrió a Tolland. Es evidente que el juez se resolvió a contarle su historia al periodista. Por eso llamó Caulkins a su editor. Primero mencionó a Tolland, pero rápidamente volvió hacia la información más interesante, la identidad de Doble Z. Sólo podía haberla comprobado por un conducto: el juez Tolland. Sentado esto, no es aventurado suponer que Tolland diera a Caulkins pruebas fehacientes... por ejemplo, una amenaza de Doble Z.

-¡El papel que el periodista tenia en la mano!

-Exactamente-contestó el misterioso personaje-. Tolland esperaba un peligro por parte de Doble Z. Mientras Caulkins telefoneaba, Tolland estaba junto a él. La posición de la silla y del teléfono-a un lado de la mesa-lo indica. Repasemos la situación. ¡Entonces comprobó, en el momento critico, que Doble Z acababa de entrar en la habitación!

-¡Ahora lo comprendo!-exclamó Mann.

-Cuatro tiros-continuó la voz-. Cuatro tiros con buena puntería cumplían dos propósitos. Primero: la muerte de Caulkins antes de que pudiese completar la información. Segundo: la muerte del juez Tolland, al que Doble Z había perseguido.

-Pero se encontraron cuatro balas en el cuerpo de Caulkins...

-Ciertamente. Dos fueron disparadas después de que el teléfono fue colgado de nuevo por el asesino. Dos tiros para que pareciese como si un chapucero hubiese hecho el trabajo. Ese es uno de los errores de Cardona, dos de los tiros estaban perfectamente colocados; los otros dos disparados de cualquier manera. Un hombre puede ser o un buen tirador o un mal tirador. Lo que no es nunca es ambas cosas a la vez. Doble Z no hubiese intentado nunca asesinar por sí mismo de no estar convencido de su propia habilidad.

-Pero no se encontró más que un solo cadáver en la habitación-objetó Mann.

-El cuerpo del juez Tolland se lo llevaron de allí. La evidencia de su muerte y de que se lo llevaron está de manifiesto. Una pequeña mancha de sangre sobre la alfombra, lejos del lugar en donde yacía Caulkins. Luego las manchas en las escaleras. Huellas de los hombros al rozar con la pared. Fueron dos hombres los que se llevaron el cadáver.

-¿Luego había alguien con Doble Z?

-Sí. Doble Z entró violentando las cerraduras. Hay algunas huellas, al parecer insignificantes, que lo demuestran. Dejó a su compañero en el vestíbulo. Este hombre estuvo fumando. Hay colillas de cigarrillos en un rincón y huellas de ceniza.

»Doble Z, en cuanto llegó al piso superior, abrió la puerta de la habitación de Tolland y cometió el doble crimen. Volvió a bajar y llamó a su cómplice. Entre ambos se llevaron el cadáver de Tolland, según lo demuestran las huellas halladas en las escaleras.

»Para confundir a la policía, Doble Z disparó dos tiros; luego recogió su propio mensaje, que Tolland había recibido, y lo colocó en la mano de Caulkins. Tanto el papel como la tinta demuestran que estaba escrito hacia bastante tiempo.

»Como he dicho antes, Caulkins no habría mantenido en secreto la recepción de tal mensaje. Cardona se ha limitado a identificar ese documento, con las demás cartas que la policía conserva de Doble Z, pero no se ha preocupado en averiguar el tiempo que hacía que estaba escrito.

Mann continuó silencioso mientras el coche seguía su marcha. Otra vez volvió a oírse la voz a su lado.

-Nosotros sabemos ahora-dijo aquella voz-, que Doble Z ha mostrado actividad hace más de un año. Es un astuto proyectista. Sus actividades se han dirigido a crear el terror. Debe haber tenido atemorizado durante mucho tiempo a Tolland.

»Doble Z no es simplemente un individuo excéntrico. Es un asesino atrevido; un buen tirador de pistola; un hombre que tiene cómplices. Es también un hombre forzudo, puesto que con sólo la ayuda de otro, puede llevarse tranquilamente un cadáver. Sabe que le guardan las espaldas en los bajos fondos, y es un gran maestro del asesinato refinado, como lo prueba la muerte de Philip Farmington.

»Sin embargo, y a pesar de todo, no tengo datos precisos sobre su exacta identidad. Mi plan es buscar en todo posible rincón. Usted representará en esto una parte pasiva, dirigiendo los movimientos de mis agentes según las órdenes que yo le dé. He hablado con usted esta noche para conocer sus reacciones ante mis descubrimientos. ¿Está claro, no?

-Lo está-declaró Mann.

-En este sobre-un paquete fue a parar a las manos de Mann-encontrará usted instrucciones referentes a mis agentes y también hechos relacionados con la muerte de Philip Farmington. Siga todos los detalles y redacte informes completos. Recibirá nuevas órdenes mías, pero no espere encontrarme personalmente por largo tiempo.

»Acuérdese. ¡Yo soy... La Sombra!

La revelación de la identidad del desconocido atrajo extraños pensamientos al cerebro de Mann. Había oído hablar de La Sombra, el misterioso ser de la noche.

Había medio sospechado la identidad del hombre que le tomara a su servicio, pero la declaración categórica le dio una sensación de realismo que hasta entonces no experimentara.

El taxi había salido del parque. Lucían ante él los faroles de una avenida.

Mann oyó un agudo siseo de la negra forma que estaba junto a él. Antes de que pudiese mirar hacia La Sombra, el taxi torció súbitamente y una rueda trepó el bordillo de la acera.

Mann se asió a la correa que servia para levantar la ventanilla.

El taxi se había detenido y el chofer se puso a discutir con un hombre que estaba en el pescante de un coche con el que fuera a chocar. En aquel momento llegaba un policía.

-¡Muy bien¡-oyó decir Mann-. Echa adelante. Espera. Tú llevas un pasajero. Mejor será ver si no le ha ocurrido nada.

Se abrió la puerta violentamente. EL interior del coche se vió perfectamente al resplandor de un farol cercano. Mann contestando a preguntas del policía dijo que estaba ileso.

Y entonces, antes de que la puerta se cerrase de nuevo, dejó escapar un grito ahogado de estupor. Asombrado, con los ojos girando sin rumbo dentro de sus órbitas, se sintió llevado por el taxi hacia su casa.

¡Porque la luz que entrara a raudales en el interior del taxi no alumbró a más ocupante del coche que a Rutledge Mann!

En el espacio de unos segundos, esto era evidente, la misteriosa forma sentada junto a él había dejado el taxi.

¡La Sombra se había desvanecido en la noche!

## *CAPÍTULO IX*
## *LOS GANGSTERS HABLAN DE NEGOCIOS*

El Black Pete Place era un notorio lugar de reunión de la escoria del hampa.

Ostensiblemente se trataba de un club nocturno, pero en realidad era el lugar donde se tramaban los más siniestros complots y donde se pagaba la sangre derramada. Sumas que podían servir de rescate a un emperador, pasaban de mano en mano todos los meses en la trastienda del Black Pete.

El Place era tolerado por la policía por varias razones, la primera de ellas porque Black Pete pagaba su contribución a los políticos. Esto en si era amplia excusa, para la existencia de aquel garito.

Pero además existían ciertas garantías. A los indeseables no se les permitía trasponer las puertas de Black Pete. Sólo a aquellos gangsters que estaban temporalmente libres de vigilancia se les permitía entrar.

Se toleraba la entrada a los extranjeros, pero se les vigilaba cuidadosamente.

Black Pete y sus asociados tenían ojos penetrantes cuando llegaban los detectives o los agentes federales.

Por su parte, los gangsters respetaban las leyes de Black Pete. En sus dominios no se perpetraban jamás asesinatos. Podía entrarse allí con revólveres o pistolas, pero estaba prohibido terminantemente sacarlos de sus fundas.

EL local se componía, principalmente, de un cabaret, en el segundo piso del edificio. Aparentemente había una sola entrada y ésta llevaba directamente al cabaret. Sin embargo, se decía que había otros medios de entrar allí, conocidos únicamente de Black Pete y sus amigos escogidos.

Lo más interesante de todo aquel lugar era el laberinto de pasillos por los que se salía del cabaret. La habitación principal tenía dos puertas laterales.

Estas daban a unos obscuros corredores que se dividían y retorcían en todas direcciones. A uno y otro lado de esos pasadizos existían varias, habitaciones, lugares de reunión de los gangsters.

Tal vez su propósito era beber a solas unas botellas de licor, pero en realidad lo que hacían era planear nuevos asesinatos o repartirse el botín de los cometidos con anterioridad.

Fuera como fuera, cuando alguien franqueaba la puerta de una de las habitaciones del pasadizo, nadie podía adivinar cuál era su destino o su intención.

La habitación a la que tenía que dirigirse era sólo conocida por él y Black Pete, que era quien le facilitaba la llave. Black Pete trataba igual a todos los parroquianos y supiese lo que supiese de sus negocios lo guardaba para sí.

Habían transcurrido varios días desde el asesinato de Philip Farmington.

Este asunto suscitó en los bajos fondos tan viva excitación como entre la buena sociedad, porque el asesinar era de incumbencia de gangsters y criminales. El nombre de Doble Z se relacionaba ya con asesinatos anteriores.

También la muerte de Joel Caulkins había producido cierta agitación. Eran muchos los gangsters, que conocían al reportero. Su muerte a tiros la saboreaban mejor que la de Philip Farmington.

Doble Z era tema constante de conversación en los bajos fondos neoyorquinos y su extraño apodo se mencionaba con frecuencia en los dominios de Black Pete.

Había caído la noche y el cabaret presentaba su aspecto acostumbrado. Se prestaba peor atención a los que estaban sentados en las mesas obscuras del fondo del local.

De vez en cuando un individuo de rostro patibulario se levantaba y cruzaba la puerta en demanda del pasillo más próximo. Otros, más conocedores tal vez del terreno, lo hacían por una de las puertas laterales que daban entrada al local.

Entre estos últimos tipos, figuraba un hombre de corta estatura, rechoncho, que llevaba una camiseta de lana obscura bajo la chaqueta. La gorra, echada sobre los ojos, no dejaba percibir sus facciones.

Echó una rápida mirada al pavimento del cabaret y penetró en él; taconeó a través de la puerta y se perdió en la oscuridad.

Siguió su camino pasillo adelante y fue a detenerse ante una puerta. Esperó un instante y golpeó en ella con los nudillos.

AL otro lado se oyó el rechinar de una llave girando en la cerradura y abrióse la puerta, por la que entró nuestro hombre.

Un momento después el individuo rechoncho estaba sentado ante una mesa pequeña, mirando impasible a un hombre sentado frente a él.

El recién llegado, Jake, tenía un rostro frío y duro, con una nariz disforme, regordeta, pero el hombre que lo había estado esperando tenía una apariencia dura más repugnante.

Sentado ante la mesa parecía alto. Realmente era de mediana alzada. Su delgadez le hacía parecer de más estatura. Su rostro, como su cuerpo, era enjuto. Sus mejillas estaban hundidas y eran como pastosas. A ambos lados de su nariz ganchuda estaban dos ojos parecidos a abalorios.

Sus partidos labios dejaban al descubierto unos dientes puntiagudos y semejantes a colmillos El conjunto de su fisonomía reflejaba una crueldad ingénita y una fiereza fuera de lo corriente. Aquel hombre tenía la cabeza cubierta únicamente con una cabellera negra de pelos cortos y crespos.

-Bien, Jake-preguntó a su compañero.

¿Está decidido?

-Completamente-contestó el que entrara el último en la habitación-. Aquí tienes un billete de mil anticipado por lo que yo espero de ti, Sneaks.

-Guárdatelo-gruñó el llamado Sneaks (el «solapado»)-. De eso ya hablaremos después, primero oigamos tu historia.

-Como quieras-dijo Jake-. Se trata de una idea, de Dave Markan. Él desea quitarse de en medio a Arnold Bodine el miércoles por la noche. Paga mil dólares por inutilizarlo por esa noche, está dispuesto a dar dos mil más si le garantizas que no volverá a levantarse.

-Dile que se los guarde que yo no trabajo tan barato-contestó Sneaks-. Ya podía ponerse un poco más, en lo justo. Eso cuesta dos billetes por la paliza nada más. Hay que contar con los riesgos.

-Aceptado-comentó Joke-. ¿Pero estás seguro de que saldrá bien? Hay que preverlo todo, Sneaks.

El gangster de la cara pastosa rió presuntuosamente.

-¿No ha ido, todo bien hasta ahora, Jake?

-Sí. Pero ese pájaro de Doble Z me está haciendo dudar de todo. No me tocan más que los golpes cuando trabajo con él.

-Ese es su juego, Jake. Ya sabía lo que se hacía cuando te escogió a ti. Siempre hace las cosas bien ese individuo. No se expone nunca a una traición. Lo primero que hay que hacer para que un individuo no se vaya de la lengua es mantenerlo amedrentado.

-¡Tú no le tienes miedo!

-¿Lo crees así?

El gangster mostró todos sus colmillos al hacer una mueca de desagrado y añadió:

-Mira: tú crees que yo guardo reserva sobre ciertas cosas, pues he de decirte que Doble Z no le ha dicho nada a Sneaks Rubin que Jake Dermott no sepa. ¿Qué te parece?

Jake se quedó mirando fijamente a su interlocutor. Sabía, que aquel hombre estaba diciendo la verdad.

Sneaks Rubin era un tipo especial en los bajos fondos. Era uno de esos caracteres extraños que saben lo de todos y no se unen a nadie. No se había mostrado de una manera definida hasta pocos meses antes; entonces su nueva condición les fue revelada a muy pocos, entre ellos Jake Dermott.

Sneaks era un hombre que jugaba sobre seguro.

-Tú conoces a ese individuo-dijo Jake a modo de objeción-. Yo no. De modo que tú sabes más que yo.

-Yo no sé de él ni más ni menos que sabes tú. Me figuro algo. Esto es todo.

-Entonces dime qué es lo que te figuras acerca de Doble Z.

-Muy bien-aceptó Sneaks-. En primer lugar se trata de un tío muy listo. ¿No ha conseguido que todo el mundo hable de él? Sabe perfectamente lo que esto significa. Cuando alguno de esos individuos que se llaman a sí mismos «ases», planean hacer un negocio, se encuentran con que se les ha adelantado Doble Z.

»Eso les hace pensar en él. Y entonces viene y se quita él solo de delante a una pareja de «gazabos». ¿No aumenta eso aun mucho más su renombre?

-Se quitó de delante a tres-dijo Jake.

-Está bien-contestó Sneaks-. Tú y yo somos los únicos que lo sabemos. Hay más: tú solo eres quien trabajaba con él cuando sacasteis aquel cadáver de la casa vieja. Tú le viste. ¿Cómo es?

-¡Que el demonio me lleve si lo sé!-exclamó Jake-. No se mostró tampoco aquella noche. Dejó el coche parado en una esquina. Yo llegué hasta el vestíbulo. Como si fuera un tiro oí una voz que me decía que esperase allí.

-¿Y luego qué?-preguntó Sneaks cada vez más interesado.

-Luego el pájaro subió escaleras arriba y yo esperé. A poco estaba de regreso y me preguntó en la oscuridad: «¿Oíste algo?» «No», le dije, y me ordenó que le siguiera. Seguimos andando a obscuras todo el camino. Cuando llegamos al tercer piso me agarró por un brazo y me hizo mirar al suelo. «Cárgatelo», me dijo. De lo primero que me di cuenta es de que estábamos transportando al vestíbulo un cuerpo muerto. «Ve a buscar el coche», continuó. Obedecí y un momento después estaba el coche ante la puerta. Entre los dos transportamos el cadáver cruzando la acera y lo dejamos en el asiento delantero. «¡En marcha!», me dijo.

»Me acerqué al coche y subí al volante. Empecé a andar pensando que él iba en el asiento trasero, ¡pero no estaba! ¡Qué tío!

-¿Tú echaste a andar llevándote el cadáver?-preguntó Sneaks.

-Como te lo digo. Yo ya sabía dónde enterrar mi carga, pero escucha, Sneaks-continuó Jake-. Estuve trabajando con ese tipo sin verlo. Nunca me había ocurrido tener que acarrear el cadáver de un pájaro hasta entonces. No vayas a figurarte que me diera miedo.

-¡Es un tío trabajando fino!-exclamó, admirado, Sneaks.

-No hay más que otro que trabaje como él-contestó Jake en voz baja.

-¿Quién?

-¡La Sombra!

Sneaks guardó silencio. Luego se inclinó sobre la mesa y dijo como un susurro a su compañero:

-Oye, Jake. Algunas veces he pensado que tal vez sea la Sombra.

-La Sombra no trabaja con criminales-dijo Jake.

-Es verdad-confirmó Sneaks-, pero tal vez haya cambiado. Nadie sabe lo que ese individuo es capaz de hacer. Y, sin embargo, yo deseo que Doble Z sea la Sombra.

-¿Por qué?

Sneaks metió un cigarrillo en la boca y encendió un fósforo con la uña de su pulgar. Antes de hablar aspiró una inmensa bocanada de humo.

-Porque prefiero más estar con la Sombra que contra él. Ya sabes que me encontré una vez con ese Doble Z. Fue cuando empecé a trabajar para él. Junto al salto de Loy Rook. En la oscuridad. Oscuridad completa. Por eso digo que no le he visto nunca.

-Sí, es un tío muy largo-declaró Jake-. Pero no creo que vaya a adelantársenos en ese asunto de Bodine, ¿no te parece?

-El siempre se adelanta-contestó Sneaks-. Entonces, ¿cómo vamos a arreglarnos?

-Muy sencillo. Cuando yo te avise que está hecho, tú me pagas los billetes por Dave Markan.

Jake Dermott soltó una carcajada, y movió la cabeza perplejo.

-¡El demonio me lleve!-dijo-. Para todo tienes salida. ¿Dónde metes todas esas ideas?

Sneaks hizo una mueca y agitó una mano cuando se echó hacia atrás en su silla.

-Este va a ser mi último golpe. Luego me dedicaré a ver cómo van las cosas...

-El caso es que ese individuo hace las cosas de una manera, y además el otro...

-¿Y eso te sorprende? Eso es porque tú no tienes su capacidad. Mira lo que te digo, Jake. ¿No está considerado Arnold Bodine como un «as»?

-Sí.

-Pues ya ves, ahora no da señales de vida. Procura pasarlo lo más cómodamente posible y por eso paga con su dinero dos guardias de corps para su persona. Dave Markan y Mike Lombrosi, cada uno de ellos con unos cuantos auxiliares.

-Es verdad.

-Muy bien, ¿Por qué desea Markan quitarse de en medio a Bodine? Yo te lo diré, aunque tú ya lo sabes tan bien como yo. Markan le ha ido tomando el gusto al negocio.

-Seguramente.

-Por eso quiere quitarse de en medio a Bodine, como lo haría también Lombrosi si pudiera. Cada uno de esos puntos quieren obrar por su cuenta, ahora que tienen una cuadrilla que les obedece. No pueden acostumbrarse a la idea de servir a un «as» que está tumbado cómodamente mientras ellos arriesgan la piel.

-Ya lo sé.

-Bien. Suponte que tuvieran un jefe del que no pudieran librarse tan fácilmente. Aguantarían mecha, y en paz.

-Es natural.

-Pues ese es el caso de Doble Z. ¡Va camino de convertirse en el gran «as» único!

-No de Markan y Lombrosi, que quieren trabajar por su cuenta.

-Pero cuando Markan y Lombrosi desaparezcan, quedarán Jake Dermott y Tony Marano.

-Y Doble Z...

-Será el gran «as». Tú eres el hombre de confianza de Markan. Markan está cerca de Lombrosi en esa cuadrilla. Acuden a ti porque saben que eres muy capaz de obrar por tu cuenta sin obedecer a patrón alguno. Tú no tardarás en tener tu ocasión. Primero emprenderá el viaje Bodine; luego Markan y Lombrosi.

-¿Quién va a darles el golpe de gracia?

-Ya lo verás-gruñó Sneaks Rubin-. Cuando haya desaparecido Bodine, no faltará quien le ajuste las cuentas a Markan. En cuanto a Lombrosi... bueno, demos tiempo al tiempo. Doble Z le puso en mal lugar cuando dejó a Feds al descubierto en aquel asunto de las bombas. Luego hizo que se mirase a Lombrosi como un gorrinillo cuando se quitó de delante a Farmington, que era demasiado fuerte para que Lombrosi lo liquidara.

»No olvides que Lombrosi está arrumbado entre la mesa. Ha tomado parte en ese negocio de los terroristas. ¡Sus asuntos no le han ido tan bien allí!

Un vislumbre de comprensión llegó al cerebro de Jake Dermott, que estudiaba el rostro perverso de Sneaks con ojos escrutadores.

-¿Estás seguro de acabar eso bien el miércoles por la noche?

-Prepara esos tres billetes- contestó Sneaks-. Yo libraré a Markan del que le estorba. Pero él puede ya ir disponiendo un funeral.

-Pero si Doble Z prepara algún golpe para ese día, ellos estarán vigilando el hotel...

-Déjalos que vigilen. ¡Bodine no estará allí!

-¿Dónde estará?

-En su escondite. El hotel es un engaño. Este es el informe que puedes dar a Markan a cambio del billete. Yo sé donde está el escondite. No hay guardias de corps. Bodine no los tiene ahora junto a él.

-¡Cómo!-exclamó Jake Dermott.

-Yo tomaré todas mis precauciones para hacer la tarea. Se lo atraparé a Doble Z. Lo que he de hacer después, ya se verá...

-¿Y qué es ello?

-Déjalo para mí. Ve a contarle lo que te acabo de decir a Markan y vuelve aquí mañana con los tres billetes. ¿Me entiendes?

-Te entiendo.

Sneaks se puso en pie y salió del círculo da luz hacia el centro de la habitación. Abrióse la puerta lentamente y Jake salió de la habitación.

El rumor que hacía al alejarse oyóse aún unos minutos. Luego se cerró la, puerta y una llave giró en la cerradura.

No estaba muy lejos Jake Dermott en el cabaret de Black Pete, cuando Sneaks Rubin se dirigió hacia una de las puertas laterales y miró en torno buscando un lugar desde donde poder observar cómodamente.

## *CAPÍTULO X*
## *CARDONA SE PREPARA*

El miércoles por la mañana el detective José Cardona se paseaba silbando por la Delegación. El inspector Fennimann no había llegado aun.

-Aquí hay una carta, José-dijo un hombre desde la oficina-. Tal vez sea una de esas que vomita de cuando en cuándo Doble Z. La han traído para usted o para el inspector...

Cardona estaba ya abriendo el sobre antes de que el hombre hubiese terminado de hablar y sacó de él un pliego de papel. El detective leyó apresuradamente las líneas que habían sido trazadas pésimamente.

-¿De qué se trata, José?

-¿De qué? ¿Cuándo llegará el inspector? Me gustaría que viera esto. Tal vez sea verdad, pero...

Antes de que Cardona pudiese explicarse, Fennimann cruzaba la puerta. Al ver la expresión extraña del rostro del famoso detective se detuvo sorprendido.

-¿Qué ocurre?-preguntó.

-¡Otra vez Doble Z!-contestó Cardona.

-¡No! Déjeme verlo.

-Espere-dijo Cardona-, yo se lo leeré.

Tomando el papel con ambas manos leyó en voz alta:

«Hoy es el último día para Arnold Bodine. Será asesinado antes de media noche, a menos de que ustedes lo eviten. ¡Avísenle!

-¿Firmado por Doble Z?-preguntó Fennimann.

-Firmado-contestó Cardona tendiendo el mensaje al inspector.

Fennimann releyó el mensaje y se lo devolvió pensativo a Cardona.

-Fíjese cómo ha vuelto a su papel de mochuelo-dijo-. Vuelve a su correspondencia preventiva, como hacía antes. No puedo comprenderlo, José.

-Es una especie de jeroglífico-admitió Cardona-, pero eso muestra precisamente cómo cambia el pensamiento de ese hombre. Vuelve a devanar la madeja, como hacía antes. Una vez más persiste en sus manías, pero esta vez parece seguro de sí mismo.

-¿Cuál le parece a usted el mejor modo de atraparlo?

-Mezclar a unos cuantos agentes en la tarea-declaró Cardona-. Bodine vive en el Goliath hotel, con unos cuantos amigos... o que los llamaremos así. Realmente son sus guardias de corps. ¿Recuerda usted el asesinato de Bernstein? Pues vamos a encontrarnos ante un duplicado de aquello si esto sigue adelante. ¡Pero no seguirá!

-¿Qué hacemos con los periódicos?

Cardona movió la cabeza enérgicamente.

-Mantenerlos alejados por ahora-dijo-. Esperemos a que pase esta noche. O se trata de una farsa... ¡o tal vez nos depare una probabilidad de hallar el rastro de Doble Z !

Pero mientras el detective Cardona estaba planeando el mantener el silencio para con la prensa, un periodista pretendía por su parte adquirir información sobre el mismo asunto que el detective trataba de mantener secreto.

Clyde Burke sostenía una interesante conversación por el teléfono instalado en la redacción del «Classic». Una voz afable se oía al otro lado del hilo telefónico.

-¿Míster Burke?

-El mismo.

- Aquí el National Photo Service. ¿Ha visto usted a nuestro hombre hoy?

-No.

-Está, ansioso por verle a usted a las once.

Burke colgó el teléfono.

-Voy al National Photo-dijo a uno de sus compañeros-.Voy a tomar unas notas sobre algunos cuadros.

El compañero se dio por enterado del aviso y Burke salió de la redacción. Se dirigió hacia la parte alta de la ciudad, en vez de hacerlo hacia la inferior, porque el teléfono le había transmitido ciertas palabras que le causaron impresión.

Lo verdaderamente interesante de la conversación era: «Vuestro hombre... a las once».

La importancia del mensaje era evidente, pero el «nuestro hombre» no se refería a nadie efecto al servicio fotográfico, sino a «R. Mann», por lo que la dirección que siguió Clyde Burke fue la del despacho de Rutledge Mann en el Badger Building.

Al llegar al número 903 en el centro de la ciudad, Burke halló al mecanógrafo en el despacho exterior y fue introducido en el despachito particular de Rutledge Mann, que estaba sentado ante su mesa.

Era la primera vez que se veían Mann y Burke.

Burke había recibido instrucciones en clave diferentes veces, pero nunca le llamaron personalmente como ahora.

-¿Míster Burke?-preguntó Mann.

Clyde se inclinó en silencio.

Mann le entregó un sobre.

-Entérese de su contenido-dijo al periodista.

Clyde halló dentro del sobre un mensaje cifrado y empezó la leerlo:

«EL asunto está preparado para esta noche. Mil dólares. Un billete grande. Detalles no conocidos hasta ahora. La reunión a las nueve. Club De Luxe.

M.

La escritura empezó a borrarse. Clyde se volvió hacia Mann. Sabía que podía hablar ahora con toda libertad con el titulado agente de inversiones, y en realidad confidente de La Sombra.

-¿Es una copia?-pregunto refiriéndose a la hoja de papel que ahora aparecía en blanco.

-Lo era-contestó calmosamente Mann.

-¿Entonces ha descubierto algo?

-Sí. Antes de obrar necesitamos saber si al policía ha recibido alguna confidencia sobre el mismo asunto.

Burke mostró su conformidad a esta insinuación.

-Hasta ahora han guardado silencio en la Delegación-comentó-, pero creo que lograré enterarme de la verdad.

-Eso es lo que precisa. En cuanto lo sepa de su informe.

Clyde abandonó el despachito y se dirigió directamente a la Delegación de policía. Allí se encontró con José Cardona, que lo miró con cierto recelo.

EL modo de comportarse del detective dio a Clyde la evidencia de que había recibido el mismo mensaje que ellos.

-Escuche, José-dijo confidencialmente-, usted ha recibido hoy otra carta de Doble Z, ¿verdad?

-No recuerdo-dijo Cardona fríamente.

-¡Es raro!-murmuró Clyde-. Creía que sí. En fin, qué le vamos a hacer: estaría equivocado. Lo que yo he oído seria mentira...

-¡Espere un momento!-gritó Cardona haciendo detenerse a Clyde que se dirigía hacia la puerta-. ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué es lo que ha oído?

-He oído algunas cosas haciendo mi tarea de «Lechuza Erudita» para el «Classic»

-¿Qué ha oído usted que pudiera interesarme?

-Nada... es decir, solamente que ha recibido usted otra nota de Doble Z.

-¿Y si fuese verdad?

-Me gustaría verla-contestó Clyde-. Para ver si concuerda con lo que yo he oído.

-No deseamos que salga nada de esto en el «Classic»-dijo Cardona-. Y siendo así, ¿por qué voy a hablar de esto con usted?

-¿Dijimos nosotros algo de lo que Caulkins habló acerca del juez Tolland?

-No-admitió Cardona-. Mire, si me promete guardar secreto acerca de esto, se la enseñaré. Usted se merece una excepción, pero no diga una palabra de ello hasta mañana.

-Seré mudo como una tumba-dijo Clyde.

-Pues bien-dijo Cardona-. Doble Z nos ha escrito para decirnos que alguien trata de asesinar a Arnold Bodine esta noche. Y ahora, ¿qué es lo que sabe usted? ¿Se refiere a esto mismo?

-Sí

-¿Y qué es?

-Verá usted-empezó a decir Clyde pensativo-. Ya sabe que yo me he encargado de la sección de la «Lechuza Erudita» desde que murió Caulkins. Me ocupo de ello un poco, y a veces oigo cosas interesantes.

-Y usted oyó...

-Algo que se refería a un asunto importarte para esta noche. Algo de mil dólares que serán pagados.

-¿A quién?

Clyde se encogió de hombros.

-¿No sabe quién anda detrás de todo esto?-preguntó un poco nervioso Cardona.

-No tengo la menor idea-contestó Clyde-. Es cuanto puedo decirle. Un billete grande por un negocio. Dónde y cómo no lo sé.

-Está bien-dijo Cardona-, y ya es bastante. Aquí está la nota del Doble Z, pero me ha prometido usted no darla a la publicidad hasta que yo le avise.

Clyde leyó detenidamente el mensaje y luego pareció estar estudiando la firma, cuando en realidad lo que hacía era fijar en su memoria privilegiada todas las palabras de la misiva, una por una.

-Parece auténtica-contestó Cardona.

-Antes de media noche-murmuró Clyde-. Esto quiere decir...

-Sabrá usted la historia completa cuando lleguemos al desenlace. Si es una burla puede usted romper el secreto un minuto después de las doce. Yo creo que el golpe fracasará.

-¿Por qué?

-Porque mis hombres estarán allí.

-¿Ha avisado usted a Bodine?

-Sí y no. Le hemos hecho conocer algo, pero no sabe a ciencia cierta de qué se trata.

Clyde regresó al Badger Building cuando salió de la Delegación. Envió por un meritorio un largo escrito bajo sobre a Rutledge Mann. El muchacho volvió a poco para decirle que el señor Mann le llamaría más tarde.

De vuelta a la redacción del «Classic», Clyde se entretuvo un poco escribiendo unas cuartillas para la sección de la «Lechuza Erudita».

Había recogido diversos rumores de dudosa autenticidad, y ahora los recopilaba en forma de cuento que prometía mucho y decía muy poco. Eran las cinco cuando le llamaron al teléfono

-Aquí Jack al habla-murmuró una voz-. Me han encargado que vea al doctor M. Vander antes de las nueve de esta noche. Y por ello no podré estar en la Redacción. Recibirá varias notas para mí y le agradeceré redacte mi mensaje de última hora. Siento mucho causarle esa molestia, pero me han dicho que vaya inmediatamente.

-Está bien-replicó Clyde-. Haré lo que usted me pide, Jack.

Cuando hubo colgado el teléfono, Clyde empezó a repasar las palabras que su comunicante había recargado.

-Vea M. antes de las nueve de esta noche. Recibirá mensaje. Vaya inmediatamente.

Clyde comprendió. El Club De Luxe era un cabaret en la parte alta de la ciudad, donde los gangsters se reunían algunas veces. Un lugar ideal para tramar un complot, por lo poco concurrido.

En aquel lugar podría darse fácilmente la oportunidad de comunicar con M. a quien Clyde conocía perfectamente.

Poco después de las siete el detective Cardona apareció en el vestíbulo del Hotel Goliath. Un hombre se adelantó hacia él y le dijo:

-Nada todavía.

-¿Vino Bodine?

-No. Le esperan.

-Voy a ver allá arriba.

Cardona llegó a la puerta del departamento reservado a Arnold Bodine en el octavo piso, que se abrió a su llamada. José penetró en la estancia sin hacer caso del individuo que salió a abrirle, y se encontró frente a un hombre que tenía el rostro cruzado por una extraña cicatriz.

-Hola, Crayton-dijo Cardona-. ¿No vino Bodine todavía?

-No-contestó el hombre, que era uno de los guardias particulares de Bodine-. Seguidamente se dejará caer por aquí de un momento a otro. ¿Cómo se le ha ocurrido subir? Usted ha tenido una pareja de papanatas vigilando abajo toda la tarde.

-Ya hablaré sobre eso con Bodine cuando venga-se limitó a decir Cardona.

-Bien-contestó el gangster-. Está usted en su casa.

Estas palabras fueron pronunciadas de un modo protector, Crayton sabía perfectamente que Cardona no perseguía a Bodine. El jefe había estado inactivo hacía algunos meses viviendo tranquilamente de su reputación.

-¿Usted no sabe dónde está Bodine?-preguntó Cardona.

Crayton pareció algo confuso en un principio, luego decidió ser franco con Cardona.

-Escuche-dijo-, si está usted preocupado por él, olvídelo. Ha salido y nadie sabe dónde está, Algunas veces permanece fuera toda la noche, pero esta noche volverá con toda seguridad.

-¿Por qué?

-Antes de media noche. Volverá cuando entre-afirmó cómicamente el gangster.

José Cardona se dirigió hacia la puerta. Vió a uno de sus hombres en el hall y se detuvo un momento para tener con él un rápido cambio de impresiones.

El agente le dijo que los otros estaban apostados en la planta baja. El detective descendió al vestíbulo y a las nueve menos diez salió otra vez.

Arnold Bodine no había dado señales de vida, según le informó Crayton.

Esta vez, Cardona decidió esperar. Se sentó en una silla y rehusó una butaca que le ofrecieron.

Precisamente en aquel mismo instante pasaba Clyde Burke frente al Hotel Goliath, en un taxi, en dirección al Club De Luxe. Miró al iluminado edificio y vió en la puerta a un hombre como de facción.

Clyde supuso que sería uno de los agentes de Cardona.

Pero hubo algo que no vió, algo que también escapó a las miradas del hombre apostado allí de vigilancia.

Era una forma sombría que se deslizó por delante de la puerta del hotel a unos diez pies escasos de donde estaba estacionado el agente.

¡La Sombra, como Cardona, estaba esperando el regreso de Arnold Bodine!

## *CAPÍTULO XI*
## *EL AVISO LEJANO*

Dos hombres se hallaban sentados a una mesa en uno de los rincones del espacioso Club De Luxe. El popular club nocturno estaba pocas veces concurrido a las nueve de la noche de un miércoles. Además, el lugar que escogieron aquellos dos hombres encontrábase lo bastante apartado para pasar inadvertidos. A una distancia de seis metros no había nadie.

Los dos hombres iban bien vestidos, y eran muy semejantes en el aspecto.

Sin embargo, en sus expresiones existía una notable diferencia. Uno tenía un rostro delgado, una mirada aguda y facciones perfectas que le daban un aspecto distinguido. El otro poseía una fisonomía brutal, sombría y cruel.

Fisonómicamente no había parecido alguno entre Cliff Marsland y Clipper Tobin.

Cliff dejó su taza de café en la mesa y miró en torno para asegurarse de que no había nadie cerca. Clipper le imitó. La persona más cercana a ellos era un joven que ocupaba una mesa demasiado alejada para que pudiera oírles. Cliff se volvió hacia su compañero.

-Desembucha de una vez, Clipper-dijo en voz baja-. Ya es hora de que sepa lo de esta noche.

-Tú has recibido un billete grande, ¿no es eso?-contestó su compañero con voz áspera.

-Claro-dijo Cliff-. Por eso deseo saber de qué se trata. Si esperas la ayuda que necesitas, debes ser franco conmigo.

-Lo soy-contestó Clipper-. No es probable que corramos ningún peligro esta noche. Iré a hacer la tarea. Tú estarás allí, por si tenemos que habérnoslas con un segundo individuo. No hacen falta dos de nosotros para hacer eso.

-Pues entonces, si tú puedes hacerlo solo, te devolveré el dinero y en paz-dijo Cliff con firmeza.

Los ojos de Clipper se clavaron coléricos en su interlocutor, pero éste sostuvo la mirada con firmeza. El gangster de la cicatriz había encontrado un hombre tan decidido como él, y comprendió que no era por aquel camino por el que podía sacar algo de Cliff Marsland.

-Escucha, Cliff-dijo en tono más pacífico-. Ya te he dicho antes que ya no soy el patrón. A mí me pagan como a ti. Quien me ha encargado este asunto cree que sólo uno debe estar enterado de todo. Yo he trabajado ya antes para él. Tú es la primera vez que lo haces. No puedes censurarle por ser cauteloso.

-El te dijo que buscaras un hombre que trabajara contigo-contestó Cliff-. Lo demás lo dejaba a tu cargo y no me explico por qué eres tan reservado conmigo.

-Yo no he dudado de ti, Cliff-afirmó, conciliador, Clipper-. La prueba es que te escogí en cuanto supe que estabas libre. Oí decir a unos compañeros que te conocieron en la cárcel que eras admirable para un caso de fuerza como éste.

Cliff sonrió interiormente. Sabía que su reputación entre la gente del hampa continuaba intacta, que Clipper Tobin estaba hablando como un libro.

Cliff había cumplido una condena en Sing Sing por un crimen que no cometiera. Después de aquello se encontró entre criminales, pero él se había puesto al lado del más temido castigador de los gangsters: La Sombra.

Esto lo ignoraba Clipper.

Cliff permaneció silencioso mientras su pensamiento retrocedía hacia aquel pasado pavoroso. Con el rabillo del ojo no perdía de vista, al hombre sentado en la otra mesa. Clipper observó el silencio de su compañero, pero equivocó su sentido.

Creyó que Cliff empezaba a sentir indiferencia.

-Escucha, Cliff-dijo-. El hombre que nos emplea no te conoce. Estabas en lo cierto cuando supusiste que este asunto lo dejaba a mi cargo. Yo no le dije tu nombre, de la misma manera que no te he dicho a ti el suyo. Sólo le dije que había encontrado un asesino... para dejar el resto para mí. Estuvo conforme con mis explicaciones, pero me dijo, reservadamente que hiciese la tarea sin mucha palabrería.

»Ahora sabrás lo que vamos a hacer. No perderemos el tiempo en cuanto hayamos conseguido lo que nos proponemos. Por eso voy a jugar limpio contigo. Es decir, si tú estás satisfecho con lo que has recibido. Yo lo estoy.

Cliff soltó una carcajada.

-Escucha, Clipper-fue su respuesta-. Hubiese ido contigo por la mitad de lo que me has dado. He recibido mi pasta. Uno de los grandes no es una gran cantidad de dinero, pero ¿qué es un asesinato? Los he visto de cerca muchas veces cuando acogotaba a uno por broma.

Una sórdida mueca se pintaba en las deformadas facciones de Clipper.

Aquel era el modo de hablar que más le gustaba.

-Te digo que en este asunto no hay peligro-declaró.

-Te tomo la palabra, Clipper.

-¿Entonces estás dispuesto para la tarea?

-Como lo estaba cuando la empezamos.

Clipper no vió doble sentido en la última observación de Cliff. Se inclinó sobre la mesa y dijo confidencialmente:

-¡Muy bien, Cliff! Voy a decirte la verdad. ¡El hombre que vamos a quitar de en medio es Arnold Bodine!

Cliff Marsland no manifestó otra sorpresa que una mirada sostenida que posó en el desfigurado rostro de Clipper. Formaban una extraña pareja.

Cliff inconmovible ante la terrible declaración de Clipper. Este con el aire triunfante de un hombre que se ha librado de un gran peso.

-¿Eso es todo?-preguntó Cliff.

Clipper volvió a mirarle sorprendido.

-¿Te parece poco?-preguntó.

-¡Bah!-fue la contestación-. Bodine es ya un «ha sido».

-Todavía se sostiene.

-Pues bien, se sostendrá de modo diferente esta noche.

Otra vez se sintió Clipper Tobin satisfecho ante la actitud de su compañero.

A pesar de ello no podía dejar de pensar que Cliff estaba menospreciando el peligro.

-¿Sabes dónde vive Bodine?-preguntó.

-Claro que sí-contestó Cliff-. En el Hotel Goliath.

-¿Sabes que tiene allí guardándole las espaldas muchos de su pandilla?

-He oído decir que tiene cinco.

-Y has oído bien.

-Creo que eso te hará, pensar un poco, ¿no?

-No.

-¿Por qué?

-Porque me figuro que habréis ideado un medio de llegar hasta él sin que se enteren los otros. De otro modo habrías buscado a más de dos para hacer ese trabajo.

-Veo que tienes una gran cabeza sobre los hombros, Cliff-exclamó Clipper, admirado-. También has acertado esta vez, aunque te sorprenderé cuando te diga lo que hay en el fondo. ¿Cuál crees que es el punto flaco de Bodine?

-¡Tener demasiados guardianes!

-¿Por qué?

-No les paga bastante, probablemente -explicó Cliff-. Sería mejor que no tuviese más que dos, dándoles el mismo dinero que raparte entre los cinco

-Eso es-asintió Clipper-. Uno de los cinco se ha chivado y ha dicho algo que nadie sabía.

-¿Y es?...

-Que eso de que Bodine vive en el Hotel Goliath es un truco. Tiene su verdadero escondite en otra parte. Aquellos cinco guardianes sólo son espantapájaros. No necesita a ninguno. Los cinco cobran por no hacer nada más que el figurón. No saben dónde está su verdadero refugio, uno de esos se enteró de ello y cantó.

-¿Cómo?-exclamó Cliff procurando aprovecharse de la excesiva volubilidad de Clipper.

Ahora que había empezado a hablar era, necesario que llegase hasta el fin.

-Se le ofreció algún dinero para que revelase lo que sabía acerca de Bodine.

-¿Dónde está el escondite de Bodine?

Clipper dirigió una mirada recelosa en torno para convencerse de que nadie podía oírles. Sus ojos se fijaron en un reloj que había en la pared frontera.

-En la vivienda de Mauricio-dijo-. Ocho manzanas más arriba del Goliath. Nosotros vamos a ir allí ahora. Se hace pasar por Andrew Davis.

Cliff introdujo la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta. Estaba apoyado contra la pared. Su brazo parecía estar inmóvil, pero su mano estaba trabajando. Escribía en un papel los informes que acababa de adquirir con un trocito de lápiz que sacara del bolsillo.

-¿Vamos?-preguntó Clipper.

Los ojos del gangster se clavaron en Cliff, pero no notó lo que hacía en aquellos momentos. Cliff hizo un movimiento afirmativo y se levantó.

Sus dedos estaban retorciendo el trozo de papel hasta convertirlo en una bola. Sacó la mano del bolsillo y la bolita fue a caer en su sombrero, en el momento de cogerlo.

Los dos hombres cruzaron el café; cuando pasaban por delante de la mesa donde estaba sentado el joven solitario, Clipper lo escudriñó sospechoso.

El joven estaba comiendo, y al parecer no se dio cuenta de la observación de que era objeto. Era Clyde Burke del <Classic>, pero Clipper no reconoció al reportero.

Cliff Marsland iba detrás de Clipper y no miró siquiera hacia donde se hallaba el periodista. Cuando pasó ante la mesa, el sombrero que aun llevaba en la mano rozó con aquélla y la bolita de papel quedó sobre el mantel.

Clyde dejó caer encima su servilleta casi simultáneamente y se apoderó del papel que contenía la preciosa información.

Ni el más astuto observador hubiese podido adivinar lo que acababa de pasar. Clyde Burke obró como si alguien le estuviese vigilando.

Había capturado la bolita de papel sin ser visto y se la echó sobre el regazo con su servilleta. Con una mano debajo del mantel buscó el papel que desenrolló cuidadosamente. La escritura hecha con lápiz era, perfectamente visible.

«Vamos a buscar a Bodine. Escondite Viviendas Mauricio. Falso nombre Andrew Davis.»

Clyde no hizo el más leve movimiento. Continuó sentado ante su mesa sin mirar ni una vez siquiera hacia la puerta por donde se habían ido los dos hombres.

Dejó transcurrir el tiempo suficiente para que ambos hubiesen abandonado el Club De Luxe. Su primera acción fue llamar al mozo y pagar la cuenta.

Luego, tranquilamente, se dirigió hacia la puerta de salida. Allí misma había un teléfono, pero lo ignoraba. Mejor sería llamar desde fuera.

El Club De Luxe estaba situado en el segundo piso. Cuando estaba bajando las escaleras sucedió una de esas casuales incidencias que con frecuencia juegan un papel importante en los planes mejor calculados.

Tres hombres subían en sentido contrario. Clyde, que bajaba bastante deprisa tropezó contra uno de ellos y lo arrojó contra la pared. Una exclamación bastante descortés fue la contestación a aquel accidente fortuito.

-¡Perdone!-dijo Clyde.

-¿Sí?-contestó el gangster con sorna.

Clyde se vió cara a cara ante un individuo de cara patibularia, indudablemente un gangster habitual parroquiano del Club De Luxe.

Aquel hombre debía de haber bebido bastante, pero no por eso dejaba de ser temible. Había alcanzado, aparentemente, ese estado de la borrachera que hace al hombre belicoso. Se rehizo del empujón y avanzando hacia Clyde le cogió por el hombro.

-¿No sabe usted quién soy yo?

Clyde, que sólo pensaba en su mensaje, trató de dar explicaciones, pero cuanto más hablaba más irascible se ponía el borracho.

A pesar de la oposición de uno de uno de sus compañeros, descargó un violento golpe a la barbilla del periodista.

Clyde lo evitó echándose a un lado; mientras pensaba rápidamente el modo de salir de aquel atranco. Una pelea en aquellos momentos sería una imprudencia. Los otros individuos se pondrían indudablemente al lado de su compañero.

Cuando esquivó el golpe no hizo ademán alguno de replicar en la misma forma. En vez de esto retrocedió un paso, evitando un segundo puñetazo, y dio unos pasos hacia abajo.

Fue entonces cuando su contrario encolerizado por la agilidad de Clyde, se lanzó a su vez hacia delante.

Burke no pudo evitar aquella acometida. Alzó las manos para protegerse y detuvo su marcha hacia atrás. La fuerza del cuerpo del hombre chocó contra él, y fue arrojado escaleras abajo hasta que su cabeza fue a chocar con algo y perdió el sentido.

Cuando abrió los ojos vió un grupo de hombres inclinados sobre él.

Reconoció entre aquellos al tipo que le había golpeado. Este, a pesar de sus rudas facciones, parecía el más sensible del grupo.

-¿Estamos bien, muchacho?-preguntó.

Clyde hizo un gesto afirmativo. Otros dos hombres lo incorporaron apoyándolo contra la pared. Vió que estaba allí también el encargado del café.

Esto explicaba en parte el cambio en la actitud de su atacante, pero hubo otra razón que surgió enseguida a la superficie.

-Usted pertenece al <Classic>, ¿verdad?

Clyde asintió a la pregunta.

-No quería lastimarle. Fue culpa mía que empezase la cosa-dijo compungido el gangster-. Usted bajaba deprisa cuando le embestí y eso le hizo caer, ¿verdad, muchachos?

Los compañeros asintieron a su requerimiento. El encargado del café se dirigió entonces a Clyde:

-¿Está usted bien?-preguntó.

-Muy bien-contestó Clyde palpándose un chichón a un lado de la cabeza-. Diga... ¿cuánto tiempo he estado sin sentido?

-Unos diez minutos.

Clyde ahogó un grito de alarma. Cliff Marsland y Clipper Tobin debían hallarse muy cerca de donde se refugiaba Arnold Bodine.

¡No era en el Goliath, donde él sabía que estaría en acecho La Sombra! Se habían perdido diez hermosos minutos.

¡Tenía que ponerse en comunicación con La Sombra!

Poniéndose en pie de un salto, cambió un apretón de manos con su agresor y se dispuso a marcharse, como si no pudiese entretenerse más. Todos aparecían satisfechos de la terminación pacífica de aquel incidente.

-Necesito ir inmediatamente a la redacción del <Classic>-explicó vacilante-. No estoy lastimado... Olvidemos lo pasado.

-¿Quiere beber algo?-preguntó su contrincante.

Clyde negó con la cabeza.

-¿Quiere un taxi?-inquirió solícitamente el encargado del café.

-No-contestó el reportero-. Tomaré el metro.

Se apoyó en la barandilla y experimentó un vahído. Estaba ansioso por ganar el tiempo perdido. Alzó las manos a guisa de saludo amistoso a todos y empezó a descender las escaleras, tratando de aparentar que se hallaba perfectamente, pero su cabeza parecía querer marchársele de los hombros cuando se halló en la acera.

Las relucientes luces de la avenida le deslumbraron. Anduvo hacia la esquina más próxima buscando un teléfono público, y entró en él.

Por desgracia todas las cabinas telefónicas estaban ocupadas. Clyde decidió ir a otra parte, pero sus piernas parecían negarse a sostenerle. Sentóse en un taburete y sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

Alguien salió de una de las cabinas, y Clyde se precipitó en ella. Dejó caer la ficha del teléfono y trató de marcar el número. Pasaban ante sus ojos sombras confusas y se vio precisado a empezar de nuevo la operación.

Con gran esfuerzo consiguió marcar el número. Esperó pacientemente, confundiéndose el zumbido del hilo telefónico con los violentos latidos de su cabeza. Al fin oyó una voz firme que le pareció llegar de muy lejos.

-B-dijo, como respuesta.

-Informe-le contestaron.

Los labios de Clyde estaban pegados al aparato. No era ocasión de perder el tiempo en explicaciones suplementarias. El mareo, además, volvía acometerle en el espacio reducido de la cabina telefónica.

-Bodine-dijo, en voz baja-. No en Goliath. En Viviendas Mauricio. Nombre falso... Andrew Davis. En camino para atacarle. Apresurarse.

Una voz de conformidad sonó al otro lado del hilo. Clyde colgó el teléfono y se sentó, cogiéndose la cabeza con las manos. Se oyó llamar en la puerta de la cabina. Alguien deseaba entrar a su vez.

Clyde salió y se fue hacia la calle apoyándose un rato contra la pared, mientras el aire fresco de la noche refrescaba un tanto sus sentidos.

Lo menos habían transcurrido veinte minutos desde que los dos hombres salieron del Club De Luxe hasta que él envió su mensaje telefónico, pero ahora todo iba bien.

Había informado a Burbank, el ayudante y confidente de La Sombra. El mensaje seria retransmitido a La Sombra. Antes de que los enemigos de Arnold Bodine hubiesen llegado, La Sombra estaría allí... ¡a menos de que el aviso de Clyde hubiese llegado demasiado tarde!

## *CAPÍTULO XII*
## *EL REFUGIO SECRETO*

Cuando Clipper Tobin y Cliff Marsland dejaron el Club de Luxe, el gangster de rostro patibulario, que era quien dirigía la expedición, guió a su compañero hasta un taxi, que le llevó rápidamente avenida abajo hasta llegar a la esquina de una calle lateral.

Una vez allí, Clipper condujo a su compañero calle abajo, procurando apartarse de los faroles.

Apenas habían iniciado aquella marcha en la oscuridad, cuando ya otro hombre les seguía muy de cerca. Había salido de un portal cerca de la esquina y se movía cautelosamente tras ellos.

Hubo un momento en que su rostro quedó medio al descubierto al pasar baja la luz de un reverbero. Era Sneaks Rubin, secreto inspirador de aquel crimen que iba a cometerse.

Ni Clipper ni Cliff notaron su presencia. Clipper iba siguiendo cuidadosamente un plan trazado de antemano, en el que había sido tenido muy en cuenta el elemento tiempo. Cliff, a su vez, no hacía otra cosa que seguir las instrucciones de su compañero.

Siempre precavido y receloso, Cliff miró hacia atrás cuando empezaron a andar. A Clipper no le pareció aquello extraño. Era de esperar. Pero Cliff no vió absolutamente nada, porque Sneaks Rubin sabía perfectamente a donde se dirigían los dos hombres y tuvo buen cuidado de pasar inadvertido.

-Vamos a entrar por la parte posterior-dijo Clipper, en voz baja-. Hay un lugar admirable para disparar y al que es fácil llegar. Nadie nos verá entrar en él y nadie nos verá salir. Será una huida silenciosa.

El camino seguido por Clipper les llevó otra avenida; luego, siguiendo una calleja, fueren a dar a la parte posterior de un garaje.

Clipper había abandonado el taxi lo suficientemente lejos de la casa que vivía Arnold Bodine, a fin de evitar las posibles sospechas del chofer del vehículo.

Ahora ante los dos hombres aparecieron las iluminadas ventanas del edificio en cuya demanda iban.

-No puede ver desde aquí las habitaciones de Bodine-silabeó Clipper, en la oscuridad-. El garaje sigue hacia arriba contra la vivienda. Las habitaciones de Bodine están en un piso encima del extremo del garaje. Es el cuarto piso.

Cliff comprendió esta explicación cuando doblaron una de las esquinas de la calleja. El viejo edificio del garaje daba frente a la próxima avenida, igual que la vivienda de Bodine.

El garaje tenía una fachada en forma de L, cuya proyección era un espacio que terminaba contra los pisos más bajos del edificio vivienda.

La calleja corría paralela a éste, terminando en un muro, Clipper se detuvo al principio de la breve calleja. Habían llegado a la entrada del lugar que indicara al principio como admirable para cometer su crimen.

Una vez allí señaló casi en línea recta hacia la fachada de la vivienda y mostró la luz que salía de las ventanas del cuarto piso.

-¿Ves?-susurró al oído de su compañero-. Ese es el sitio. Todo irá como una seda hasta que lleguemos al lugar que te dije, que es una torrecilla desde la que se puede obrar impunemente. No hay nadie por estos alrededores, pero debemos tomar todas las precauciones. ¡No olvides que este es nuestro camino para la retirada!

Cliff miró al oscuro espacio que terminaba en la pared del garaje y comprobó que no había escape en aquella dirección. El camino que siguieron era la única retirada posible. AL cerciorarse de ello sonrió interiormente.

Clipper Tobin esperaba poder escapar fácilmente, pero no sabía que él estaba dispuesto a evitarlo.

Cliff estaba seguro de que entonces ya debía haber llegado La Sombra.

Habían transcurrido cerca de veinte minutos desde que salieran del Club De Luxe. Burke había recibido la información sobre lo que pensaban hacer y seguramente se la había transmitido inmediatamente a La Sombra. El Hotel Goliath estaba sólo a unas ocho manzanas de distancia. ¡Tal vez La Sombra había entrado en aquella vivienda por el mismo camino que ellos seguían ahora! ¡Tal vez entrara por la fachada! De cualquier modo confiaba Cliff en que el hombre misterioso surgiría de improviso en el momento oportuno.

Cuando habían dado unos cuantos pasos, Cliff tocó en el codo a Clipper, y le susurró al oído:

-Espera un minuto, Clipper-le dijo. Tal vez nos siga alguien.

Sabía él de sobras que aun cuando La Sombra les estuviese acechando en la oscuridad la más vigilante observación no daría resultado alguno. La Sombra tenia una extraña habilidad para permanecer invisible, aun cuando alguien estuviese mirando hacia el sitio preciso en que él se hallaba.

Clipper Tobin atendió la sugestión de su compañero. Agachado a un lado en la oscuridad escuchó atentamente mientras sus ojos trataban de taladrar las tinieblas que envolvían la estrecha calleja.

-No hay nadie en estos contornos-dijo-. ¡Vamos!

Siguieron cautelosamente hacia el lugar indicado por Clipper para teatro de su hazaña. Cuando terminaron de subir las escaleras siguieron andando silenciosa y cautamente hasta llegar al cuarto piso.

Clipper abrió una puerta de acero y penetró en un pasillo iluminado. El pasillo formaba un recodo. Clipper señaló con la mano el brazo que llevaba a la parte de la fachada del edificio.

Sólo había una puerta visible al final del pasillo. Cliff se dijo que tenía que ser forzosamente la de las habitaciones de Bodine. Cuando se acercaron pudo ver perfectamente el número de aquella puerta: era el 458.

Apareció una llave en la mano de Clipper. Cliff se dijo que se la habría proporcionado el mismo individuo que le informara sobre el escondite de Bodine, el traidor que había revelado el nombre bajo el cual el célebre gangster vivía en aquella morada.

Con el tacto que le diera la experiencia, Clipper introdujo sin un tropiezo la llave en la cerradura y abrió la puerta, sin producir el menor ruido. Los dos hombres se hallaron en un reducido vestíbulo que tenía una puerta, a cada lado.

Clipper cerró la puerta y vaciló un Instante, indeciso sobre cual de las dos puertas era la que debía abrir, terminando por encogerse filosóficamente de hombros.

Lo mismo daba abrir una que otra. Bodine sólo podía estar en una de las dos habitaciones. Si no le encontraban en la primera, probarían a ver en la otra.

-Escucha-murmuró Clipper-. Voy a entrar allí dentro. Espera aquí para cubrir la retirada.

Estaban casi a oscuras en el pequeño vestíbulo, pues la única luz existente venía de una claraboya que dejaba caer los rayos de algún farol encendido en el exterior. Aquella luz fue bastante, sin embargo, para que pudiera verse la pistola que Clipper tenía preparada en la mano. También Cliff empuñaba la suya. Su cerebro trabajaba activamente, pero sus nervios estaban seguros.

No obstante, Cliff Marsland sintió una sacudida cuando Clipper colocó su mano izquierda sobre el picaporte de la puerta, situada a la derecha.

¿Que les revelaría aquella puerta al abrirse?

Cliff sabia que se hallaba en las lindes de una emocionante aventura. Hasta entonces estaba representando en ella un papel pasivo pero experimentaba el presentimiento de que había llegado la hora de tomar una parte activa.

Sus instrucciones estaban basadas en una fórmula sencillísima. Aunque Clipper lo ignoraba, Cliff estaba trabajando a favor de La Sombra.

Los propósitos de La Sombra eran hacer fracasar el crimen anunciado para aquella noche, no porque La Sombra tuviese concomitancia alguna con Arnold Bodine, sino porque el asesinato imaginado por Doble Z debía ser frustrado.

Cliff era simplemente el informador de La Sombra. El curso de los acontecimientos le había obligado a acompañar a Clipper en la expedición, pero en cuanto estuviese presente La Sombra, Cliff Marsland no tendría necesidad alguna de actuar.

Aparte de esto, era un deber para Cliff el ayudar a La Sombra en todo cuanto de él dependiese. Podía obrar así si era necesario, aun cuando tuviese que revelar su verdadera posición en el asunto. Su identidad era desconocida por todos, excepto por Clipper Tobin.

Sabía que Clipper trabajaba para otro individuo, pero Clipper había ofrecido que le ayudaría Cliff, aunque manteniendo el nombre de éste en secreto.

Cuando Clipper prometía una cosa sabía cumplir su palabra. Era por esto que había logrado permanecer tanto tiempo independiente entre la gentuza de los bajos fondos, sin ser molestado por nadie.

Cliff cortó sus reflexiones al ver que la puerta que Clipper empujaba se abría hacia el interior de la habitación. Cliff dio un paso hacia adelante y alzó la mano que empuñaba la pistola.

El gangster avanzó lentamente en el interior de la habitación y Cliff pasó a ocupar su sitio en la abertura de la puerta, lo que le permitió abarcar la escena por entero.

En el rincón más lejano de la estancia podía verse sentado a un hombre.

Cliff reconoció en él a Arnold Bodine, aun cuando su aspecto fuera, un poco distinto de los retratos que conocía del gran jefe de bandidos.

Las manos de Bodine estaban extendidas sobre los brazos del sillón. En su rostro se pintó una expresión de espanto y miró con fijeza la boca de la pistola de Clipper. El gangster

le amenazaba desde el centro de la habitación. Cliff, desde uno de los ángulos de ésta vió el perfil duro y amenazador de Clipper.

Desde su observatorio, Cliff se sintió profundamente sorprendido al darse cuenta de que La Sombra no estaba presente. ¿Sería posible que aún no hubiese llegado?

Durante unos segundos Cliff se preguntó si Bodine seria La Sombra, disfrazado, pero un examen más detenido de aquel hombre sentado en el rincón, con su cara de espanto, le hizo modificar su pensamiento.

Bodine, respondiendo a una brusca orden de Clipper, levantaba ahora las manos por encima de la cabeza. Aquel hombre se hallaba totalmente desamparado en circunstancia tan crítica para él.

-Gran Bodine-gruñó Clipper, sarcásticamente:- todo está preparado para tu último viaje. No te hace gracia, ¿verdad?

El individuo así amenazado se humedeció los resecos labios y emitió una contestación con voz forzada, un débil esfuerzo para despistar a su enemigo.

-Mi nombre es Davis-dijo, lentamente-. Andrew Davis. No puedo explicarme por qué ha venido usted aquí.

-Andrew Davis, ¿eh?-exclamó Clipper, con un gozo satánico-. Pues le has robado la cara a Bodine. Eso basta para que deje caer el telón sobre ti, sabio Bodine.

Bodine se estremeció, y sus ojos fueron de un lado a otro como la bestia acorralada. Vió la borrosa silueta de Cliff en la puerta, pero creyó que se trataba de otro enemigo en acecho y su expresión acreció aún en espanto.

Era extraño, pensó Cliff, como el individuo más temible entre los gangsters le temía a la muerte. ¡Los que ordenaban fríamente el asesinato de docenas de enemigos eran los que más amaban la vida:

El indefenso gangster miró fijamente a Clipper Tobin y trató de parlamentar con él como último resorte.

-¿Cuánto quieres por dejarme? Tengo dinero encima-dijo-. ¡Dime cuánto!

-¿Lo tienes encima?-ridiculizó Clipper-. Pues puedes guardártelo, porque eso no retrasará el momento final ni un segundo. Puede graznar cuanto quiera ese dinero. Ya he oído esa canción antes y me he quedado tan fresco. Además, ya he cobrado mi dinero por este trabajo y tengo que terminarlo. ¿Sabes?

Bodine no contestó. Cliff pudo ver la satisfacción que reflejaba el rostro de Clipper. El asesino avanzaba instintivamente. Clipper había esperado deliberadamente a insultar a su víctima indefensa; ahora, terminado su gozo por el mal ajeno, se disponía a mandarle las balas fatales.

-Alerta, Cliff-dijo-. Prepárate para la retirada. Voy a emplomarlo.

-¡Espera!-fue la rápida contestación de Cliff-. ¡No tires todavía! Tal vez no fuera bueno para ti, Clipper.

El asesino no se volvió. Su dedo continuaba oprimiendo el gatillo de la pistola, pero había notado algo en el tono de la voz de Cliff que le hizo mantenerse de espaldas. Aun dando cara a Bodine, escuchó para oír mejor las próximas palabras de su compañero.

No se hicieron esperar. Cliff Marsland había comprendido que se imponía la acción inmediata. Algo había hecho retrasarse a La Sombra.

¡Tal vez no había recibido el mensaje!

El deber que incumbía ahora a Cliff era evidente. La Sombra había resuelto evitar aquel asesinato. Le correspondía a él obrar en ausencia de La Sombra.

-Te tengo encañonado, Clipper-dijo, con la misma voz firme-. ¡Un movimiento y vas al otro barrio!

Clipper no se movió.

-¡Levanta las garras!

Clipper obedeció silenciosamente.

-Usted, Bodine-añadió Cliff, hablando al hombre que estaba en el rincón-, cuidado con hacer alguna locura. ¡También puedo ensartarle al menor movimiento!

Animado por esta observación, Clipper se volvió rápidamente hacia su antiguo compañero, pero dio un salto hacia atrás cuando vió la pistola.

-¡Arriba las manos!-ordenó Cliff.

Clipper obedeció en el acto. Cliff era ahora el dueño de la situación. Cazador y cazado estaban ahora a su merced. El rostro patibulario de Clipper Tobin había igualado en expresión al rostro descompuesto de Bodine.

-¿Qué te propones hacer?-preguntó con voz sorda Tobin-. ¿Entrar en tratos con este individuo?

-Eso no tiene nada que ver con tus asuntos-contestó Cliff-. Estoy obrando por mi cuenta.

Se encontraba en una duda, no se trataba de una tarea sencilla. Había salvado a Arnold Bodine, pero no pretendía asesinar a Clipper Tobin. Y, sin embargo, desde el momento en que había descubierto su juego, su vida correría, peligro constante si Clipper conservaba la suya.

No era práctico, por otra parte, esperar la llegada de La Sombra. Aquel cuadro de dos hombres con las manos en alto frente a una pistola podía tener consecuencias inesperadas. Cliff decidió obrar inmediatamente

Aunque se había convertido en un enemigo de Clipper, podía evitar que el gangster descubriese sus verdaderas intenciones. La última observación de Clipper le sugirió una idea.

-Yo obro por mi propia cuenta-repitió-. Bodine no será asesinado por ti. Voy a dejarte que te vayas. Es más de lo que te mereces.

-Conque traicionándome, ¿eh?-murmuró sordamente Clipper-. ¡Ahora te comprendo! Bodine y tú estabais de acuerdo. Tú le informaste de lo que iba a suceder esta noche. Sois dos traidores. ¡Tú me trajiste aquí, pero te asusta el quitarme de en medio!

-¡No lo dejen marchar, Bud!-intervino Bodine, tratando de demostrar que estaba de acuerdo con su salvador-. Te daré cinco de los grandes por la tarea. ¡Cuando esté muerto no graznará y tú quedarás libre de cuidado! Creerán que yo lo he matado.

-No entra en mi juego-contestó Cliff-. No necesito su dinero, Bodine.

-¡Embustero!-rugió Clipper, aún desconfiado.

-!A ver si te callas, Clipper!-dijo Cliff-. Cierra el pico y deja ese cacharro. Acércate y no bajes las manos.

Clipper obedeció. Cliff le detuvo antes de que se acercase demasiado. Con un ademán rápido cogió la pistola por el cañón, la arrancó de su mano y la tiró al suelo. Retrocedió unos pasos y fue a situarse en el centro de la habitación.

Clipper se apartó silenciosamente a un lado. Bodine no se había movido. Era fácil adivinar que el modo de llevar Cliff sus asuntos le había impresionado.

Cliff no hizo ademán alguno para recoger la pistola que yacía en el suelo.

Eso podía hacerlo después. En lugar de ese movimiento, avanzó hacia Bodine y señaló el teléfono con la mano izquierda.

-Va usted a llamar a sus sabuesos, Bodine-dijo-. Dígales que vengan del Hotel Goliath. En cuanto yo sepa que están en camino saldrá usted a su encuentro... y yo le seguiré. Haga lo que le digo, ¡pronto!

Bodine, viendo próxima su salvación, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y se acercó al teléfono. Dio un número y cuando contestaron desde el hotel preguntó por sus guardianes del octavo piso. Sin pararse a averiguar quien estaba al otro extremo del hilo, dio apresuradamente este encargo:

-Estoy en mi refugio, 458 de esta misma calle, en las Viviendas Mauricio. Hay aquí un individuo que trata de matarme, ¡Venid algunos de vosotros pronto!

Se oyó contestar y Bodine preguntó, rápido:

-¿Quién está ahí? ¿Gus?

Otra contestación llegó a sus oídos. Bodine dejó caer el auricular en el gancho y cambió súbitamente la expresión de su rostro. Cliff le miraba, sorprendido y receloso, y entonces Bodine explicó lo sucedido.

-No era Gus-dijo-. !Era José Cardona, el detective!

Estas noticias eran para Cliff Marsland inesperadas. Se había propuesto conseguir que Clipper huyera, pero las cosas cambiaron radicalmente.

¿Clipper en manos de la policía? ¿Le dejaría quedarse para que lo encontrara Cardona?

Se le ocurrió otro pensamiento: la sorpresa de Bodine parecía auténtica, pero podía ser fingida. Tal vez estaba pensando lo mismo que Cliff.

Tal vez deseaba que Clipper no se marchase, para que probara por una vez siquiera los métodos expeditivos de la cuadrilla de Arnold Bodine

Aquella vacilación tuvo un final súbito. Mientras Cliff estaba vuelto de espaldas al vestíbulo, algo vino a chocar con su espalda. Un hombre había entrado silenciosamente desde el pasillo. La culata de una pistola resolvió sus dudas a tiempo que caía desplomado, sin sentido.

¡En aquellos momentos en que estaba seguro de su victoria, habiendo hecho abortar el asesinato de Arnold Bodine, Cliff Marsland caía aturdido por un golpe y a merced de su inesperado adversario!

## *CAPÍTULO XIII*
## *LA LUCHA DE «LA SOMBRA»*

-¡Mátalo, Clipper! ¡Mata a Bodine!

La orden silbante vino del pequeño vestíbulo de detrás del cuerpo del caído, Cliff Marsland. Desde allí, desde la oscuridad, hablaba Sneaks Rubin. El gangster del rostro desfigurado llegaba en el momento crítico.

¡Guardando todas las precauciones había seguido a sus dos pistoleros, para convencerse por sí mismo de que llevaban a cabo el trabajo que les encargara!

¡Escuchando a poca distancia había frustrado los planes de Cliff Marsland!

Sneaks no disparó. Aquello no era de su incumbencia. Había vacilado mucho antes de decidirse a seguir a sus dos secuaces hasta la puerta de la vivienda de Arnold Bodine.

Si había llegado hasta allí fue al ver que tardaban en regresar, a la calleja, se hallaba bastante cerca del lugar de la escena para oír las últimas palabras de Bodine.

Clipper Tobin recogió su pistola, que estaba aún en el centro de la habitación. Sneaks se volvió. Iba a llegar de un momento a otro la policía y tenía sus razones para hallarse para entonces fuera del edificio.

Asestó el golpe y dio sus órdenes en menos de dos segundos. Enseguida echó a correr pasillo adelante, después de cerrar la puerta tras sí, ansioso por hallarse en lugar seguro, cuando hubiese muerto Arnold Bodine,

El ronco gruñido de la pistola de Clipper llegó a oídos de Sneaks Rubin, en el preciso instante en que el astuto ladronzuelo llegaba a la puerta de salida.

En su rostro pintóse una sonrisa, repugnante al pensar en que Bodine yacía muerto. Clipper no habría errado el golpe.

Pero Sneaks Rubin se equivocaba.

Clipper había apuntado mientras recogía su pistola del suelo y Bodine, que se hallaba desarmado en la seguridad de su escondite, se dejó caer a tierra en el momento en que su asesino apretaba el gatillo.

Antes de que Clipper pudiese disparar otra vez, una banqueta voló a través de la habitación y pasó a unos milímetros de su cabeza.

Aquel extraño proyectil tropezó con la mano de Clipper y la pistola se le escapó de entre los dedos. Cuando se lanzó a recuperarla, Bodine hacia el mismo movimiento y con idéntico objetivo.

Fue Clipper quien recuperó el arma, pero antes de que pudiese servirse de ella, Bodine luchaba cuerpo a cuerpo con él. Clipper era el más fuerte; Bodine peleaba con la desesperación del hombre que sabe que los minutos que gana le acercan a la salvación.

Rodaban de tal lado a otro de la habitación con la esperanza Bodine de poder tropezar con el teléfono de su mesa y pedir ayuda.

Podían llegar auxiliares de la parte baja de la vivienda antes que Cardona y sus secuaces. Pero no lo logró. Gradualmente, Clipper iba volviendo hacia su cuerpo la boca de su pistola.

Se oyeron varios disparos, pero erraron el blanco. Clipper, furioso, trató de libertarse de la presión de su enemigo.

Volvió a disparar otra vez procurando afinar la puntería, aunque haciéndolo con nerviosa precipitación y la bala hizo pedazos la luna de un armario.

Entonces Bodine obligó a la boca de la pistola a pasar por debajo de su brazo.

Clipper dirigió el arma hacia arriba y disparó rápidamente des tiros. Uno de ellos dio en el blanco, Bodine, herido, cesó en su resistencia.

Clipper lo dejó caer al suelo y disparó las dos últimas balas en el corazón.

Luego se irguió, orgulloso como una bestia salvaje, cuando acaba de rematar a su presa.

La lucha le había llevado hasta el rincón de la habitación. Después de lanzar un bufido, el gangster corrió a la ventana, la abrió de par en par y aspiró con deleite un par de bocanadas de aire fresco.

Al volverse se quedó mirando la forma yacente de Cliff Marsland. Apuntó a aquel cuerpo insensible con su pistola y oprimió el gatillo,

Recordó entonces que el arma no tenía municiones, pues había agotado anteriormente el cargador. Se paseó alborozado por la habitación como un animal salvaje y recogió del suelo la pistola que yacía junto a Cliff. Por un momento reflejó su rostro cierta incertidumbre.

Podía darse el caso de que necesitase todas las balas de su pistola, sabia que estaban en camino las gentes de Cardona y tendrían entonces un blanco determinado. Sin embargo, la muerte de Cliff Marsland no podía esperar.

Guardóse la pistola en el bolsillo.

Con un prodigioso esfuerzo de todos sus músculos, Clipper levantó en vilo el cuerpo de Cliff y se dirigió con él hacia la ventana. Miró hacia afuera como si se preparase a arrojar el cuerpo a través de la abertura.

El tejado del garaje estaba un poco a la izquierda. Directamente debajo sólo se veía la oscuridad impenetrable de la calleja. !Allí moriría Cliff Marsland!

Clipper hizo pasar primero la cabeza por la abertura. La cabeza y los hombros colgaban ya en el vacío. Clipper aseguro con más fuerza su presa, preparándose para el esfuerzo final.

Cuando sus manos se alzaron para llevar a cabo éste, partió un disparo de la puerta de entrada a la habitación. Clipper vaciló hacia atrás, alcanzado por el proyectil en un hombro.

¡El cuerpo de Cliff Marsland quedó sobre el reborde de la ventana, contra la pared, y con la cabeza aún colgante en el vacío! ¡Aquella bala certera le había salvado de una muerte horrible!

Un hombre totalmente vestido de negro estaba en pie en la puerta con una pistola humeante en su enguantada mano. Su admirable puntería había colocado la bala en el único espacio del cuerpo de Clipper que podía ser herido sin peligro para Cliff Marsland.

Clipper cayó al suelo con la pistola colgando de su mano derecha. Haciendo un esfuerzo consiguió volver la cabeza hacia aquel inesperado enemigo.

-¡La Sombra!-murmuró, sobrecogido.

Había reconocido al azote de los bajos fondos neoyorquinos. EL hombre con la capa flotante y el sombrero de amplias alas que ocultaba su rostro y de quien oyera hablar con frecuencia Clipper Tobin.

¡Y ahora estaba frente a frente de La Sombra!

Los ojos vacilantes de Clipper vieron el cuerpo inerte de Arnold Bodine. El de Cliff Marsland estaba junto a él. Había matado a uno.

¡No había podido hacer lo mismo con el otro!

Lanzando un gruñido, cogió el cuerpo de Cliff y lo sostuvo ante él como un parapeto. Sacó del bolsillo la pistola, apuntó hacia la puerta e hizo fuego.

Su primer tiro, disparado apresuradamente, se desvió bastante del blanco.

Antes de disparar por segunda vez apuntó con más cuidado, pero la bala no llegó a salir del cañón. Una vez más prevaleció la buena puntería de La Sombra. Había escogido como blanco la pistola que Clipper tenía en la mano y su tiro dio en el lugar elegido. EL arma cayó de la mano de Clipper.

El asesino estaba indefenso.

Aun entonces no se dio Clipper Tobin por vencido. Llegó a sus oídos el agudo gemido de una sirena de la policía. Su derrota le ponía en peligro inminente y, además, los captores se acercaban.

Tenía que escapar también de La Sombra, que sabía era implacable. Se incorporó, haciendo lo mismo con el cuerpo de Cliff, llevándolo como una pantalla. Herido como estaba, aquel esfuerzo agotó casi todas sus energías.

Las dos formas avanzaron hacia la ventana. La Sombra se adelantó a su vez, buscando en el cuerpo del asesino el lugar vulnerable por donde pudiese ser herido sin riesgo para Cliff.

Clipper lanzó entre dientes una maldición. Si hubiese previsto lo que iba a ocurrir hubiese disparado la primera vez sobre Cliff. Al menos habría muerto con él un enemigo más. Ahora era ya demasiado tarde. Sin embargo, aún se le ocurrió otro plan para salvarse.

En el momento en que el hombre vestido de negro estuvo cerca de él, Clipper adelantó el cuerpo de Cliff hasta casi colocarlo entre los brazos de La Sombra. De un salto llegó al antepecho de la ventana y se lanzó hacia el tejado del garaje, a unos diez pies debajo de él.

La Sombra cogió con su brazo el cuerpo de Cliff Marsland y lo dejó deslizar suavemente hasta el suelo. Luego corrió a la ventana y se quedó erguido ante ella como una silueta gigantesca mirando en las tinieblas.

El resplandor de las luces de la avenida le revelaron una escena trágica. Era un blanco admirable para La Sombra; pero el hombre vestido de negro no disparó.

En vez de hacerlo se limitó a contemplar a Clipper Tobin, caído entre las garras del destino, porque Clipper iba resbalando poco a poco por la pendiente de lo que él creyera su salvación.

Su cuerpo gravitaba sobre el borde del tejado y luchaba desesperadamente por mantenerse en éste y no rodar hacia el abismo.

Sin embargo, sus brazos heridos eran incapaces de aquella tarea. Clipper había firmado su sentencia de muerte cuando se aventuró a dar aquel desesperado salto.

La caída desde diez pies de altura quebrantó su cuerpo y sus manos, agarrotadas al reborde del tejadillo, iban perdiendo poco a poco las escasas fuerzas que le restaban.

Sus dedos, adormecidos, empezaron a ceder y, lanzando un grito de horror, abandonó la lucha, ¡y cayó en el empedrado de la calleja!

EL choque de su cuerpo contra el pavimento resonó con eco siniestro. Su último aullido de muerte llegó perfectamente perceptible a oídos de La Sombra. Todo había terminado, pero La Sombra, esperaba.

Oyó el ruido de pasos en la planta baja.

No se dirigían hacia el lugar en que había caído Clipper, sino que continuaron su ascensión hacia el lugar en que él se encontraba.

Rápidamente cruzó la habitación y cerró la puerta que comunicaba con el pequeño vestíbulo. La acción no podía llegar más a tiempo, pues ya los hombres estaban entrando en el pasillo exterior.

¡La patrulla de José Cardona preparada para evitar la muerte de Arnold Bodine se hallaba a la puerta de la vivienda!

La recia puerta que Bodine tuviera la precaución de colocar a la entrada de sus habitaciones particulares resistió las acometidas de los hombros de los recién llegados. Resonaba en el pasillo el recio vozarrón de José Cardona.

Podían oírse órdenes apagadas. Cardona pretendía impedir la fuga del hombre que cerrara aquella puerta. Entretanto, La Sombra, inclinado sobre el cuerpo de Cliff Marsland, procuraba por todos los medios reanimarlo.

Cliff abrió por fin los ojos. La Sombra se apartó de él. Aunque su cabeza aún no estaba muy segura, Cliff logró en breve espacio de tiempo recobrar toda su conciencia.

No sabía, quién le había golpeado en la cabeza, pero si qué La Sombra había llegado a tiempo de salvarle, aunque demasiado tarde para salvar a Arnold Bodine. El famoso jefe de bandidos yacía sin vida a poca distancia de él.

Hubo fuera un momento de silencio. Los atacantes esperaban oír si algún sonido les llegaba del interior de la habitación. Una voz llegó de la calleja.

-¡Estamos aquí, Cardona! ¡Hay un hombre muerto!

El silencio indicó al que gritaba que Cardona no había logrado forzar la puerta de entrada a la vivienda de Bodine. Los rayos de una poderosa linterna brillaron fuera de la ventana.

Los hombres que habían hallado el cadáver de Clipper dirigían sus miradas ahora hacia cl tejado del garaje. Esto significaba que el escape por aquella parte estaba cortado, pues la policía no tardaría en hallarse allí.

Las palabras que acababan de sonar en la calleja hallaron un eco en el pensamiento de Cliff. Pensó inmediatamente que el muerto debía de ser Clipper. El hombre que indudablemente hiriera La Sombra.

Vió al hombre vestido de negro examinando el cuerpo de Bodine, ¿Trataba La Sombra de hacerse un disfraz para hacer creer a Cardona y sus hombres que él era el verdadero Arnold Bodine?

No. Ese recurso estaba llamado a fracasar. Se necesitarían demasiadas explicaciones. Cliff lanzó un gemido al comprobar que él era un estorbo para La Sombra. Se dio cuenta de ello cuando intentó ponerse en pie y volvió a caer hacia atrás pesadamente.

La Sombra, podía escapar, aun cuando tuviese que pelearse con todos los sabuesos de Cardona, pero no abandonaría, a su subordinado.

Cliff miraba a La Sombra, mientras se mantenía apoyado contra la pared.

Aquel hombre misterioso parecía sin propósito ni fin determinado cuando cruzaba la habitación. Por último se detuvo en un lugar de la pared, en uno de los rincones, y golpeó suavemente el muro.

Cliff pudo oír una risa ahogada que fluía de entre los labios de La Sombra.

Se oyeron golpes terroríficos al otro lado de la puerta. Estaban atacando con un objeto contundente, a manera de ariete. La madera crujía bajo los golpes y a poco oyéronse gritos de triunfo. ¡Cedía!

La Sombra abrió la puerta de un armario cerca del rincón en donde golpeara segundos antes. Entró en él. Cliff pudo ver su brazo moviéndose a un lado y otro.

Poco después volvió a cruzar la habitación y empezó a registrar los vestidos de Arnold Bodine. Cliff vió relucir un objeto de metal cuando La Sombra, sacó de uno de los bolsillos una llave.

Otra vez penetró La Sombra, saliendo de allí poco después y dirigiéndose hacia Cliff. Apoyado en el brazo que le ofrecía, pudo éste andar.

¡Crac!

Cliff oyó el estruendo que producía la puerta al derrumbarse. La Sombra estaba en el armario llevándole a él casi a rastras. Pudo oír voces dando órdenes a los hombres que entraban en la habitación.

La puerta del armario se cerró. Las poderosas manos de la Sombra sujetaban a Cliff por debajo de los brazos y así lo llevaron hasta uno de los lados del armario, en donde le dejaron caer suavemente en el suelo.

Logró agarrarse a los peldaños de hierro de una escalera de mano; tras grandes esfuerzos consiguió poner sobre los escalones pie firme y descender un peldaño. La Sombra estaba cerrando la puerta secreta.

A pesar del estado de debilidad en que se hallaba Cliff logró continuar bajando y poco tiempo después notó que una mano poderosa le ayudaba en el descenso. Pronto sus pies tocaron un sólido pavimento. Se apoyó contra la pared y esperó.

Sabía que la Sombra estaba a su lado. Se hallaban ambos en el extremo de un breve tubo cilíndrico de unos quince pies de diámetro. Cliff lo comprendió todo mientras estaba allí apoyado en la oscuridad.

La Sombra, siempre alerta, había adivinado que Arnold Bodine no se ocultaría en un refugio que no tuviese una fácil salida en caso de peligro. El tejado del adjunto garaje le dio la clave del secreto.

El espacio entre el armario y la pared estaba destinado a aquel fin. Aquello significaba que Bodine, en caso de apuro, podía abandonar sus habitaciones sin ser visto. La Sombra descubrió la cerradura de la puerta secreta formada por la pared del armario y buscó y halló la llave en los vestidos de Arnold Bodine. ¡Estaban ahora camino de su salvación!

Cliff se preguntó en aquellos momentos qué estaría esperando la Sombra.

No creía que su salvador pudiese hallarse desorientado. Luego comprobó que el aplazamiento era debido únicamente al deseo de que él recuperase fuerzas.

-¡Estoy perfectamente!-murmuró-. ¡Vámonos!

Se oyó un chasquido y la pared se movió hacia delante. Una mano vigorosa sujetó el brazo de Cliff. El y su salvador empezaron a andar. Estaban dentro del garaje en una estrecha escalera.

Hizo su aparición el haz luminoso de una pequeña interna y Cliff merced a aquella claridad pudo dar unos cuantos pasos hacia adelante.

Evidentemente era aquella una escalera rara vez usada. Siguieron andando mientras la luz de la linterna alumbraba el camino. No había ventanas, sólo muros de piedra a uno y otro lado.

¡Y una puerta, cerrada se alzó a su paso al llegar al final del pasadizo!

Apareció en el haz luminoso una mano enguantada de negro empuñando una llave. Abrióse la puerta hacia delante y mostró un oscuro rincón del garaje. A unos pies de distancia se veía un cupé de lujo.

-¡Sube al coche!-le dijo su salvador.

Cliff había recobrado ya todo su vigor. Se acercó al coche, abrió la portezuela y subió al vehículo. Sentado en un comodísimo asiento miró hacia atrás a la puerta por donde habían llegado hasta allí.

Estaba cerrada y tenía fija una placa, en la que se leía en anchas letras blancas: <Air Shaft>.

Antes de que Cliff se diese cuenta de ello, el motor estaba zumbando y se sorprendió sobremanera al ver a un hombre en el asiento del conductor. La Sombra había ocupado silenciosamente aquel sitio.

Ya no era ahora más que un hombre vestido de negro. Cliff no pudo distinguir sus facciones, pero notó que se había despojado de la capa y sólo conservaba su sombrero de anchas alas.

El coche avanzó hacia la puerta del garaje. Al llegar a ésta le detuvo un corpulento policía. El hombre que estaba sentado junto a Cliff se inclinó por la portezuela y levantó la solapa de su americana.

-De la Delegación-dio con voz áspera-. Es el coche de Bodine. Cardona me dijo que se lo llevase.

-Muy bien-contestó el policía.

El auto avanzó hacia la calle lateral. El chofer no volvió a pronunciar otras palabras. Siguieron la marcha en la oscuridad y aun cuando cruzaron la avenida, Cliff no pudo ver el rostro de su compañero porque éste tenía la cabeza vuelta hacia el lado opuesto.

El auto siguió avanzando y torció al llegar a una esquina siguiendo otra calle lateral. Unos cincuenta pies allá pudo ver Cliff el letrero luminoso del Hotel Metrolite. Compendió que aquel era su destino. Esperó un momento, pero su compañero no hizo comentario alguno.

Cliff abrió la portezuela y saltó a la acera. Andaba ahora con completa seguridad. Cuando llegó a la puerta del hotel, miró hacia la calle a tiempo de ver el suntuoso cupé de Arnold Bodine que se alejaba hacía la próxima avenida.

¡Una, vez más la intrepidez, de la Sombra había vencido todos los obstáculos! En el momento oportuno había llegado para salvar a Cliff y arrancarle del sitio de peligro, y la fuga había sitio ejecutada con tal habilidad que ni Cardona, ni sus famosos sabuesos se habían dado cuenta de lo ocurrido.

## *CAPÍTULO XIV*
## *LAS INTRIGAS DE DOBLE Z*

La historia relatada por Clyde Burke en la edición del día siguiente del <Classic> fue leída por todos los neoyorquinos con ávido interés. Arnold Bodine, el célebre jefe de gangsters que se ocultara bajo un nombre respetable había sido asesinado en su propio domicilio.

Ni la seguridad de un refugio secreto bastó para protegerle. Esto sólo, en sí mismo, ya era sensacional. El hecho de que la policía hubiese recibido un anuncio de lo que iba a ocurrir de parte de Doble Z hacía el caso más asombroso para los lectores. Una vez más el nombre del astuto asesino estaba en todas las bocas.

José Cardona, sin desanimarse por las criticas que podía, suscitar su gestión, aseguraba que Doble Z no era el autor material del asesinato, ni siquiera responsable de él.

La policía tenía la evidencia de conocer al verdadero asesino. Clyde Burke, con la firma de la «Lechuza Erudita», sugería el nombre de Dave Markan.

En los bajos fondos se afirmaba que era Markan quien había preparado aquel crimen, y en los bajos fondos se equivocaban siempre poco en estos asuntos.

La opinión popular produjo extraños resultados. La verídica declaración de Cardona de que Doble Z se había limitado a proporcionar una información, y no había sido el verdadero asesino, era ridícula, en concepto de muchos.

Unos pocos meses antes habría sido aceptada sin discusión. Pero como Doble Z aparecía como el asesino de Joel Caulkins y de Philip Farmington, todo lo que llevaba su nombre indicaba su actuación.

Los periódicos condenaban a. Cardona por sus afirmaciones. Hasta el inspector Timothy Klein, encargado del asunto, fue envuelto en la crítica, aun cuando él estaba ausente cuando Doble Z cometió el crimen.

Los excitantes acontecimientos ocurridos en las habitaciones particulares de Arnold Bodine ponían en un grave aprieto a, Dave Markan. Él había ordenado la muerte del gran jefe de los gangsters. Tenia una coartada.

Ordinariamente le habría valido, pero ahora no iba a servirle para nada.

Era evidente que la policía habría detenido a quien pudiera estar relacionado con el asunto, simplemente porque la pista podía llevar hasta Doble Z. Esto, en sí, ya era un trastorno de bastante importancia para Markan.

Pero también se hallaba en peligro por otra parte. La gente del hampa husmeaba la sangre. La cuadrilla que obedecían las órdenes de Markan refunfuñaba de su fugitivo jefe.

Se rumoreaba que los guardias de corps de Arnold Bodine habían jurado no dejar su muerte sin venganza. Se habló de un fondo establecido secretamente para ello por Bodine.

En el caso de que Bodine fuese asesinado, como había ocurrido, cierto abogado entregaría una crecida cantidad al que matase a su asesino.

Cuando la gente del hampa decía que los gangsters se habían puesto en movimiento para matar a Markan, la gente del hampa no estaba muy lejos de acertar. Ante todos estos presagios, Dave Markan mostraba un rostro cadavérico.

Huyó de la ciudad. Había obrado con excesiva osadía. Tenía miedo de su propia cuadrilla, los asesinos de Bodine, y de la policía.

Jake Dermott asumió la dirección de la banda sin jefe. Sus deseos se habían visto plenamente satisfechos. Jake llegaba al fin a la meta de sus aspiraciones.

Estaba orgulloso de su secreta sumisión a Doble Z.

Antes de que se hubiese secado la tinta de las últimas ediciones de los periódicos de la noche se cometió otro asesinato. Tronaron los revólveres en una habitación obscura donde Jake Lombrosi tenía establecido su cuartel general, y Tony Marano llegó a ser el nuevo jefe de aquella banda.

Lombrosi hacía tiempo que vacilaba en su trono. Había pagado su tributo a la muerte de Arnold Bodine, y corrió el rumor de que podía haber ayudado a Markan en su empresa. Se suscitó una discusión sobre este tema y Tony puso fin a la misma con su revólver.

El asesinato se verificó estando presentes varios individuos de la banda, por lo que Tony no tuvo que esperar mucho para ser felicitado calurosamente, y exaltado a la jefatura. Como Jake Dermott, Tony Marano se sentía satisfechísimo de sus nuevas relaciones. Doble Z, por conducto de Sneaks Rubin, había de ser el receptor del tributo que anteriormente se pagara a Arnold Bodine. Pero era éste asunto que Tony Marano prefería guardar para sí.

¡De este modo, en menos de veinticuatro horas, dos de los más importantes grupos de bandidos de Nueva York habían venido a ponerse a las órdenes del gran desconocido Doble Z, sin que ni una sola palabra sobre este cambio hubiese llegado a todos los oídos del hampa!

La muerte de Bodine aparecía envuelta en cierto misterio. La primera indicación sobre ella fue la nota de Doble Z. El detective Cardona puso varios hombres de guardia en el Hotel Goliath. El mismo Cardona se había instalado en las habitaciones de Bodine. Fue él quien

contestó a la llamada telefónica, el último grito de auxilio de Bodine. ¡Un asesino se había introducido en el refugio secreto del gangster!

La batalla había comenzado antes de que llegase Cardona. Los detectives hallaron la puerta cerrada y estaban seguros de que había alguien dentro de la habitación.

En la calleja exterior, los hombres a sus órdenes descubrieron el cuerpo sin vida de Clipper Tobin, un lobo solitario del hampa. Cuando lograron penetrar en la habitación, Cardona halló el cadáver de Bodine, pero el asesino había huido.

¿Qué parte había jugado Clipper en todo aquello? Cardona dudaba que él fuese uno de los asesinos. Era más probable que Bodine lo hubiese alquilado como guardián especial de su persona, si era así, indudablemente habían entrado en la vivienda dos hombres para cometer el asesinato.

Debían haberse escapado por la ventana, saltando al tejado del garaje, pero el caso es que la policía había bloqueado algún tiempo antes aquella salida.

Lógicamente aquellos hombres serían considerados como asalariados de Dave Markan. Esta era la pretensión de Cardona, que aun se afirmó más cuando Markan se marchó de Nueva York.

Los periódicos, sin embargo, no olvidaban a Doble Z. Su nombre estaba indudablemente unido al asesinato. ¡Tal vez fue el asesino real!

José Cardona, estaba de malhumor cuando conferenciaba con el inspector Timothy Klein. El detective era un hombre que tenía altas y bajas, Klein era siempre el mismo, ceñudo y dubitativo. No estaba a gusto con lo que había sucedido y no se recataba en decirlo.

-Bastante chapucero-fue su comentario, y estas palabras no eran ciertamente un remedio para Cardona.

-Esa cuestión de Doble Z-protestó el detective-. ¡Si se hubiesen callado dándonos una probabilidad de éxito! Burke en el «Classic» es el que apunta mejor. Pero los otros...

-¿Va usted a quejarse de ellos?-preguntó Klein-. Usted admite que recibió el mensaje y lo tuvo en secreto, pero el asesinato se cometió lo mismo. ¿Quién es ese individuo? ¿Tiene usted alguna idea de quién pueda ser?

-Nadie ha podido adivinarlo Es un misterio.

-¿Y qué me dice usted de la Sombra?

La pregunta de Klein fue intencionada, pero Cardona la acogió con un gruñido de desaprobación.

-La Sombra no es un asesino-declaró.

-¿Ha dado algún aviso lejano?

-Sí-dijo Cardona-, pero fueron distintos. Le diré a usted una cosa, inspector. ¡Me gustaría que la Sombra estuviese mezclado en este asunto!

-¿Por qué?

-Porque obtendríamos algunos resultados.

-¿Cree usted que nos ayudaría?

-Ya lo hizo anteriormente.

-Pues bien-dijo Klein deletreando las palabras-; tal vez la Sombra esté mezclado en esto. Tal vez haya cambiado de táctica. Tal vez es Doble Z.

Cardona negó con un gesto enérgico. Se había encontrado con la Sombra tiempo atrás. No había logrado adelantar un solo paso para descubrir su identidad, pero estaba seguro de comprender los métodos de La Sombra.

-¿Dónde está La Sombra?-preguntó Klein-. Yo creo que ahí está la clave del secreto. No hemos oído hablar hace tiempo una palabra de él. ¿No es esto un indicio para poder considerarlo como el auténtico Doble Z?

-Usted no conoce a La Sombra, inspector. Si fuese verdad que tenía algo que ver con esto, representando el papel de Doble Z, hubiese tomado parte directa y personal en el hecho para hacerlo aún más enrevesado. ¡Me jugaría mi reputación a que no me equivoco!

-No se juegue usted tanto-gruñó Klein-, y si esto sigue así, menos.

-Escuche-contestó el detective-. Voy a hacer una predicción. Oiremos hablar otra vez de Doble Z. Y pronto. ¡Y su próximo trabajo será un fracaso!

-Así lo deseo.

Si hubiera hecho José Cardona una visita a la habitación 909 del Badger Building, se habría sorprendido al observar la actuación de un especialista de inversiones llamado Rutledge Mann, porque aquel hombre de rostro sereno y simpático se entregaba a trabajos que nada tenían que ver con acciones y stocks de mercancías.

Se entretenía en recortar relatos del asesinato de Arnold Bodine y recopilar los rumores que se habían seguido a aquellos. No omitía nada.

Entre sus datos estadísticos figuraban el hecho de que Mike Lombrosi y Dave Markan no eran figuras muy importantes en los reales del hampa.

Sus anotaciones venían de otras fuentes que los periódicos. En su mesa había un sobre entregado por Clyde Burke, que se detuvo en el despacho antes de dirigirse a su redacción.

La «Lechuza Erudita» había reunido bastante material. Muchos de los rumores los había recogido de labios de individuos de las bandas.

Terminado su trabajo Rutledge Mann clasificó sus antecedentes y los metió en un sobre. Dejó éste en el buzón de la oficina de B. Jonas cuando se dirigía al Club Cobalt.

Después de una abundante comida Mann encendió un cigarro y fue a dar un paseo por el Club. Una vez más los plutócratas discutían sobre Doble Z.

-¡Ese maniático!-oyó decir a Barnaby Hotchkiss-. ¡Es peligroso! ¡Es ultrajante que la policía vaya de fracaso en fracaso! ¡Porque estamos todos en peligro! Primero fue asesinado Farmington, ahora Bodine.

-No existe analogía entre uno y otro caso-dijo Blaine Glover-.¡El uno era un banquero... y el otro un ladrón!

-Los dos tenían dinero.

-Pero ese hombre llamado Doble Z no se aprovecha con eso-observó Glover.

-¿Cómo puede usted decir eso? ¡Yo afirmo que nadie está a salvo! ¡Volverá a actuar otra vez y alguno de nosotros será la víctima!

-Eso sería interesante-comentó Matthew Wade-. ¿Espero que no estará usted intranquilo, Hotchkiss?

-Precisamente es usted quien debe tener cuidado-contestó su interlocutor. No está usted más libre de que le ocurra, que a los demás que estamos aquí. Vuelvo a repetir que ese hombre está en camino de actuar otra vez. Tiene la manía de atacar a los que tienen dinero, sea como sea que lo hayan adquirido.

Siguió a estas palabras un murmullo de asentimiento. Glover admitió que lo que decía Hotchkiss podía estar bien en teoría.

Wade no parecía estar de acuerdo, Rutledge Mann observó que Lamont Cranston estaba en el grupo, pero silencioso. Fue un momento a la biblioteca y cuando volvió a salir, Cranston se había ido.

Pocas horas después Mann se detuvo en su nueva oficina, en donde encontró una carta en el suelo. La abrió y la leyó rápidamente.

Lo escrito desapareció en el acto, pero Mann recordaba todo el mensaje palabra por palabra. Sentóse ante su mesa y repitió las palabras que acababa de leer.

-Jake Dermott-dijo-. Jake Dermott y Tony Marano. Está bien. Dice Burke que son únicamente pistoleros y no jefes típicos de gangsters. Marsland debe andarse con cuidado,

pero si puede seguir a Dermott, obtendrá una información excelente. También hay que apostar a Burke. Vincent en su acostumbrada tarea... no resulta por ahora...

Ninguno de aquellos pensamientos se le hubiese ocurrido a Mann cuando había adelantado sus datos a la Sombra, pero desde entonces el problema Doble Z había sido estudiado por aquél.

Mann sabía que el cerebro del maestro trabajaba en plena actividad, pero él apenas había llegado a estar informado de sus descubrimientos. Hechos que Cardona no hubiese sospechado jamás, los descubrió la única percepción de la Sombra.

-El informe de Cliff Marsland-murmuró Mann.

Era aquella una pista que Cardona no habla notado siquiera.

-¿Quién encargó el trabajo a Clipper Tobin? -continuó monologando Mann-. ¿Conocía ese hombre a Marsland? Bien... Marsland puede rastrear las acciones de Tobin. Tal vez pudiese descubrir su origen...

En cierto lugar de Nueva York, un hombre estaba sentado en una habitación pequeña y oscura, con un par de auriculares colocados en los oídos y una embocadura ante él.

Estaba terminando una conversación. AL otro extremo, en la trastienda de un lejano garito, estaba sentado Sneaks Rubin. El bandido de rostro pálido y dientes acolmillados hablaba con su maestro... ¡Doble Z!

Para Sneaks, Doble Z no era más que una voz, pero él temía a aquella voz en el fondo de su perverso corazón. En esta conversación Sneaks estaba contando cuanto sabia, y sus palabras hablaban de un peligro que aparecía en el horizonte.

Porque Sneaks no permaneció inactivo durante los momentos excitantes que siguieron a su marcha de las habitaciones de Arnold Bodine.

-Clipper fue traicionado-estaba diciendo-. El individuo que le ayudó en el trabajo era un traidor.

-¿Cuál es su nombre?

La pregunta fue hecha con una voz monótona y deliberada. Era el mismo tono sencillo que más de una vez dejara perplejo a Sneaks Rubín.

-No sé quién era-admitió el gangster-. Clipper creía que era de fiar...

-No siguió usted mis instrucciones-dijo la voz acusadora-. Le dije que buscara un hombre leal a toda carta.

-Clipper me aseguró que lo era...

-Eso no es suficiente-protestó el otro, interrumpiéndole-. Debió usted convencerse de ello por su propia observación.

-Creí que era seguro, jefe-dijo Sneaks-. Les seguí hasta allí mismo para convencerme de que se hacia el trabajo. Cuando llegué hasta las habitaciones de Bodine me encontré con que aquel individuo tenía encañonado a Clipper. Llegué a colocarme a su espalda y lo derrumbé de un golpe en la cabeza. Este dio a Clipper la ocasión de acabar con Bodine.

¿Qué sucedió luego?

-No lo sé. Me marchó. Oí el tiro de Clipper. Corrí hacía la salida de la vivienda. ¡Esperé allí un rato y fue entonces cuando Clipper cayó desde la ventana!

-¿Y el hombre a quien usted golpeó? ¿Estaba inconsciente?

-Le golpeé copa fuerza y quedó inerte. Debió ser otro individuo el que arrojó a la calle a. Clipper. Seguramente le atacó por la espalda y le golpeó. Ese individuo debió llegar después que yo me fui, y yo sé quién era ¡La Sombra!

Sneaks pronunció el nombre temido, con voz abogada. Esperó atentamente a ver cuál sería la contestación que le daban, pero la voz de Doble Z no transparentó emoción alguna.

-¿Cómo sabe usted que era la Sombra?

-Cuando vi estrellarse a Clipper contra el suelo, me deslicé hasta él. Estaba en las últimas, pero aun pudo murmurar unas palabras dirigidas a mí, pues me había reconocido,

jefe. <¡La Sombra me mató!, dijo. La Sombra. Mátalo Sneaks...> Luego murió. Yo no esperé más. Me marché unos minutos antes de que empezaran los golpes arriba.

-¿Qué sabe usted acerca de La Sombra?

-¡Nada, jefe! Eso es lo peor. Yo creo que aquel individuo que contratara Clipper trabajaba para él.

Hubo un silencio y luego Doble Z habló lentamente.

-Necesita usted encontrar a la Sombra.

-No sé cómo encontrarle. Jefe.

-Hay un modo seguro. Enterarse de quién era el hombre que iba con Clipper Tobin.

-¿Pero si no lo encuentro?...

-No necesita encontrarlo; él lo encontraría a usted.

Estas palabras produjeron en Sneaks un estremecimiento.

-Cuando él le encuentre a usted-resumió Doble Z-; llévelo a Loy Rooh.

-Puedo encargar a Jake Dermott que le quite de en medio...

-No necesito sugerencias-le interrumpió Doble Z-. Yo ordeno. Usted obedece. Llévelo a Loy Rook. Será atrapado allí. No quiero que muera.

-Pero él traicionó a Clipper.

-Morirá por eso-anunció la voz-. Su muerte vendrá después. Cuando haya sido agarrado por Loy Rook, tenga preparados a Dermott y Marano. En cuanto a usted, puede estar seguro de una cosa: la Sombra acudió una vez a salvarlo. La Sombra volverá otra vez.

Se oyó un chasquido. Los auriculares y la embocadura fueron dejados a un lado en la habitación a obscuras. Sneaks Rubin, con el gesto torcido cuando se enteró del plan trazado, estaba sentado ante un hilo mudo.

Por aquella noche no volvería a oír más órdenes de su amo.

-Yo encontraré al individuo-murmuró Sneaks como una sonrisa maliciosa-. Una vez encontrado tendrá que habérselas conmigo. Entonces caerá el telón para ese tipo... y para La Sombra.

El huesoso gangster confiaba mantener una conversación con Tony Marano cuando saliese del garito.

¡La Sombra, azote del hampa, iba a tener que luchar abiertamente contra ésta! ¡Doble Z lo había dispuesto así, y Doble Z vencería!

Así pensaba Sneaks Rubin.

## *CAPÍTULO XV*
## *EN LA CASA DE LOY ROOK*

La oficina de Loy Rook, estaba situada en uno de los nuevos edificios de la Ciudad China. No había en ella nada oriental, y podía haberse tornado perfectamente por la oficina de un comerciante americano, porque Loy Rook desarrollaba sus negocios a la manera occidental.

Era una figura prepotente entre los hombres de su raza. Estaba en perfectas relaciones con todos los jefes y jefecillos del hampa y trabajaba activamente sin ser molestado por ellos. Su aspecto y sus maneras eran las de un perfecto americano.

Loy Rook era propietario de varios restaurantes chinos, tiendas y almacenes.

Su oficina estaba en el segundo piso del inmueble y bajo ella se hallaba un salón de té. Había varias habitaciones en el segundo piso, donde ciertos empleados escogidos vivían en confortables departamentos.

La vivienda particular de Loy Rook estaba en el piso tercero, amueblada a estilo chino, de tal modo, que Loy Rook descendía a los pisos inferiores desde una vivienda que muy bien podía haber estado situada en Peiping, y se hallaba en una oficina que evidentemente radicaba en Nueva York.

Aquel día, el siguiente en que ocurrieran en los bajos fondos neoyorquinos los acontecimientos que hemos relatado en el CAPÍTULO anterior, Loy Rook se hallaba en su despacho.

Mientras examinaba detenidamente diversos detalles relacionados con negocios importantes, hizo un alto en su tarea para llamar a su secretario.

-¿Quiere usted venir un momento, Vincent?-dijo.

Harry Vincent se levantó de ante su mesa, situada en un rincón de la estancia, y se acercó a su amo llevando en la mano varios documentos para su firma. El viejo chino le miró admirativamente. Era el primer buen secretario que tuviera jamás.

Los dioses le habían sido propicios cuando inclinaron a Ching Fú, buen amigo de Loy Rook, a recomendárselo. Loy Rook estaba siempre dispuesto a admitir nuevos empleados.

Deseaba uno al que le gustase trabajar, que pidiese poco salario y que estuviese dispuesto a vivir en el tercer piso de su casa. Harry Vincent había resultado reunir las tres cualidades.

-Espela un minuto-dijo Loy Rook en su estrafalario inglés-. No volvel a tlabajal todavía. Tú y yo hablamos.

Harry volvió a ocupar su silla y miró con curiosidad al mongol.

-¿Estal aquí a gusto?-preguntó Loy Rook.

-Me encuentro perfectamente.

-Eso sel bueno. ¿Te gustalía viajal a China tal vez?

-Prefiero Nueva York. Sin embargo... -y Harry hizo una pausa a mitad de la frase.

-No ahola-se apresuró a aclarar Loy Rook-, no pol un lalgo tiempo, tal vez. Pelo yo tiene mucho que hacel en China. Tú sabel esto, pol el tlabajo que yo te he dado hacel. Yo necesitaba algún día un homble como tú pala il allí.

-Iré con mucho gusto.

-China es país malavilloso-declaró Ley Rook-. Veldadelamente malavilloso. Cuando yo digo es porque sabelo bien. Estos chinos de Nueva Yolk no conocen su país natal. Cuando ellos desean sabel qué cosas están hechas en China, ¿dónde van? A Loy Rook.

Harry asintió.

-Pol eso es que yo hablal a ti de mis amigos chinos. Ellos pueden pleguntalme muchas cosas, pelo yo no decil. Tengo mis lazones pala esto. Pelo cuando yo hablo a ti de ellos, y digo que pleguntar, es polque deseo tú sepas cómo chinos piensan. ¿Complendes?

Harry volvió a asentir a estas palabras.

-No habel nadie tan sabio como Loy Plook-aseguró solemnemente el chino-. ¡Es lo que dicen otlos! ¿Tal vez Ching Fú ha dicho también?

-Algo parecido me dijo.

-Sin embalgo, Loy Rook no es sabio. Simplemente lecuelda lo que ha visto. Y ha visto mucho.

Esta manera de hablar impersonal era un rasgo familiar de Loy Rook. La adoptaba siempre cuando hablaba de si mismo.

-Habel mucho que es conocido en China-continuó Loy Rook-. Mucho que no es conocido en Nueva Yolk-y al decir esto soltó una carcajada-. Pelo hay gentes aquí que piensan ellos sabel mucho. Cuando hay algo pala sel conocido que no es sabido aquí, los que desean conocel y sabel vienen a Loy Rook.

Tras esta enigmática afirmación, el viejo chino se enfrascó en el examen de los documentos que le llevara Harry. Este, por su parte, volvió a su trabajo.

Estaba pensativo. En realidad hacía progresos, aunque no muchos en verdad.

Llegó hasta allí por mandato de la Sombra, porque éste tenía la seguridad de que la clave del asesinato de Philip Farmington podía llegar a descubrirse a través de Loy Rook. El veneno li-shun sólo era conocido en Mongolia, de donde era natural Loy Rook.

Este, aparentemente un comerciante próspero, amaba tanto el dinero como el no tomar parte en negocios sospechosos.

Harry había sido instalado allí tras unos misteriosos conciliábulos entre la Sombra y Ching Foo, un chino amigo de Loy Rook. La tarea encomendada ahora a Harry Vincent era observar los más mínimos detalles de cuanto ocurriera en aquella casa.

Ching Fú le puso someramente al corriente de algunas peculiaridades personales de Loy Rook. Una de ellas era que cada visitante, fuera cual fuese el objeto de su visita, entraba en la oficina de Loy para tratar directamente con él. El viejo mongol era lo bastante prudente para no extralimitarse en trabajos tortuosos.

Quería que todos tratasen directamente con él en lo que parecía ser una transacción a la vista de todos. Por lo menos, esto era lo que deseaba en el fondo, según le informaron a Harry. Hasta entonces nada había visto contrario a tal afirmación.

Por este motivo los resultados de sus observaciones eran nulos. Loy Rook hablaba ordinariamente en inglés. A veces condescendía a hablar en chino con sus visitantes.

En tales circunstancias Harry estaba en desventaja notoria; de todos modos permanecía constantemente alerta para el caso de que se produjese algo sospechoso.

Era casi mediodía cuando entró en la oficina un joven chino y solicitó hablar con Loy Rook. Esté se hallaba ausente y el visitante dijo que esperaría.

Había algo en las maneras de aquel individuo que llamó la atención de Harry. Aquel joven chino, casi americano por el aspecto, se notaba que estaba impaciente, cosa desacostumbrada en los de su raza, según pensó Harry.

Media hora después llegó Loy Rook. Saludó afectuosamente a su visitante y Harry oyó el nombre que le daba: Luke Froy. Empezaron a hablar en inglés, pero a las pocas palabras cambiadas entre ellos continuaron su conversación en chino.

Durante esta charla incomprensible para él, Harry pudo, sin embargo, percibir una palabra que se parecía mucho a li-shun. Loy Rook continuó a poco su conversación en inglés.

-Esta noche-dijo-. Vuelva usted y véame entonces.

-¿Cuándo?

-A las once. No en la oficina. Ya sabe dónde.

Luke Froy asintió y marchóse. Loy Rook hizo señas de acercarse a Harry.

-Venga conmigo-le dijo.

Guió a su secretario hacia la parte de atrás de la oficina del segundo piso, en donde estaban situadas las habitaciones de Harry. Se detuvo ante un armario alto y de doble sección, que Harry viera antes con frecuencia.

-Esta noche, a las once-dijo a Harry -, hace usted esto.

Y oprimió la parte superior del armario entre las dos secciones. Cada porción se abrió hacia fuera como una puerta, dejando al descubierto arranques separados de estrechas escaleras, de los que una llevaba hacia arriba y otra hacia abajo.

-Esto va a dal abajo a una puelta secleta-explicó Loy Rook-. Así mi amigo Lulce Floy puede entlal pol aquí. Acuéldese... usted no dice nada... sólo milal.

Harry hizo un movimiento afirmativo y acompañó otra vez a su jefe a la oficina. Como dio la casualidad de que Loy Rook invitó a su secretario a un lunch chino, Harry Vincent no tuvo oportunidad alguna para enviar su mensaje de información a Rutledge Mann.

Cuando volvieron a la oficina Loy Rook permaneció en ella y la tarde se le hizo a Harry interminable. Por último llegó la ocasión tan esperada. Loy Rook dijo que se marchaba a sus habitaciones particulares.

El chino podía regresar de un momento a otro y sería una torpeza abandonar la oficina. Harry descolgó el teléfono y marcó el número de la oficina de Mann. Poco después oía la voz de Rutledge contestándole,

-¡Oiga!-dijo Harry-. ¿Echaron al correo el paquete que dejé en el hotel?... ¡Oh, comprendo!... Se lo dio usted al empleado de esta noche... Sí... El precio son once dólares. Para observar las mismas condiciones, se lo facturaremos a ese precio. Siendo chino cuesta cincuenta. Ese individuo dice que lo recogería en la parte trasera de la calle Catorce... ¿Qué es eso? No puedo oírle desde aquí... ¡Oh, ya comprendo!... Adiós.

En realidad, Rutledge Mann no despegó los labios mientras Harry estuvo hablando. En el transcurso de su conversación Harry Vincent le había transmitido un mensaje completo: «Esta noche. Once. Observar chino. Parte trasera calle. Aquí».

Loy Rook entró en el despacho cuando ya Harry había colgado el auricular.

Nada de particular hubiese tenido que le viera hablar por teléfono, pues esto era corriente por parte de Harry. Además, aun en el caso de haberle oído, su conversación seguramente que no hubiese despertado sospecha alguna en el chino.

Llegó la noche. Loy Rook invitó a Harry a cenar en el tercer piso. Cenaron en una habitación cubierta de hermosos tapices orientales y fueron servidos por criados chinos, Harry descendía las escaleras a las diez de la noche.

Esperó pacientemente hasta las once. Luego se dirigió al vestíbulo y oprimió la parte superior del armario. Se abrieron las secciones y él se retiró a su habitación.

Había terminado su trabajo. Loy Rook nada le dijo sobre el cierre del armario. Harry escuchó en la oscuridad. Quince minutos después oyó unos pasos apagados que bajaban las escaleras. Era indudablemente Luke Froy.

Harry se acercó a la ventana y miró atentamente al exterior. Hubiera jurado ver una forma obscura en la parte posterior de la calle. Siguió su marcha y observó distintamente un hombre de la estatura de Loy Rook aparecer en la esquina. Harry siguió mirando.

Le pareció ver deslizarse una sombra sobre la acera. Eso fue todo, y ya era bastante.

¡Harry Vincent sabia que la Sombra seguía la pista a Luke Froy!

## *CAPÍTULO XVI*
## *DOS QUE CAEN EN LA TRAMPA*

Sneaks Rubin obedeció las instrucciones de su amo. Había llegado a ser un habitual en los garitos del hampa. Sneaks era conocido como un hombre alegre, pero ordinariamente se mantenía muy reservado.

Ahora se dejaba ver más que de costumbre, pues recordaba que Doble Z le había dicho que el individuo a quien querían borrar del mapa de los vivos, acabaría por encontrarle.

Buscaba la compañía de gangsters a quienes conocía de antiguo y charlaba con ellos en lugares en donde podía ser observado. Su conversación tenía siempre un fin particular, un propósito definido: ¿quién había visto a Clipper Tobin antes de que desapareciese para siempre?

Sneaks era un observador atento. Cuando más enfrascado parecía en la conversación, más vigilaba cuanto ocurría a su alrededor.

Era aquella la tercera noche que llevaba aquella nueva vida, pues puso en práctica inmediatamente las instrucciones de Doble Z. En un garito de baja estofa llamado Green Moose (El Ratón Verde), le encontramos enfrascado en sus investigaciones.

Mientras estaba hablando a uno de aquellos pistoleros de profesión, notó cierto movimiento por parte de un hombre que estaba cerca de él.

Sneaks miró con el rabillo del ojo. En vez de volverse hacia él, aquel hombre lo hizo hacia el lado contrario.

El movimiento podía haber sido casual, pero llamó la atención de nuestro hombre. Sneaks Rubin sólo había visto la espalda del hombre a quien golpeara en la cabeza en la habitación de Bodine.

¡Y ahora Sneaks reconoció la misma espalda en el hombre de la mesa cercana! ¡Había encontrado a su presa!

Inmediatamente empezó a hablar a su compañero como en tono confidencial, pero lo bastante alto para ser oído por el hombre a quien espiaba.

-Escucha, Bud-dijo-. Me hubiera, gustado encontrar un torpedo tan bueno corno Clipper Tobin. Él era mi... bueno, Clipper era por sí solo toda mi banda. Créeme que no se qué hacer sin él y...

Cliff Marsland se estremeció al oír estas palabras. Sneaks se estaba expresando en la misma forma que con él lo hiciera Clipper. También el gangster muerto había empleado palabras parecidas al referirse a él.

Indudablemente Sneaks Rubin era el hombre que había dispuesto la muerte de Arnold Bodine.

Marsland conocía de vista a Sneaks Rubin, aunque era lo más probable que éste no le hubiese visto en su vida. La razón era obvia: Sneaks era un hombre de carne y hueso para los componentes del hampa, y Cliff era sólo conocido de nombre en los bajos fondos.

Además, debido a su larga ausencia, Cliff fue olvidado por la mayoría y apenas si alguno le recordaba vagamente. De todos modos se dispuso a obrar con cautela.

Continuó en la misma postura en que se hallaba, con la cabeza vuelta hacia otro lado, hasta que vió a Sneaks alejarse del sitio en que hasta entonces estuviera.

Cliff se dispuso a seguirle, pero lo hizo cuando toda clase de precauciones.

Experimentaba verdaderos deseos de enterarse de las andanzas de aquel hombre. Siguiéndole podía llegar a saber cuanto anhelaba de aquel individuo cuyo apodo estaba tan bien aplicado.

Sneaks empezó a andar como el que va a un sitio determinado, sin vacilaciones, esperando que Cliff le seguiría. Iba a conferenciar con Doble Z ¿Por qué no? En la trasera del garito podría hacerlo sin ser observado.

Aquello no haría sino despertar aun más las ganas de seguirle por parte de Cliff.

Por extraña coincidencia, estaba esperando precisamente que su jefe le llamara. Sus instrucciones ahora serían valiosas. Sneaks tenía además otro propósito.

Cuando entró en su retiro favorito hizo una seña a un hombre que allí se hallaba. Aquella seña era un gesto convenido entre aquella gentuza y quería decir: Me están espiando. ¡No lo pierdan de vista!»

Cuando Sneaks entró en la reducida habitación, cerró la puerta tras sí y esperó.

La llamada que esperaba no se hizo esperar mucho. Sneaks tomó el auricular y habló apresuradamente en cuanto reconoció la voz.

-El individuo me está siguiendo-dijo.

-¿Sabe usted quién es?-preguntó la voz de Doble Z.

-No. Puedo enterarme...

-Llévelo a casa de Loy Rook. Directamente. Es muy importante.

Sneaks dejó la habitación. Vió un hombre sentado en un rincón. El individuo a quien encargara antes de la vigilancia de Cliff le hizo una seña.

Sneaks dirigió una rápida mirada al que estaba sentado y reconoció a Cliff.

El gangster empezó a obrar y se adentró en la noche, calle arriba.

Sus sospechas no tardaron en confirmarse, pues Cliff Marsland había abandonado en cl acto el garito y le seguía a distancia.

Sneaks avanzó hábilmente. No dio a entender en modo alguno que se supiese seguido. Cruzó varias calles laterales, con la actitud de un hombre que sabe a donde va.

Cliff continuó pacientemente la persecución. No tardaría en llegar a las proximidades del edificio en que estaba la oficina de Loy Rook.

Pero durante el trayecto Sneaks Rubin pasó por un sitio en donde estaba apostado uno de los hombres de Jake Dermott, siempre de vigilancia en aquellos andurriales. Sneaks se detuvo al llegar allí.

Aquel hombre le había reconocido a su vez. Y mientras Sneaks seguía su camino lentamente hacia la guarida de Loy Rook, la noticia de su presencia en aquellos lugares no tardó en llegar a oídos del mismo Jake Dermott.

Sneaks entró en la calle posterior al edificio. Una vez ahí, ya en los lindes de la Ciudad China, Cliff Marsland empezó a preguntare sorprendido adónde irían a parar. Sabía, que Harry Vincent estaba en casa de Loy Rook.

¿Sería allí donde se dirigían?

Los agentes de la Sombra estaban siempre en contacto unos con otros a través de Rutledge Mann. Era inverosímil que Harry esperase a Cliff, pero Harry estaba siempre alerta y aquella noche, por coincidencia, podía adelantarse mucho en el descubrimiento del misterio que todos trataban de descifrar.

Cliff esperaba que Sneaks hiciese algún alto, en el canino, lo que le permitiría comunicar con Burbank, el centinela nocturno de La Sombra.

De haber sabido Cliff adónde podía llevarle la aventura, a buen seguro que hubiese comunicado con aquél antes de empezar la persecución de Sneaks Rubin. Ahora era demasiado tarde.

Sneaks se detuvo al llegar a una calle estrecha y obscura. Cliff esperó fuera de la luz, oculto tras una pila de barriles. Pudo ver al gangster acercarse a una puerta, por la que no tardó en desaparecer.

Cliff avanzó cauteloso. ¿Se apartaría de allí temporalmente para ir a avisar a Burbank? Decidió entrar, y acertó en su resolución, ¡porque de haber retrocedido en la calleja, se hubiese hallado con la desagradable sorpresa, de que los hombres de Jake Dermott le habían cortado la retirada!

Cliff ascendió los escalones pistola en mano y llegó a un vestíbulo en el segundo piso. Se detuvo allí unos segundos en la semioscuridad.

La única luz que iluminaba aquella estancia era la que entraba por una ventana abierta en la pared extrema.

Cliff se dio cuenta de que se había detenido entre dos objetos que consideró serían dos puertas. Tras una rápida inspección, pudo comprobar que se trataba de las compuertas de un armario. Cliff echó a andar envuelto casi en tinieblas y se quedó mirando ante sí, al oír una voz que le llamaba.

-¿Cliff?

¡Su propio nombre!

-¡Sí!-contestó en voz tenue, como un silbido.

-Soy Harry... Harry Vincent.

-¡Ah! ¿Es esta la casa de Loy Rook?

-Sí.

-Vengo siguiendo a Sneaks Rubín.

-¡Un hombre acaba da subir las escaleras!

-¡Entonces voy a seguirle!

Cliff Marsland continuó subiendo cautelosamente hacia el tercer piso. Por su parte Harry Vincent descendió silenciosamente hasta llegar al vestíbulo.

Una vez allí entró en la oficina y descolgó el auricular del teléfono. Le contestó Burbank y Harry le dio cuenta en pocas palabras de lo que estaba ocurriendo.

Durante su estancia en la casa de Loy Rook, Harry había observado cuanto era posible observar. Sabía que a la Sombra le era familiar aquel edificio en su totalidad. Harry no creía que existiese allí peligro para él, pero temía que no ocurriese lo mismo con respecto a Cliff Marsland.

Lo que se estaba ventilando en aquellos momentos era importante.

Precisamente por esto debía ser prudente. Se dijo que era más que probable que Cliff no hubiese dado cuenta de sus pasos a Burbank, razón por la que se apresuró a hacerlo por su cuenta.

Cuando Harry llegó de nuevo a su habitación el vestíbulo estaba desierto. El doble armario continuaba abierto y esto era una buena señal.

Tras la entornada puerta de su cuarto, Harry continuó vigilando. Se cercioró de que tenía en el bolsillo, pronta a ser empleada en el momento de peligro, su pistola automática.

Precisamente en aquel mismo instante espiaba también Cliff con atención, lo que ocurría, en torno suyo.

Había llegado al extremo superior de las escaleras. Se detuvo en el umbral de una habitación apenas iluminada. Era una antecámara amueblada a estilo chino.

Junto a la entrada pudo ver un ídolo que mostraba una mueca burlona, en su rostro aplanado. Entre dos cortinajes se dejaba entrever una puerta cerrada.

¡Por allí era, por donde evidentemente había entrado Sneaks!

¿Qué estaba sucediendo detrás de aquella puerta?

Aquella habitación parecía ejercer sobre él una atracción misteriosa.

Experimentó vivísimos deseos da penetrar en ella, deseos que acrecieron aún más al oír rumor de voces. La puerta debía ser, evidentemente, muy delgada, puesto que permitía que se oyese lo que se hablaba al otro lado.

Cliff avanzó resueltamente, y al llegar junto a la puerta, se pegó a ella para escuchar, pero a pesar de ello no pudo precisar las palabras que se pronunciaban en voz muy baja.

La habitación en que se hallaba era estrecha y baja de techo. Cliff había andado unos siete pasos para llegar junto a la puerta misteriosa. Extendiendo los brazos, pudo tocar ambas paredes. Después de permanecer escuchando algunos minutos trató de retroceder un poco.

De pronto chocó contra algo sólido y se volvió rápidamente, puesto en guardia pistola en mano. A su espalda había otra puerta exactamente igual a la que tenía enfrente.

Aquella puerta había descendido del techo silenciosamente, sin que él se diese cuenta de ello. ¡Estaba en una trampa en forma de caja, de apenas cinco pies en cuadro y de no mucho más de seis pies de alto!

Cliff se agarró a una cortina que había frente a él, pues empezaba a experimentar vahídos. ¡Era raro! Trató de sostenerse en pie, pero comprobó que pronto le sería imposible. El vértigo se adueñaba de él, y notó que la garganta se le entorpecía por segundos. Trató de gritar pidiendo auxilio, pero sólo logró emitir, tras grandes esfuerzos, un gemido inarticulado.

Cliff acabó por caer al suelo como una masa inerte. Algún gas poderoso estaba ejerciendo sobre él su obra destructora.

¡Si pudiese al menos avisar a Harry! Era ya demasiado tarde...

La pistola se le cayó de entre los crispados dedos y en el momento de perder por completo el sentido le pareció que llegaba a sus oídos, como un silbido, una voz que gritaba:

-¡Cliff! ¡Cliff!

Aun intentó, aunque inútilmente, contestar a aquella llamada. Su último pensamiento fue para la muerte. ¿Sería aquello el final?

Las palabras que Cliff oyera, su nombre repetido, no fue producto de su imaginación. Harry Vincent, que esperaba abajo, creyó que era ya tiempo de entrar en acción.

Sabía que Cliff regresaría pronto, aunque sólo fuese para darle cuenta de lo que ocurría arriba. Cansado de esperar, Harry subió a su vez la estrecha escalera.

AL igual que Cliff, encontró una antecámara con una cortina que ocultaba una puerta al fondo, ¡pero el espacio entre Harry y la puerta que le cerraba el paso era sólo de quince pies!

¡Aquel espacio para Cliff Marsland fue de veinte!

Harry, como Cliff, creyó oír rumor de conversación al otro lado de la puerta.

Eran quejidos humanos, pero no en forma de palabras. Parecía como si alguien tratase de pedir auxilio. Instantáneamente Harry se dijo que Cliff había encontrado algún tropiezo en su camino. Dio unos pasos adelante y se detuvo ante la puerta, llamando a Cliff en voz queda y nerviosa.

Oyó un ruido sordo, pero que en manera alguna se parecía a una contestación articulada. Luego reinó un silencio absoluto

¿Qué hacer?

Tal vez fuera prudente regresar al piso inferior. Buscar a Loy Rook y decirle que le parecía haber oído algún ruido arriba, y que había creído que lo mejor era dar cuenta a su amo de lo que ocurría.

Tomada esta determinación volvióse para iniciar la retirada, pero como Cliff halló el camino obstruido por una puerta que había surgido ante él de una manera misteriosa. También él estaba en una trampa en forma de caja.

Entonces comprendió lo que le había ocurrido a Cliff Marsland. ¡Su amigo había sido cazado, como él!

Harry empezó a sentirse poco firme, experimentando una sensación extraña, como de vértigo, de desvanecimiento. Trató de gritar y no pudo, y comprendió que le estaba ocurriendo lo mismo que le había ocurrido a Cliff minutos antes, ¿Se trataba de un gas venenoso?

¿Habrían sido ambos condenados a muerte?

Trató de seguir respirando, pero en vano. Apenas si se notaba el olor del gas, pero sus efectos eran evidentes y entorpecían gradualmente todos sus movimientos.

Harry se dejó caer al suelo y trató de aspirar aire fresco por la parte inferior de la puerta, pero ésta cerraba herméticamente.

No le quedaba esperanza alguna. Empezaba a perder el sentido. A pesar de la débil luz que penetraba en aquella extraña prisión, los ojos de Harry perdieron por completo la visibilidad. Lanzó un último quejido y quedó inerte.

Transcurrieron varios minutos, transcurso de tiempo del que no se dieron cuenta las dos víctimas, cada una en su prisión. En lo más alto de la escalera apareció una forma totalmente vestida de negro y que llegara hasta allí silenciosamente.

Un hombre, casi invisible en la oscuridad, se detuvo contemplando detenidamente aquel escenario de tragedia con unos ojos penetrantes que apenas si eran visibles bajo la amplia ala de su sombrero flexible.

De los hombros del recién llegado pendía una gran capa negra. Un momento permaneció inmóvil frente al ídolo chino de la entrada.

Frente a él vió la antecámara, la misma antecámara que terminaba en una puerta medio ocupa por una cortina; pero la distancia que le separaba de ésta ya no era de quince pies sino de diez.

El hombre vestido de negro permaneció unos instantes inmóvil, como fascinado, como si meditase mucho antes de avanzar.

Habían caído dos víctimas en las redes de Loy Rook, cada una de ellas en una trampa separada.

¡La tercera abría sus fauces de par en par para engullirse a la Sombra!

## *CAPÍTULO XVII*
## *LA TERCERA TRAMPA*

-¡Siga mirando!-dijo Loy Rook.

Sneaks Rubin, con el rostro repugnante resplandeciente, seguía mirando con fijeza el pequeño taburete que el chino le indicara. El mueblecillo cincelado se abría ante él como una caja. En el interior brillaban unas luces menuditas.

El dedo índice provisto de una larga uña de Loy Rook recorrió una hilera de tres luces, de las que sólo una estaba apagada, la del extremo. Señaló después a la bombilla próxima que estaba encendida.

-Él está aquí-dijo.

-¿A la entrada de la puerta?

-Sí. Aquí-y Loy Rook volvió a señalar a la primera bombilla encendida-. Estaba en la puerta de la calle. Aquí en el segundo piso. Aquí a la entlada flente a la puelta de la antecámala. Cuando entle caerá en la tlampa.

-Está esperando hace bastante tiempo -comentó Sneaks.

-Siemple espelan antes de entlal-contestó Loy Rook solemnemente-. Tal vez estará contemplando mí ídolo.

-¿Se refiere usted a aquella estatua de latón?

-Estar modelada en bronce-lo corrigió Loy Rook-. Valer mucho. Este metal valel más de doscientas liblas.

De los labios de Sneaks brotó una exclamación jubilosa. ¡Se había encendido la tercera luz! Loy Rook sonrió benignamente.

-¡El estar en la trampa!-dijo-. ¡Mira!

Y señalaba a las tres bombillas, rotulada cada una con una letra china. Estos caracteres significaban los números uno, dos y tres. Dos estaban ya encendidas. La tercera se había encendido mientras Ley Rook daba sus explicaciones sobre la materia en que se modelara el ídolo.

-¡La trampa estal celada!-aseguró el chino.

-¿Está usted seguro de que está allí?

Como contestación, Loy Rook señaló la última luz en la línea de bombillas.

-Están situadas en lelación con el piso de las trampas-explicó-. En cuanto una pelsona pisa, la luz se enciende. Si esa pelsona loglase salil, la luz se apagaría. Esto pala la plimela, tlampa. Luego ploduce la luz y la dispone pala la segunda. Ahola lo está haciendo pala la telcela.

-¿Y qué explicación tienen las otras luces, aparte de esas tres de las trampas?-preguntó Sneaks señalando otra hilera colocada encima de la anterior-. Yo creía que servían para indicar cuando llegaba alguien a la planta baja y empezaba a subir las escaleras, pero veo que aun están encendidas.

-Están dispuestas pala seguil aldiendo-contestó Loy Rook-. Muestran cuando un homble sube. Aldían cuando usted subió. ¿Recuerda que las apagué cuando usted llegó?

Sneaks hizo un gesto afirmativo.

-Pero mire aquí, Loy Rook-dijo-. Suponga que un hombre puede hacer el camino a la inversa...

-No puede hacelo-contestó Loy Rook con energía-. Usted no ha visto eso, Sneaks; pelo yo se lo demostlalé.

Oprimió un conmutador. Todas las luces de la hilera se apagaron, excepto la última.

-¿Ve usted? Él está en ya tlampa. Si alguna otla pelsona entlase allí, todas las luces se encendelían, una pol una. Si alguien descendiese las escalelas en vez de subilas, todas las luces se encendelían de otro modo... a la invelsa.

Oprimió otro conmutador.

-Ahora-anunció-, la puelta de abajo está celada. No puede entlal nadie más. Las tles tlampas están llenas. Cada una contiene un homble.

-Es usted listo, Loy Rook - declaró Sneaks-. Yo no creí que ellos fuesen tres. No sabia...

-Loy Look es muy listo-dijo el viejo mongol-. No milal con los ojos celados. Él sabe que su casa contiene un enemigo. Un joven, excelente secletalio, pelo que no tlabaja aquí a un plecio balato. La tlampa estaba dispuesta pala él. ¡Y esta noche ha caído en ella!

Sneaks miró hacia la puerta situada al extremo de la habitación. Detrás de aquella puerta estaban las tres trampas con sus víctimas indefensas.

!Dos hombres, y el que había de ser su salvador, habían caído en los cepos!

-¿Por qué no los sacamos ahora de allí?-sugirió Sneaks-. Ahora están inconscientes, ¿no es eso?

-Dos están dolmidos-dijo Loy Rook-. Uno de los que han entlado ahí, no esta dolmido.

-¡Cómo!-exclamó Sneaks-. ¡Ese es la Sombra, Loy Rook! El hombre que nosotros queríamos quitar de en medio! Si no está dormido...

-¡Está muelto!-contestó lentamente el mongol.

Todo estaba ahora claro para Sneaks. Las instrucciones de Loy Rook habían venido de alguna fuente desconocida para Sneaks. El diminuto gangster de la faz patibularia sirvió únicamente de cebo para llevar las víctimas a sus trampas respectivas.

Las dos primeras habitaciones dispuestas para los dos primeros prisioneros recibían un gas que producía el sueño. Pero no se había concedido iguales ventajas al tercer prisionero. El gas que llegaba a la tercera habitación convertida en trampa era una sentencia de muerte para el cautivo.

En el repugnante rostro del gangster se dibujó una mueca de satánico gozo.

Admiraba los procedimientos destructivos de Loy Rook. El astuto chino relegaba a un mecanismo diabólico la tarea de inutilizar a asesinar a sus enemigos según fuera su deseo.

-¡La Sombra está muerto!-murmuró Sneaks-. ¡La Sombra está muerto!

Parecía demasiada buena noticia para que fuera cierta. ¡El azote del hampa había caído al fin atrapado en la red! Sneaks sentía verdadera ansiedad por contemplar el cuerpo de su víctima. Como todos los de su calaña, temía y odiaba a la vez el nombre de la Sombra.

Durante años y años los gangsters pretendieron inútilmente deshacerse de aquel flagelo de los que estaban frente a la justicia,

¡Ahora le llegaba a su vez a la Sombra, y Sneaks Rubin había representado un papel importante en el asunto¡

Sneaks Rubin temía a la Sombra de cualquiera manera menos muerto, y tenia razón. Había oído hablar de varios criminales que lograron capturar a la Sombra, pero que no habían conseguido matarlo.

Al fin acabaron por ser ellos las víctimas, pero ninguno vivió lo suficiente para dar detalles. Aquella noche, sin embargo, era diferente.

¡El cerebro de Loy Rook había vencido al maestro del pensamiento!

-Déjemelo ver-suplicó Sneaks-: Déjeme ver a la Sombra...

-A su tiempo-sonrió Loy Rook-. Cada cosa tiene su vez. Los vivos plimelo, luego el muelto.

Echó a andar hacía la puerta del extremo opuesto de la habitación y oprimió un botón que había en la pared, el mas elevado de cuatro semejantes.

Lentamente, la puerta se abrió hacia arriba, como una pesada cortina, y desapareció en el techo. El cuerpo de Cliff Marsland yacía como un fardo en el suelo.

Sneaks lanzó un grito de sorpresa, se inclinó hacia adelante y miró el rostro de aquel hombre.

-¡Este es el hombre que derribé de un culatazo en casa de Bodine!-dijo, gozoso-. ¡Este individuo había traicionado a Clipper!...

-Atento-ordenó el chino, entregándole un trozo de cuerda resistente.

Sneaks siguió sus órdenes. Luego Loy Rook ayudó al gangster a llevar a Cliff al otro lado de la amplia habitación. En aquel lugar había una plataforma baja y estrecha. El cuerpo de Cliff fue depositado a un lado, dejando espacio suficiente para otro cuerpo.

Loy Rook oprimió el segundo botón y se abrió la habitación próxima, apareciendo a la vista el inanimado cuerpo de Harry Vincent. Fue ahora Loy Rook quien habló.

-Este homble ela mi secletalio-dijo-. He estado vigilándolo. No ela bastante sabio pala Loy Rook,

Harry fue atado y depositado junto a Cliff Marsland. Sneaks esperaba impaciente que Loy Rook oprimiese el tercer botón, pero el chino no parecía tener prisa.

-Espele –dijo-. Espele que estos dos vuelvan en sí y puedan vel el cadável de su maestlo.

Apenas había terminado Ley Rook de pronunciar las anteriores palabras cuando Cliff Marsland abrió los ojos y dirigió una mirada atónita en torno suyo. Intentó hablar, pero sus mandíbulas se negaron a todo movimiento.

Volvió un poco la cabeza y vió el cuerpo de Harry Vincent tendido junto al suyo. Un minuto después también Harry recobró el conocimiento.

Loy Rook empezó a hablar, pero ninguno de los dos podía contestarle.

-Pueden complendel-explicó el chino a Sneaks-, pero no pueden hablal. Es el efecto del gas.

El rostro de garduña del mongol se volvió ahora hacia la pared. Sneaks vió a Cliff y a Harry volver sus cabezas para mirarle. La puerta próxima estaba cerca de su radio de visión. Loy Rook colocó la mano sobre el tercer botón, y habló a los dos primeros prisioneros.

-¡Ahola-dijo-, veléis al homble a quien vosotlos llamabais La Sombla!

Y apretó el botón. La puerta empezó a ascender hacia el techo. Sneaks Rubin miraba extático hacia la abertura que iba dejando.

De pronto salió de sus labios un grito de rabia. Loy Rook, a su vez, se inclinó hacia adelante para ver mejor. Como Sneaks, comprobó entonces que habían sido burlados.

Junto a lo que fuera puerta podía verse una forma yacente en el suelo de la trampa pero no era el cuerpo de un ser humano, ni vivo ni muerto.

Mirándoles con sus brillantes ojos de metal, el ídolo de bronce, de que tan orgulloso estaba Loy Rook, parecía burlarse de los dos hombres, que lo contemplaban atónitos.

¡La Sombra había podido evitar la trampa tan hábilmente preparada por Loy Rook!

Sospechando su existencia, colocó la figura de bronce cerca de la puerta, frente a él, su peso causó el descenso de la puerta.

La Sombra quedó al otro lado del peligro. ¡El gas mortal ideado por Loy Rook se había cebado inútilmente sobre el cuerpo metálico!

## *CAPÍTULO XVIII*
## *EL POZO DE LA MUERTE*

Reinó un silencio de muerte en lo que pudiéramos llamar el santuario de Loy Rook. Sneaks Rubin estaba estupefacto. Harry Vincent y Cliff Marsland hubieran dado cualquier cosa por poder exteriorizar su júbilo.

Loy Rook miraba estúpidamente la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

La trampa que capturara dos víctimas había fracasado con la tercera. La Sombra evitó sagazmente caer en el pozo. La astucia diabólica del viejo mongol se vió burlada por la intuición del misterioso personaje vestido de negro. ¿Dónde estaba La Sombra?

Esta es la pregunta que se formulaba en aquellos momentos el cerebro de Loy Rook. El chino fue a mirar la hilera, de luces indicadoras del taburete.

La última aún brillaba. Las otras estaban apagadas. Era evidente que La Sombra no podía haber descendido las escaleras que se abrían en la pared.

Era en este punto en lo que flaqueaba la menoría de Loy Rook. Olvidaba el lapso de tiempo que siguiera a la aparición de la última luz. Tenía la impresión de que había extinguido la hilera de señales inmediatamente después de aparecer la última.

La luz seguía brillando porque el peso del ídolo gravitaba aún sobre el suelo que controlaba, actuando sobre él como un conmutador eléctrico.

Una solución se le ocurrió a Loy Rook, La Sombra debía estar precisamente al otro lado de la barrera final, detrás del ídolo.

Esperaba allí indudablemente vacilando en descender por miedo a que pudiese haber una nueva trampa detrás de aquella pared. El armario estaba ahora cerrado y no se podía abrir desde dentro.

La Sombra estaba realmente cazado en una nueva trampa, argüía Loy Rook, pero estaba vivo, y mientras estuviese vivo era peligroso.

El chino transmitió su creencia a Sneaks Rubin. El frágil gangster hizo una mueca espantosa.

-Jake Dermott y los suyos están en la calle posterior-informó a Ley Rook-, y le llenarán el cuerpo de plomo. Están esperando allí... y toda una cuadrilla.

Ley Rook asintió con un gesto. Quería terminar aquel asunto y ponerse completamente a salvo, y vió perfectamente cómo podía conseguirse este resultado.

-¿Están vigilando la puerta de la calle?-preguntó.

-Puede apostarse cualquier cosa a que están-contestó Sneaks-. Borrarán del mundo de los vivos a cualquier individuo que pretenda salir. Ni yo mismo que lo intentara escaparía a sus tiros.

-¿Dónde está Jake Dermott?

-Arriba, en la calle próxima, en el Restaurante Shanghai-contestó Sneaks-. Espera a tener noticias mías y tiene a todos sus hombres en la tarea.

-Llámele-dijo Loy, tendiendo a su cómplice un teléfono que sacó del interior del taburete.

Mientras Sneaks marcaba el número, Loy Rook le instruyó sobre lo que debía decir.

-La puelta de la calle se ablilá-explicó el viejo chino-. El y sus hombles pueden subil hasta el segundo piso. Luego se ablilá cada almalio a su vez. Plimelo estalán en el segundo piso; entonces se ablilá ante ellos la siguiente escalela. Pueden venil en línea lecta. En el camino tlopezalán con nuestlo enemigo, que se vela cogido entle ellos y la balela.

Sneaks asintió. Jake estaba al otro extremo del hilo y el gangster le repitió, palabra por palabra, lo que tenía que hacer, aun cuando no hizo mención de que aquel enemigo de que hablaban fuese La Sombra.

Sabía que el nuevo jefe de la banda tenía cierto temor hacia La Sombra.

-Es muy fácil, Jake-insistió Sneaks-. Dejamos entrar al individuo. Todo estaba arreglado...

-Los muchachos no han visto entrar a nadie-contestó la voz de Jake-. Es decir, nadie más que el individuo que te seguía.

-Es el mismo-mintió Sneaks, diciéndose que La Sombra habría pasado invisible a través del cordón de gangsters apostados por Jake Dermott-. Será fácil cogerlo, pero tendréis que trabajar de prisa.

-Bien-fue la contestación.

Sneaks cogió el teléfono y miró a Loy Rook. El astuto chino hizo una mueca de satisfacción. Iba a realizar un juego que les divertiría a él y a Sneaks Rubin.

-Aquí estamos segulos-declaró-. Esta puelta es de metal. Abajo-señaló con la mano hacia la fachada de la casa-, mi puelta tiene doble celadura, pol lo que no podemos temel ningún peliglo pol ese lado. Mientlas espelamos que le llegue la hola de molil a La Sombla, podemos vel qué nos dicen estos hombles.

Se volvió hacía Cliff Marsland y Harry Vincent. Rió al primero y miró ceñudo al segundo.

-Tú has tlatado de engañalme-dijo a este último-. No lo conseguiste. Ahola oilé lo que tengas que decilme. Dime, ¿quién es el homble a quien tú llamas La Sombla? ¿El que te envió aquí?

Harry había recobrado el uso de la palabra, pero apenas podía hablar con alguna coherencia. Contestó a Loy Rook diciéndole que no pensaba pronunciar una palabra más, Loy Rook miró a Cliff y obtuvo una respuesta parecida.

-¿No hablalés?

El viejo mongol miró burlonamente a los dos hombres indefensos. Fue a uno de los lados de la habitación y tiró de una cuerda que colgaba de una colgadura.

Apreció una abertura junte al tablado en que estaban tendidos Harry Vincent y Cliff Marsland. Los prisioneros se hallaban en el borde de un pozo insondable.

-Milad abajo-dijo Loy Rook a Sneaks Rubro.

El gangster echó una mirada al abismo e hizo una mueca. Allá lejos, abajo, pudo ver el reflejo de unas aceradas puntas dirigidas hacia arriba. ¡Una caída mortal desde una altura de tres pisos! ¡Un fin ideal para aquellos traidores!

-¡Echémoslos abajo!-rugió Sneaks.

-Plimelo déjalos hablal-contestó Loy Rook, con una sonrisa diabólica.

Y miró expectante a los dos infelices; éstos continuaron tranquilos. Sabían el terrible fin que les aguardaba y se decían que La Sombra sería incapaz de salvarlos. Sin embargo, Harry y Cliff habían ya visto anteriormente la muerte cara a cara y no les asustaba.

-¿Qué, no hablaléis? - preguntó Loy Rook.

No obtuvo contestación.

El mogol agarró una cuerda que pendía sobre la plataforma.

-Cuando tile de esta cuelda-dijo-, la tabla soble la que estáis se volvelá hacia abajo y entonces podléis vel la muelte que os agualda... pelo la veléis cuando hayáis iniciado el viaje de descenso.

Hizo una pausa para sonreír diabólicamente al hablar con Sneaks.

-Esto fue anteliolmente un ascensol-dijo, secamente-. Ahola tiéne un empleo mejol.

Sneaks estaba como en la gloria. Amaba la muerte... para los demás, y siempre que él, por su parte, estuviese fuera de peligro.

Apuntó hacia la cuerda e hizo un gesto incitando al chino a tirar de ella. Loy Rook esperó unos segundos más, con la mano en la cuerda y sin perder de vista a sus víctimas, pero ni Harry ni Cliff despegaron los labios.

Los dedos de Loy Rook apresaron del todo la cuerda mortal. Harry cerró los ojos instintivamente; pero volvió a abrirlos en el acto. No quería dar a aquel monstruo el placer de que viese que tenía miedo, por lo que deliberadamente miró hacia donde se hallaba Loy Rook.

Al hacerlo, sus ojos descubrieron un movimiento en los cortinones que ocultaban la puerta de entrada al santuario. La mano de Loy, ciñendo nerviosamente la cuerda, estaba a punto de tirar de ella...

Se oyó una detonación que provenía de la puerta y un fogonazo atravesó la estancia. El brazo de Loy cayó inerte y la cuerda escapó de sus dedos.

Harry vió balancearse la cuerda cuando la mano del chino cayó sin fuerza para sostenerla. ¡Su tirón falló en el preciso instante en que la bala le atravesó la muñeca!

Lanzando un grito de ira, el viejo chino se volvió rápidamente y alzó el otro brazo para alcanzar de nuevo la cuerda. La intención de Loy Rook era hacerlo antes de que otro disparo lo evitase, pero la pistola de detrás de la cortina era demasiado segura para permitírselo.

Sonó otra detonación y la bala fue a incrustarse en el hombro de Loy Rook.

El chino, perdido el equilibrio, se tambaleó a causa de fuerza del proyectil que se adentrara en su cuerpo. Trató de salvarse, pero todo fue inútil.

Sus pies resbalaron en el borde del pozo, agitó desesperadamente los brazos en el aire y, lanzando un aullido de terror, se precipitó en el abismo de la muerte que tan diabólicamente preparara para sus enemigos.

Fue entonces cuando Harry cerró los ojos. Aquella terrible caída era espantosa. Loy Rook, ensartado en las puntas aceradas, lanzaba gritos de agonía. Se oyeron dos prolongados aullidos... y nada más. Pero aún el pensamiento de la sentencia de muerte que el monstruo había dictado contra ellos trajo un ramalazo de angustia al pensamiento de Harry.

Sneaks había quedado como petrificado, pero pronto se recobró, dispuesto a actuar Se alejó bastante de las cortinas, dirigiéndose hacia el estrecho pasadizo que llevaba a la puerta de acero, por donde intentó escapar.

Para ello oprimió el botón de la pared y se precipitó por la abertura producida.

La pistola de La Sombra volvió a rugir, pero esta vez falló el blanco, porque Sneaks había logrado traspasar el quicio de la abertura.

Este nuevo disparo provocó una réplica amplia desde el otro lado de la puerta. Jake Dermott y sus asalariados pistoleros habían llegado en aquel momento.

No reconocieron a Sneaks Rubin y sus balas fueron a enterrarse en el cuerpo del repugnante bandido, que cayó corno un fardo atravesado el corazón por media docena de proyectiles.

Jake Dermott, con visión perfecta, divisó un penacho de humo en la habitación, junto al pasadizo, y sin esperar a ver a quien habían matado sus hombres, se precipitó en aquella dirección.

Cuando se halló en el interior del santuario de Loy Rook, vio que el humo salía de detrás de la cortina. Levantó su pistola e hizo fuego, pero en el momento en que su dedo oprimía el gatillo una bala de la pistola de La Sombra le hizo rodar por el suelo y su bala alcanzó la pared por encima de la cortina.

Los hombres que le seguían, tres en total, habían visto la dirección de la puntería de su jefe. Dos de ellos apuntaron a la cortina, mientras el otro, viendo a los dos primeros tendidos sobre la plataforma lo hizo en esta dirección. La Sombra, sin embargo, fue más rápido que él.

Las acciones se sucedían con la velocidad del relámpago en aquel hombre privilegiado. Había logrado atravesar la puerta y su mano izquierda hizo manipular el conmutador de la luz.

Cuando la habitación se encontró sumida en las tinieblas, los dos hombres dispararon a aquella forma negra flotante, pero en el momento en que flameaban sus pistolas, lo hacía la de su enemigo al otro lado de la habitación.

El hombre que pretendía disparar sobre Harry y Cliff tuvo una vacilación que le perdió, y cayó de bruces alcanzado por el disparo. Su caída tuvo aún peores consecuencias, puesto que su cuerpo se dobló sobre el borde del pozo y a poco se había reunido en la eternidad con los despojos del viejo mongol.

Su último alarido de terror y de agonía se oyó por encima del estruendo de las detonaciones.

Los hombres de Jake Dermott disparaban ahora con menos intensidad.

Conocían las tretas de los gangsters, que se agachan cuando pelean en la oscuridad pero La Sombra adivinó su maniobra. Instantáneamente después de haber disparado sobre el bandido que cayera al pozo, el hombre vestido de negro saltó sobre una pesada mesa que había en un rincón de la estancia.

Las balas que partieron casi del nivel del suelo erraron el blanco completamente. Su contestación fue más certera a pesar de la oscuridad.

Un silencio absoluto reemplazó al estruendo de los disparos. Hízose la luz y La Sombra apareció detrás de la cortina de la puerta.

Los dos hombres que quedaban de los que acompañaban a Jake Dermott yacían heridos, con las pistolas descargadas junto a ellos. El gran jefe, el «invencible» Jake, había muerto. Sus propios hombres, después de matar a Sneaks Rubin, lo habían acribillado a balazos en la oscuridad.

Sin fijarse siquiera en los pistoleros fuera de combate, La Sombra halló la cuerda que sirviera para abrir la puerta que cerraba la trampa practicada en el pavimento. La desató y el pozo quedó cerrado. En pocos segundos Harry y Cliff se hallaron libres de sus ligaduras por intervención de La Sombra.

Detrás de La Sombra siguieron a tientas su camino por las escaleras del pasadizo secreto. Sólo se detuvieron al hallarse cerca de la calle.

Los brazos de su salvador se alzaron un segundo en el aire y cayeron con violencia fulminante sobre un gangster estacionado en la puerta. El atacado se derrumbó, quedando sin sentido por la misma fuerza de la caída.

La Sombra empujó a Harry y Cliff hacia la calle. Siguiendo su iniciativa se dirigieron rápidamente hacia la esquina. Estaban solos, avanzando con completa libertad para hurtare a la vecindad de aquellos parajes en los que la policía o los gangsters pudieran hacer su aparición.

Mientras avanzaban uno junto a otro, llegó a sus oídos un extraño sonido que encontró eco favorable en las paredes de la calleja.

¡Era una risa burlona, una risa sardónica, la risa triunfal de La Sombra!

Una vez más había salido victorioso. Tras sospechar la trampa preparada para él por Loy Rook, colocando el ídolo chino en el lugar destinado, provocó el cierre de la trampa y tuvo tiempo de huir rápidamente antes de que el chino cerrase las puertas que conducían a aquella antesala de la muerte.

El hombre que se reía de las cerraduras logró entrar en el santuario del tercer piso franqueando la doble puerta que incomunicaba las escaleras.

¡Con su llegada imprevista habían fracasado por completo los planes diabólicos de Loy Rook y Sneaks Rubin!

## *CAPÍTULO XIX*
## *LA ASTUCIA DE CARDONA*

Dos días después de la batalla librada en casa de Loy Rook, por la mañana, el detective José Cardona sostenía una animada conversación con el inspector Timothy Klein.

Los dos policías cambiaban impresiones sobre la conmoción que produjera entre las gentes del hampa la muerte de Jake Dermott, el caudillo que sustituyera a Dave Markan.

Lo ocurrido en la casa del viejo mongol adquirió un grato relieve.

Proporcionó abundantes detalles emotivos a los reporteros, que hicieron olvidar momentáneamente los métodos insidiosos de Doble Z.

El inapresable bandido pasó a segundo término en la atención pública gracias a la Prensa. Jake Dermott no era una figura notable en los bajos fondos, y en cuanto a Sneaks Rubin era de escasa importancia.

A pesar de esto, Doble Z no hubiese dejado de enviar uno de sus predilectos mensajes de haber sabido que aquellos asesinatos iban a perpetrarse.

Tal vez Doble Z empezaba a mostrarse cauto. Difícilmente sabía José si debía mostrarse alegre o descontento.

-¡Creo que se ofrece oportunidad para dar con mi hombre!-dijo al inspector Klein-. ¡Con sólo que intente obrar una vez más... creo que lograré saber algo sobre él!

-¿Lo cree usted así?-dijo burlonamente Klein-. Bien José. ¡Haría usted mejor en cogerlo si enseña otra vez la nariz!

La contestación no era muy consoladora para el as de los detectives. Cuando se separó de su compañero podía verse cierta turbación en sus ojos.

Algo hizo sospechar a José Cardona que Doble Z tenía que ver en aquella pelea descomunal librada en casa de Ley Rook, en la que cayeron tres de los más importantes agentes especiales del loco asesino, Dermott, Rubin y el viejo chino, habían encontrado la muerte al intentar medirse con La Sombra.

Se había producido un conflicto importante de fuerzas invisibles y los más célebres detectives de Nueva York no encontraron una sencilla pista.

-Doble Z-murmuraba para sí Cardona, sentado ante la mesa de su despacho oficial-. ¡Doble Z! ¿Entrará otra vez en funciones?

En aquel momento repiqueteó el teléfono. Cardona contestó a la llamada y oyó una voz extraña, ansiosa, al otro extremo del hilo, que preguntaba por él.

-Cardona al habla-dijo José-. ¿Quién está al aparato?

-Matthew Wade-contestaron.

El detective dio un respingo al oír el nombre. ¡Uno de los principales multimillonarios del país! Un hombre de gran influencia y de tremendas disponibilidades, heredadas la mayoría y acrecentadas después en especulaciones afortunadas.

-¿Qué desea usted de mí?-preguntó Cardona.

-Venga a verme-contestó Wade-. Estoy en mi casa de la Avenida Cincuenta.

Cardona conocía la casa. El millonario vivía aún en una costosa vivienda que perteneciera a su familia. El detective no perdió tiempo en fútiles explicaciones. Oyó las instrucciones finales de Wade, de que la visita fuese absolutamente confidencial, y se puso en camino.

El detective, al llegar a la mansión de Wade, fue introducido en un lujoso fumadero en el que esperaba el multimillonario.

Miró a Matthew Wade con respeto. No tendría aquel hombre mucho más de cuarenta años. Era alto y ancho de hombros y tenía todo el aspecto de un deportista.

Matthew Wade había cazado tigres y elefantes en la India y recorrido las selvas vírgenes del Sur de África. Era hombre de todos los países y de riquezas ilimitadas.

A despecho de lo indolente de sus maneras y de lo fácil de su vida, mostraba signos evidentes de un poder latente y de una personalidad dinámica.

Lo que más impresionó a Cardona fue la expresión que se dibujaba en el rostro de Matthew Wade. Trataba de parecer indiferente, pero se notaba que su salud estaba algo quebrantada. Parecía debatirse bajo el imperio del miedo.

-¿Ha hablado usted con alguien acerca de esta visita?-inquirió recelosamente Wade.

-A nadie-contestó Cardona.

-Bien-respondió el multimillonario-. Entonces podemos hablar.

Dio unos cuantos paseos de un lado a otro de la estancia y, por último, se detuvo frente a Cardona, a quien habló en esta forma:

-Lo que voy a decirle puede constituir un trastorno para mí... y un trastorno para otras personas. ¿Qué piensa usted de esto?

Sacó un papel de uno de sus bolsillos y se lo entregó a Cardona. El corazón del detective aceleró sus latidos. Reconoció aquellos caracteres inconfundibles de la máquina de escribir y la firma jeroglífica estampada al pie. El mensaje decía así:

«¡Usted será el próximo! A menos de que pague un millón de dólares, puede darse por muerto. Las instrucciones vendrán después. ¡No diga nada a nadie!»

-¿Es de Doble Z?-preguntó Wade.

-Sí-contestó Cardona.

El millonario se dejó caer en una silla y se enjugó la sudorosa frente, tras lo cual fijó en el detective una tímida mirada.

-Estoy inquieto-admitió-. No quiero morir. ¡Puedo perder un millón, pero ser amenazado y víctima de un chantaje por un loco! Asesinado, tal vez...

Cardona estaba confuso. Deseaba prometer protección a Matthew Wade, pero conocía demasiado el poder de Doble Z. Sólo en raras ocasiones, en los primeros meses de su correspondencia, había fracasado en sus predicciones.

Ahora, el desconocido se había convertido en asesino... Cardona no olvidaba los casos de Caulkins y Farmington, y permaneció silencioso.

-Debemos capturarlo y acabar de una vez con él-dijo Wade, enfáticamente-. No me importa el dinero si usted puede ayudarme, Cardona.

-Es mi deber ayudarle-contestó el detective.

-Ese hombre debe ser muy astuto-dijo Wade-. Astuto, aunque sea un loco. Es un asesino. Mató a Farmington. Un buen amigo mío. Y voy a confesarle a usted una cosa-continuó el multimillonario, en tono confidencial,-¡no me extrañaría que hubiese sido él quien mató al juez Harry Tolland!

Esta declaración impresionó a Cardona. Retrocedió en el pensamiento a las palabras de Caulkins dichas a su editor por teléfono en el mismo instante en que el reportero encontró la muerte.

Hasta entonces Cardona había considerado aquella declaración como fantástica, pero ante la sugerencia de Matthew Wade la cosa cambiaba de aspecto.

-El juez Tolland era amigo mío-continuó Wade-. Sé que era un hombre honrado. Hubo varios casos de gangsters que llegaron hasta él. Tal vez alguno de ellos estuviese en relación con Doble Z. Jamás he podido comprender la desaparición de Tolland hasta ahora, pero al ver cernirse esta amenaza sobre mí, puedo explicarme que un hombre ansiase ante todo su libertad y huyese.

Cardona recordó súbitamente que el juez Tolland estaba practicando investigaciones criminales por la época de su desaparición. Algunas de éstas se referían a individuos de la cuadrilla de Dave Markan.

Corrieron rumores de que Tolland había escapado con dinero, y era cierto que las investigaciones cesaron en cuanto desapareció el juez.

-He querido confiarme a usted, Cardona -dijo Wade-, pero ya sabe usted que la policía ha sido incapaz de descubrir el paradero de ese individuo.

-Empezaremos porque no se enteren de la amenaza los periódicos...-empezó Cardona.

-No creo prudente silenciarlo-le interrumpió Wade-. La publicidad podía ayudarnos más que el silencio, según mi punto de vista. Quisiera librarme de la zarpa de Doble Z. Si yo...

-Puede usted abandonar la ciudad-sugirió Cardona-. Partir para uno de sus viajes a ....

-Podía ser seguido. Hay que hacer algo más que eso. Necesitamos burlar por completo a ese hombre. Si se simulase que yo había muerto...

Cardona reflexionó unos instantes. Deseaba ante todo ser útil a Matthew. La última sugestión de éste le pareció oportuna.

-Si estuviese usted muerto-dijo al fin, empleando la frase del multimillonario-, no tendría que tener miedo de Doble Z. De momento, al menos. Su muerte es lo que él desea, toda vez que no puede apoderarse del millón. Usted nos ha dado hoy un indicio. AL menos ya sabemos que lo que busca ese tipo es dinero. Pero, como digo, si estuviese usted muerto... si él pensase que usted estaba muerto...

Matthew Wade se reanimó súbitamente.

-¡Ha dado usted en el clavo, Cardona! -exclamó-. ¡Finjamos mi muerte! ¡Hagámosle creer que he muerto!

-Eso será difícil-musitó Cardona.

-Puedo hacerlo-dijo Wade, con presteza-. Puedo hacerlo perfectamente, pero usted tiene que estar de acuerdo conmigo, porque volveré después.

-¿Y cómo se las va usted a arreglar?-preguntó Cardona.

-Escuche-dijo Wade-. Yo tengo un gran aeroplano, un Lockwood Aryan, que vuela a doscientas cincuenta millas por hora. Puedo salir para Florida con mi piloto, seguir la línea de la costa y desaparecer...

-Le comprendo-dijo Cardona-, pero, ¿dónde...?

-¿Dónde aterrizaré?-rió Wade-. Tengo un campo de mil acres en California del Norte. Un campo de aterrizaje que los nativos aún no conocen. Puedo confiar en mi piloto. Aterrizaremos allí y permaneceré escondido hasta que usted me avise que ha dado con el paradero de Doble Z.

-Trabajaré activamente-contestó Cardona-. Pondré cuanto esté de mi parte. Pero sus negocios aquí...

-¡Eso es muy fácil! -exclamó Wade-. Yo tengo costumbre de viajar con frecuencia. Saldré inesperadamente para Florida. Nadie sabrá nada de este viaje hasta que me haya marchado. Puedo haber emprendido un largo viaje. Mi aeroplano se habrá perdido en el mar presumiblemente. ¿Qué sucederá aquí?

-Yo defenderé sus bienes-dijo Cardona.

-No es ese el camino-contestó Wade-. No encontrarán mi cuerpo. No se probará que yo haya muerto. Esperarán tranquilamente.

»Mientras tanto usted puede tener a ese Doble Z vigilado. Si cae en una trampa y puedo regresar sin cuidado, avíseme. Yo viviré tranquilo y Doble Z pensará que la muerte le ha robado una víctima.- El multimillonario empezó a reír entre dientes. Había cambiado su aspecto total. Cardona tuvo frases de admiración para su plan, especialmente porque él había sido su fiador.

-¿Estamos de acuerdo?-preguntó Wade, tendiéndole la mano.

-Sí-contestó Cardona, estrechándosela.

-Guárdese la carta-dijo Wade-. Consérvela como prueba fehaciente. ¡Ni una palabra a nadie, pues mi vida depende de ello!

-Puede usted contar conmigo-dijo Cardona y Wade pudo comprender lo que aquello significaba, puesto que el detective era un hombre de acción.

-Es usted la única persona de quien puedo fiarme-dijo solemnemente el millonario-. La única persona... si excluimos a mi piloto, y éste estará conmigo.

-Perfectamente-murmuró Cardona.

De regreso a la Delegación aun sonaban en los oídos de José Cardona las frases de agradecimiento del multimillonario por haberle facilitado la conclusión de su magnífico plan de salvación.

Habían concluido los últimos detalles. Cardona guardaría el más impenetrable secreto y esperaría las órdenes de Wade para entrar en acción.

El millonario recobraba la confianza, había demostrado cierto gesto de gallardía

-Tal vez pueda regresar antes-le había dicho al despedirse-. De incógnito, como comprenderá. Si lo hago, el único sitio que visitaré será su despacho. Me gusta el peligro. Cardona, si me brinda la ocasión de estudiarlo, y puedo hacerlo mejor en California del Norte que aquí.

Ya bastante pasada la media noche, un pequeño cupé salió de una de las puertas laterales de la vivienda de Matthew Wade y se dirigió a un aeropuerto de Long Island. Una vez allí el millonario subió a bordo de su aparato.

Se puso en marcha el motor y el avión alzó el vuelo y tomó rumbo a la costa de Jersey.

Sólo unas pocas personas que estaban presentes en el momento de la partida sabían quien iba a bordo. La noticia no tardó en divulgarse y fue un motivo de comentario para los periódicos. Matthew Wade había salido súbitamente de Nueva York

José Cardona estaba entre las personas que vieran salir el avión. Respiró como quien se hubiera quitado un peso de encima, cuando vió en seguridad a aquel hombre.

Creía ser el único que estaba en el secreto de aquella marcha precipitada, pero se equivocaba. Otro observador había visto partir al aeroplano, un hombre que llevaba un abrigo negro muy largo, con el cuello subido y un gran sombrero de alas anchas.

Aquel hombre estaba en pie en último término cuando el aparato empezó a elevarse. Cuando el avión adquirió toda su velocidad y ya iba perdiéndose en la lejanía, dejó oír una risa extraña, sardónica.

Era uña risa fantástica y melancólica, ¡De haberla podido oír, aquella risa hubiese sobresaltado a José Cardona, que ya la oyera anteriormente, porque aquel sonido extraordinario, era la risa de la Sombra!

¿Cómo había llegado a aquel paraje el misterioso hombre de la noche? Sólo él lo sabía. Su presencia allí probaba que siempre estaba alerta, que a merced de propias observaciones o a las de sus agentes, había llegado a enterarse de la visita de Cardona al domicilio de Matthew Wade.

Pero el detective ni sospechó la presencia de la Sombra. El hombre vestido de negro era apenas visible en el campo sumido en tinieblas, sobre el cual empezaba a esparcirse la tenue claridad del amanecer. Su risa pasó también inadvertida gracias al zumbar del motor.

## *CAPÍTULO XX*
## *EL TRIUNFO DE CARDONA*

Un apergaminado viejo estaba sentado en una reducida habitación, mirando con fijeza las curvas orillas del Harlem River. Se hallaba en un verdadero observatorio, el tercer piso de un edificio situado en la orilla del Bronx.

En la mesa escritorio que había ante él podían verse varios montones de periódicos.

El viejo reía alegremente mostrando al hacerlo sus encías desdentadas. Se comprendía que estaba gozoso en extremo. Cogió uno de los periódicos y leyó sus llamativos titulares. Apoyó la cabeza en la mesa y rió convulsivamente.

Los titulares que tan hilarante resultado producían sobre el vejete, se referían a la muerte de Matthew Wade. El famoso millonario se había extraviado en el mar con su aeroplano.

Pero era la redacción de este título lo que producía al viejo aquella alegría desbordante. Aquella especie de mensaje de ultratumba destinado a recorrer el mundo entero, decía así:

«WADE VICTIMA DE UNA INTRIGA DE DOBLE Z»

Cuando el viejo estaba en el paroxismo de su hilaridad sonó un zumbido. La repugnante criatura oprimió un botón en una de los lados de su escritorio.

Realizó esta operación con el pulgar mientras una porción de la pared se corría hacía un lado. Por la abertura hizo su entrada un nombre de poca estatura. El viejecillo alzó el pulgar del botón y la pared volvió a recobrar su aspecto normal. El hombre que acababa de entrar era Luke Froy, el chino americano

Sentóse Luke junto a la mesa y esperó a que el viejo terminase de reír. Cesó el último espasmo y aquella calcomanía miró fijamente al visitante.

-He seguido sus instrucciones, señor-dijo el visitante.

-¿Ha enviado usted por correo una carta?

-Sí, míster Shellmann.

El viejo adquirió un aspecto solemne y cogió un sobre que había encima de la mesa. Ostentaba, el nombre de Zachary Shellmann impreso con letras primorosas. Shellmann rompió el sobre en pedazos que quemó cuidadosamente.

-¿Está todo seguro, Luke?-inquirió formalmente.

-Sí, señor. Por supuesto que lo ocurrido en la casa de Loy Rook es aún una fuente de sinsabores para mí...

Luke Froy notó una expresión de enojo en el rostro de Zachary Shellmann y se apresuró a tranquilizar al viejo.

-Ha sido un mal asunto, eso es todo-dijo-. La policía no tiene la más leve sospecha de mi intervención en el suceso.

-Está bien-exclamó el viejo con satisfacción-. Está bien. Mire esto, Luke-y entregó el periódico al chino-, y léamelo. Quiero oírlo leer...

Luke Froy leyó lo siguiente:

“Matthew Wade ha sido asesinado por Doble Z. Otra vez ha fracasado la policía. El detective José Cardona confiesa haber recibido un mensaje de Doble Z. Asegura que creyó prudente guardar secreto sobre este extremo, precisamente para proteger a Wade. Dicha carta fue recibida en la Delegación el lunes por la mañana.

“Veinte horas justas después, mientras Wade y su piloto volaban en dirección Sur, todas las redacciones de los periódicos de Nueva York recibían un duplicado del mensaje que fuera enviado a Cardona. En vista de esto, huelga decir que la desaparición del aeroplano ha sido producto de una trama diabólica de Doble Z...

Mientras el viejo, echado hacia atrás, se deleitaba oyendo este relato, como un chiquillo ante un juguete nueva, Luke continuó leyendo:

“...y a menos de que José Cardona pueda hallar la fuente de esos mensajes antes de mañana a media noche, será encargado de este caso un nuevo detective. Es de sobras sabido que el fracaso de Cardona ha comprometido su tarea.. Los que están enterados del asunto aseguran que la carrera del brillante detective ha llegado a su ocaso.”

Una nueva explosión de júbilo acometió a Zachary Shellmann, que hizo leer y releer varias veces el pasaje que tanto le había divertido.

Por fin logró el vejete recobrar el dominio de sí mismo.

Luke Froy volvió la cabeza a otro lado para evitar que el viejo viese la mirada de compasión que había aparecido en sus ojos.

-Es mal negocio-dijo Shellmann-. De todos modos, según ha leído en el periódico el servicio secreto está practicando averiguaciones. Ya lo hicieron antes. No soy persona grata para ellos, Luke.

-No pueden averiguar nada-dijo el chino.

-Lo supongo-contestó el viejo mirando hacia la ventana-. ¿Echó usted cada carta en distinto buzón, Luke?

-Sí, señor.

-El paquete que recibió usted hace algún tiempo, el que contenía el veneno de Loy Rook, no lo echó usted al correo, ¿verdad, Luke?

-No, señor. Ya le dije entonces lo ocurrido. Dejé la caja de li-shun en los primeros escalones de la casa deshabitada de la calle 98 y regresé aquí inmediatamente, como usted me había indicado.

-Ahora lo recuerdo, Luke-dijo el viejo, con un tono de voz súbitamente cambiado-. El pobre Loy Rook ha muerto. Era un buen amigo mío, Luke. Le conocí en Shanghai hace treinta años. Fue en aquel tiempo cuando le adopté a usted, Luke.

-Sí, señor.

-Me había ayudado cuando los tiempos eran duros, hace dos años, Luke. Después usted vino a ocupar su sitio a mi lado... ¡ah! ¡Ese fue el principio de esta vida maravillosa!

-Sí, señor.

-Cuando yo digo: ¡Matar!, hombres muertos. ¡Ja, ja, ja!-la voz del vejete se perdió a lo lejos en una carcajada histérica y una vez más le acometió un espasmo convulsivo, hasta que al fin logró dominarse de nuevo y otra vez empezó a hablar con la misma solemnidad anterior.

-La última carta la mandó usted por correo a la Delegación de Policía, ¿verdad, Luke?

-Sí, señor.

-¿Qué dirá ese absurdo detective cuando la lea?

Luke Froy se encogió de hombros por toda contestación.

-¡Temerá enseñársela a nadie! ¡Temerá guardar para sí su contenido! ¡Ja, ja, ja!...

Cuando el nuevo acceso hubo pasado, el estrafalario viejo quedó muy serio.

Se dirigió a uno de los rincones de la habitación donde había un par de auriculares y un aparato telefónico transmisor. Se caló los auriculares y colocó el receptor ante sí. Miró el reloj y esperó. Luke Froy estaba hablando.

El viejo vió moverse sus labios y se quitó los auriculares.

-¿Qué es ello, Luke?-preguntó secamente-. No me interrumpa...

-No espera usted mensaje alguno hoy, señor... ¿No recuerda usted...?

-¡Ah, sí! Usted lo recuerda todo. Pero-murmuró inquieto el viejo-, ¿está seguro de que toda va bien? ¿Toma usted todas las precauciones para ir y venir? ¿Está seguro de que no...?

-Empleo todas las precauciones, señor. No fui a casa de Loy Rook más que aquella noche, como usted me ordenó. Tomo todas las seguridades cuando deposito las cartas en correos.

-Muy bien-dijo el viejo-. Es usted insustituible, Luke. Es usted un hombre leal, lo ha sido siempre, Luke.

-Ha sido usted muy bueno conmigo, señor.

-¡Ah, sí! Tal vez. Pero es usted leal. Me ha ayudado en mi gran tarea. Me ha ayudado lealmente. Me ha traído todas las cartas que me venían dirigidas. Ha echado al correo todas las que debían ser enviadas. Todos los sobres han sido destruidos. Este último acabo de quemarlo, como ha visto, y no habría podido hacerlo de no estar en mi escritorio. Soy muy olvidadizo, Luke. Me voy volviendo viejo. También yo fui joven un tiempo y vi muchas cosas. Sobre todo en China, cuando usted era un muchacho.

-Usted vió a mi padre muerto.

-Sí. Tuve que verlo sin poder hacer nada cuando fue decapitado en unión de otros veinte. Luego le adopté a usted, Luke, y vino conmigo a todas partes. Fui un padre para usted, Luke.

-Lo ha sido usted, señor.

-Luke-dijo el viejo con una expresión de seriedad en sus arrugadas facciones-. Luke, usted no puede permanecer aquí. Váyase y mire si todo está bien. Hay que colocar barras de hierro en la puerta de acero de su habitación. Siga portándose así siempre.

El chino obedeció la indicación, fue hacia la pared. El viejo oprimió el botón mientras su ayudante atravesaba la abertura. Luego cerróse la pared y el viejo se quedó mirando hacia la ventana.

Empezaban a esparcirse las sombras del crepúsculo. Brillaban los faroles en el Harlem. Shellmann atravesó la habitación y fue a acodarse en el antepecho de la ventana.

Volvió después de un rato hacia el interior de la habitación, corrió una cortina sobre el hueco de la ventana e hizo funcionar el conmutador de la luz.

Hecho esto extrajo un pequeño revólver de uno de los cajones de su mesa, y se sentó ante el escritorio con el arma preparada.

-Esta noche-murmuró esperanzado-. ¡Esta noche, dos más! Morirán... como aquellas cabezas que se separaron del tronco en Shanghai! Pero necesito estar alerta. El peligro acecha en la oscuridad. Puedo confiar en Luke...

Su voz fue extinguiéndose lentamente, Su cabeza empezó a inclinarse hacia adelante. La mano que sostenía el revólver quedó lacia sobre la mesa y su cabeza de mechones grises descansó sobre el brazo. El viejo se quedó dormido tranquilamente.

En la Delegación de Policía, José Cardona paseaba de un lado para otro, golpeando alternativamente con el puño cerrado de una mano contra la palma de la otra.

-¡Doble Z!-gruñía entre dientes-. ¡Si me dieran una sola ocasión! El asunto es esta noche. Bien, estaré vigilante. Los hombres dentro de la casa. Nadie sospecha esta última carta... Es muy natural el que yo tenga gente de guardia en casa de Wade...

»Piensan que Wade ha muerto. Si les dijese otra cosa salvaría la piel. ¿Pero qué sucederá si se lo digo? Wade seria una presa de Doble Z. Voy a tener una probabilidad de acabar por mí mano con Doble Z, de matarlo con mi propia mano...

Cardona fue repitiendo palabras que no podía olvidar. Golpeó con más fuerza el puño contra la palma de la mano y gritó en voz alta:

-¡Si pudiese adivinar tan sólo una cosa en estos instantes! ¡Sólo una cosa!-y se paseó como un loco de un lado a otro de la habitación-. ¡Si pudiese adivinar nada más que de dónde proceden estas cartas!...

Se detuvo para mirar como alelado a un hombre que acababa de entrar en la oficina Era el mismo hombre que fue un día a verle diciendo ser Terry Blake, del servicio secreto.

-Tal vez yo pueda ayudarle-dijo el recién llegado.

-¿A hallar la procedencia de las cartas de Doble Z?-preguntó burlonamente Cardona.

-Sí.

-¿De dónde provienen?

-Puedo llevarle a usted allí.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo.

-¿Cuántos hombres necesitaré llevar?

-Traiga dos.

Cardona cogió febrilmente su sombrero.

-Un momento-dijo Blake-. ¿Ha recibido alguna nueva carta?

Cardona recordó en aquellos momentos un detalle. Tom Mallory había dudado que Terry Blake estuviese en la ciudad.

José volvió la cabeza hacia otro lado y procuró dar a su rostro una expresión de seguridad para que no traicionase sus íntimos pensamientos y pudiese hacer comprender a Terry Blake lo que deseaba mantener en secreto.

-No ha venido nada-dijo tranquilamente al volver la cara hacia Blake-. ¿Por qué?

-Porque pensaba si habría algún otro servicio más urgente que este que acabo de sugerirle.

-Nada puede ser más importante que esto.

José Cardona cogió el teléfono y llamó a dos de sus detectives, que no tardaron en llegar. Los cuatro hombres se dirigieron apresuradamente a uno de los autos de la policía.

-¿Adónde vamos?-preguntó Cardona.

Blake le dio unas señas en el Bronx.

Cuando el auto arrancó en dirección hacia el Norte, empezó a pensar en su acompañante. Las maneras de aquel hombre le recordaban las de alguien.

Allí, en la oscuridad, el parecido era más pronunciado. Se parecía a un hombre... a un hombre a quien encontrara una noche... un hombre que...

Antes de que Cardona hubiese confirmado sus sospechas y establecido la identidad, empezó a hablar Blake. De haber seguido pensando unos segundos más, Cardona hubiese acabado por comprobar que Blake le recordaba a la Sombra, pero la interrupción desvió sus pensamientos.

-Mis hombres han estado vigilando estos parajes-decía Blake, sin especificar quiénes eran sus hombres-. Yo mismo he estado por aquí dedicado a la misma tarea. Hubiéramos podido terminar el asunto, pero eso no es tarea mía. Yo trabajo particularmente y la captura le corresponde a usted, Cardona.

-Gracias-dijo el detective-. Me hacía falta. Mi prestigio pende ahora de un pelo.

El auto cruzaba en aquel momento el río Harlem y se detuvo en un lugar indicado por Blake. Los cuatro hombres se apearon dirigiéndose hacia una vieja casona. Cardona empezó a pensar otra vez.

La facilidad con que Blake se movía era sorprendente. Llegaron a una puerta lateral. Blake sacó una llave y abrió la puerta.

-Deje los hombres aquí hasta que les llamemos-dijo Blake.

Cardona le siguió escaleras arriba. AL llegar a uno de los descansillos y a una seña de Blake sacó su pistola. Ambos se detuvieron ante una sólida puerta.

Cardona vió el tenue rayo de luz de una linterna que sacara Blake. Una pieza de metal finísima, brilló en manos del agente del servicio secreto. Blake empezó a trabajar cuidadosamente en la hoja de la puerta.

Cardona contuvo un grito de sorpresa. Una porción de la plancha de la puerta había sido cortada con anterioridad. Aquel era el trabajo preparatorio llevado a cabo por Blake.

Este introdujo el instrumento metálico por la hendidura abierta en la puerta y a poco quedaba al descubierto una abertura capaz de dejar pasar a un hombre.

Lo que más maravilló a Cardona, es que toda la operación fue ejecutada en el más absoluto silencio, tan pronunciado, que ni aun los que estuviesen al otro lado de la puerta podían haber oído el menor ruido.

¡Aquello era sencillamente portentoso!

Apagóse la luz de la linterna. A través de la abertura filtráronse rayos de luz.

Blake penetró en el agujero y Cardona le siguió, pero Blake se había movido con tanta rapidez, que el detective quedó unos pasos rezagado.

Ya dentro de la habitación, Cardona pudo ver a Blake que, pistola en mano, encañonaba a un chino que trataba de huir y que hasta entonces estuviera sentado en una silla.

El cautivo vestía a la americana. Se había levantado en el momento en que le sorprendió Blake y ahora se mantenía ante la silla con las manos en alto.

-Llame a sus hombres-ordenó Blake.

Cardona avisó a sus detectives y cuando éstos llegaron, y a una seña de su jefe, apoyaron los cañones de sus pistolas en el cuerpo del chino.

-Si pronuncia una sola palabra-dijo Blake-, haced fuego sobre él sin compasión alguna. ¡Al menor ruido que hagas... te matamos!

El agente del servicio secreto se dirigió a la pared opuesta que recorrió con sus manos arriba y abajo, hasta que encontró un espacio de pared que sonaba a hueco.

-¿Son tres golpes o cuatro?-preguntó volviéndose hacia el chino.

Luke Froy no contestó.

-Vamos-dijo Blake-. Le oí una vez llamar cuando yo estaba fuera. Me pareció oír tres golpes-los labios del chino dibujaron una sonrisa imperceptible, pero que Blake adivinó, sonriendo a su vez-, ¡pero yo voy a dar cuatro!

Hizo señas a Cardona de que se adelantara. Ya con el detective a su lado, Blake golpeó cuatro veces la pared. No obtuvo respuesta y golpeó de nuevo con más fuerza.

Cardona se quedó estupefacto al ver que la pared se corría hacia un lado; luego, recobrándose de aquella estupefacción momentánea se precipitó en la habitación.

Un hombre de edad avanzada levantaba en aquel momento su cabeza de sobre su escritorio. Cuando sus ojos desorbitados vieron a los atacantes, cogió el revólver que tenía sobre la mesa.

Blake dio un salto temerario cuando vió levantarse al viejo y su mano agarró rápidamente la muñeca que sostenía el revólver retorciéndola oportunamente en el momento en que el dedo oprimía el gatillo.

Blake intentaba apoderarse de aquel hombre vivo, pero Cardona le estropeó este plan. Viendo la amenaza, el detective disparó instintivamente y sus balas fueron a alojarse en el cerebro de Zachary Shellmann.

El viejo cayó hacia adelante, retorcido su cuerpo esquelético en una última convulsión.

-¡Doble Z!-gritó Cardona-. ¡ Doble Z! ¡Le hemos matado! ¡Le hemos matado!

El detective, anhelante, miraba a todas partes abarcándolo todo, los meros detalles, los auriculares telefónicos, el aparato receptor, el montón de recortes de periódicos. Se olvidó del cadáver y se apoderó de una hoja de papel que llevaba impresas en una esquina una seria de letras.

-¡Son como las otras!-gritó alborozado.

Los penetrantes ojos de Blake se fijaron en aquellos caracteres. Frunció de pronto el entrecejo y en sus ojos pudo verse un centelleo de comprensión.

El tipo de letra con que estaban impresas aquellas palabras era idéntico al de la máquina con que acostumbraba a escribir Doble Z sus mensajes.

Blake pasó a la otra habitación.

-Entren ahí-les dijo-, y ayuden a Cardona. Yo vigilaré a este hombre.

En cuanto desaparecieron los detectives, Blake habló a Luke Froy, y cosa curiosa, el agente del servicio secreto hablaba en el dialecto nativo que Luke Froy empleaba corrientemente.

En el rostro del oriental se dibujó el estupor que aquello le causaba. Luego empezó a suplicar también en su lengua natal. Miraba fijamente a los ojos del que le interrogaba y en aquellos ojos Luke Froy vió que adivinaba sus pensamientos. Acabó por confesar en breves palabras y Blake le interrumpió:

-¡Cómo!-exclamó el agente secreto, en inglés-. ¿Otra carta?

Luke Froy asintió.

-¡Cardona!-llamó Blake.

Le contestaron desde la otra habitación y a poco apareció el rostro de Cardona. Este pudo ver a Blake que seguía encañonando al chino.

-¿Ha recibido usted una carta de Doble Z hoy?

-Si-admitió Cardona, desmintiendo la afirmación que hiciera antes en la Delegación de Policía-. Aquí está, pero ya no significa nada. ¡Hemos matado a Doble Z!

Blake cogió el papel y leyó en voz alta:

<Barnaby Hotchkiss. Blaine Glover. Esta noche. Serán muertos por mi propia mano>

-¿Ha visto?-dijo Cardona-. ¡Firmado Doble Z... y nosotros le hemos matado a él! Ahora se comprende el por qué de las zetas enlazadas. Se llamaba Zachary. No le parece que...

-¿Dónde están Hotchkiss y Glover? -preguntó Blake.

-En casa de Matthew Wade. Han ido allí a cuidarse de algunos asuntos suyos. Les escribió que no dejaran de estar allí esta noche. Mis hombres están vigilando aquellos parajes... pero ahora ya están a salvo. Doble Z ha muerto.

Por un segundo el detective se olvidó de todo entregado al júbilo que le producía aquella afirmación y ese segundo lo aprovechó Luke Froy para de un salto prodigioso, quitarle la pistola a Cardona.

Blake no se movió. En el momento en que Cardona se precipitó sobre el chino, éste volvió el arma contra sí, la apoyó en su pecho y disparó. Luke Froy cayó al suelo moribundo.

-Muy mal-murmuró Blake dirigiéndose a Cardona que se había quedado estupefacto ante la acción inesperada de Luke Froy. Blake se inclinó sobre el caído y le dirigió unas palabras en chino, en la lengua nativa del caído,

-Ya puedes decírmelo-fue lo que dijo en voz muy queda.

-Ha muerto... mi amo-suspiró Luke Froy-.¡Ha muerto... y ya puedo hablar! Antes... no podía! Ahora... él murió... y yo voy a morir!

De la garganta del moribundo salieron unas palabras chinas y al fin de ellas un estertor agónico. Blake se puso en pie y dijo dirigiéndose a Cardona:

-Voy a marcharme. Ha acabado usted con el viejo y con su cómplice. El resto ya es fácil para usted.

Estrechó la mano de Cardona, mientras el detective se deshacía en frases de agradecimiento. Blake giró sobre sus talones y salió de la habitación, bajando apresuradamente las escaleras y no tardando en perderse en la noche, en diluirse, diremos mejor pues su silueta sombría se confundía materialmente con las tinieblas.

¡Terry Blake ya no seria más Terry Blake... porque había vuelto a ser la Sombra!

Y, sin embargo, allá arriba, en el interior de la casa, José Cardona ignoraba esta transformación. Ordenó a sus hombres que se llevaran los cadáveres, mientras él continuaba sus pesquisas entre los papeles de Zachary Shellmann. Aquella era para Cardona la hora del triunfo.

¡Había matado a Doble Z!

## *CAPÍTULO XXI*
## *LA LABOR DE LA SOMBRA*

Aun vigilaban los detectives ante la casa de Matthew Wade. En el interior había más. José Cardona, entretenido en Bronx no se había acordado de ordenarles que cesasen aquella vigilancia.

Sólo a dos hombres se les había permitido entrar en la casa aquella noche: a Barnaby Hotchkiss y a Blaine Glover, dos hombres de gran fortuna y amigos de Matthew Wade, a quien suponían muerto.

Habían acudido allí en respuesta a cartas que les dirigiera el propio Wade poco antes de emprender el vuelo mortal.

Estaban en el fumadero, examinando diversos documentos.

-¿Cree usted que corremos peligro aquí esta noche?-preguntó Hotchkiss a su compañero.

-Tal vez-contestó Glover cautelosamente-. Ese detective Cardona nos dijo que estaba inquieto por nuestra seguridad, pero con todos esos hombres custodiándonos...

-Una excelente precaución-dijo Hotchkiss-. Tal vez ha recibido algún aviso de que ese criminal nos persigue, pero me parece que el mejor sitio donde podíamos estar es aquí. ¡Estamos ampliamente custodiados, me parece a mí...!

Fuera de la casa uno de los detectives estaba guardando la puerta lateral, la misma por donde Matthew Wade había salido en su cupé para dirigirse al campo de aviación.

La calzada era estrecha y obscura. EL detective miró hacia la calle y le pareció que había visto moverse algo. Sacó su linterna del bolsillo y avanzó hasta el centro de la calzada, desde donde persiguió con la luz todos los rincones.

Sólo una sombra, apenas perceptible, se divisó momentáneamente, pero el detective no la advirtió siquiera. Aun siguió registrando la calzada con la linterna, sin oír el ruido de la puerta a su espalda.

Un hombre acababa de entrar en el vestíbulo de la vivienda de Matthew Wade, y avanzó por un pasadizo estrecho en el que no había luz alguna.

Una puerta le cerró el paso. Sabia que en el lado opuesto había un detective y otro patrullaba fuera en la calzada.

¡Sólo un hombre podía haber entrado tan silenciosamente, y ese hombre era la Sombra!

Era él quien avanzaba por el pasadizo. El fumadero estaba al otro lado de la puerta interior y a la derecha, pero La Sombra no avanzó hacia allí.

En vez de hacerlo así, empezó a palpar meticulosamente la pared a su derecha, pared que estaba cubierta de exquisitos dibujos. Esto no podía apreciarse en la oscuridad, pero los visitantes de la vivienda de Wade pudieron comprobarlo más de una vez cuando el pasillo estaba iluminado.

Lamont Cranston había visitado la casa de Wade en varias ocasiones y también se fijó en aquellas paredes, sintiendo vivísimos deseos de palparlas, cosa de la que había desistido bajo su disfraz de Lamont Cranston.

Pero siendo la Sombra, era libre de investigar a su antojo. Pasó y repasó las manos cuidadosamente a uno y otro lado, buscando con gran cuidado pero sin perder tiempo en esfuerzos inútiles.

Por fin sus dedos dieron con un espacio que cedía a su presión. Siguió presionando cautelosamente y una de las paredes resbaló hacia un lado. Pasó un cuerpo a través de la abertura y ésta volvió a cerrarse inmediatamente.

Se halló en una habitación larga y estrecha, baja de techo y sin ventanas, una verdadera ratonera, sumida en las tinieblas.

Reinaba allí un silencio absoluto. Al poco rato llegó hasta él un leve murmullo. Aparecieron súbitamente los rayos de una linterna de bolsillo y se fijaron en la pared. Una mano oprimió un botón y una luz opaca iluminó la habitación.

A aquella claridad podía verse a un hombre sentado ante una mesa sobre la cual había dos auriculares telefónicos y un aparato receptor-transmisor.

Frente a aquel hombre había un instrumento especial, una cajita con una diminuta brújula en la parte superior.

El rostro de aquel hombre no podía distinguirse cuando miraba hacia abajo.

Adelantó una mano y sus dedos se posaron sobre la parte superior de la caja, como si fuese a oprimir un botón situado en ella, pero de pronto separó las manos y alzó la cabeza, pues le pareció haber oído un ruido muy cerca de él.

Aquel hombre era Matthew Wade. Una extraña expresión de espanto dibujóse en su rostro y miró fijamente hacia el extremo de la habitación presa de un pánico momentáneo.

AL otro extremo de aquella habitación semejante a un pasillo, avanzaba una forma. Era un hombre vestido de negro de pies a cabeza. Un sombrero flexible tapaba sus ojos.

¡En su mano relucía una pistola y aquella mano estaba enguantada de negro¡

-¡La Sombra!

El temido nombre salió como un quejido de los labios de Wade.

-Sí-contestó una voz silbante-. ¡La Sombra! ¡Vengo a acabar de una vez con las maquinaciones de un asesino!

-Yo estoy en mi casa-gruñó Wade sin mover los brazos.

-La casa de un monstruo-replicó la Sombra.

-¡No puede usted probar nada!-exclamó Wade.

Una risa baja y sardónica fue la contestación del hombre de la noche. Esta risa llenó de terror el corazón de Wade.

¡La risa parecía más amenazadora aun que el hombre que la emitía!

-Escuche-dijo la Sombra, acusador-: Le contaré la historia de sus crímenes los que yo he descubierto y cuyos detalles he reunido.

» ¡Matthew Wade, el hombre a quien le gustaba matar! Un gran montero de caza, que buscaba la caza mayor, la caza humana! ¡Un hombre de gran fortuna, celoso del poder ejercido por los jefes del hampa, y que inspirado por un deseo malsano trató de superar tal poderío, concentrándolo en sí mismo!

»Yo, no sólo he descubierto sus crímenes, sino que he peleado contra ellos. Uno por uno he luchado con sus secuaces. Esta noche el último de ellos ha ellos ha purgado sus crímenes y ya sólo falta Tony Marino, que no tardará en caer en poder de la policía para que purgue todas sus fechorías en la silla eléctrica.

»Su primera víctima fue su amigo, el juez Harvey Tolland. Le mató usted porque no quiso falsear los hechos en la acusación contra Tony Marano, cuya culpabilidad iba a demostrar. ¿Por qué? Porque creía usted que Marano había de serle útil más tarde. Tolland se negó a sus pretensiones y entonces le envió usted un mensaje amenazador, la primera de las cartas del llamado Doble Z. Tolland huyó y estuvo a salvo durante varios meses.

»Fue entonces cuando empezó su reinado del terror. Cauteloso, empleó usted primero a Sneaks Rubin, un hombre que le procuraba información, y que llegó hasta por conducto de Loy Rook a quien conociera en Shanghai. Sabía usted que era tan hábil como usted, y que también amaba el crimen, por lo que creyó que podían aliarse.

»Merced a la información que le facilitaba Sneaks Rubin, usted informaba a la policía de los crímenes que iban a cometerse, y esto por tres razones: para atemorizar a Tolland, que continuaba escondido; para hacer temido el nombre de Doble Z, que había adoptado usted, y para llevar la confusión a las principales figuras del hampa.

»Desconcertó usted a Lombrosi, llevando a cabo un trabajo que él temía hacer, el asesinato de Philip Farmington. Esta fue mi primera pista, el sutil veneno li-shun. Sólo Loy Rook podía conocerlo. Usted, uno de los huéspedes en la vivienda de Farmington, puso el cigarro envenenado en su escritorio la noche antes de su muerte.

»Antes de esto ya sentía usted el deseo morboso de matar por sí mismo. Se le despertó el día que descubrió el escondite del juez Tolland.

»Entró usted allí para matar y llegó a tiempo, pues en aquel mismo instante. Tolland estaba revelando el secreto de su identidad y esto a un periodista, al pobre Caulkins. ¡Los mató usted a los dos y se llevó el cadáver de Tolland, ayudado por uno de sus cómplices, probablemente, Jake Dermott!

Un grito ahogado de Wade mostró a la Sombra que había adivinado. El asesino miraba alelado a aquel ser fantástico y misterioso que le estaba relatando uno por uno sus repugnantes crímenes.

-La muerte de Arnold Bodine representó una interrupción temporal de su gozo satánico de matar por sí mismo-continuó la Sombra-. Uno de mis agentes quedó encargado de evitarla, pero fracasó. Con la muerte de Bodine y la eliminación de Markan y Lombrosi, se convertía usted en el jefe supremo. El mayor de todos los jefes del hampa. Un hombre que no necesitaba esconderse, porque su identidad era desconocida.

»Pero al llegar aquí tropezó usted con la Sombra, Temía usted combatir con este enemigo desconocido, al que sabía más temible que la policía, y sobre todo en lo que se refería a usted y fracasó. Quedaron sin vida seis cómplices, y lo peor de todo para usted, su gran aliado, el mejor, Loy Rook pereció también.

»¡Por una vez conoció usted la derrota, pero como es un hombre listo conspiró para matarse a sí mismo! ¡Doble Z amenazando a Matthew Wade!

La melancólica risa de la Sombra expresó lo irónico de la situación.

-Pero afortunadamente a mí no me había usted engañado, Matthew Wade. Su poderío, su conocimiento, su inteligencia, todo indicaba un hombre de tipo superior al de un gangster. Su astucia no me engañó, como a Cardona y esperé su primer movimiento.

»Llegamos ahora al más diabólico de todos sus planes. Las notas de Doble Z. Parecían la obra de un loco. Deseaba usted tener una coartada perfecta y encontró usted lo que deseaba por mediación de Loy Rook.

»El viejo Zachary Shellmann había conocido a Loy Rook en Shanghai. Shellmann había adoptado allí a un joven chino, Luke Froy, quien le amaba como si fuese su padre. En Nueva York, en una vieja casa del Bronx se consumía con un deseo loco de matar. Luke Froy le cuidaba. Se hallaron escasos de fondos y acudieron a Loy Rook.

»Súbitamente tuvieron abundancia de dinero y cuanto deseaba el viejo era suyo en el acto. Luke Froy animaba los deseos asesinos de Shellmann, porque era lo único que hacia feliz al viejo.

»Empezaron a llegar a su poder cartas, las cartas de usted, de Doble Z. Él las copiaba y usaba su firma jeroglífica. Luego las enviaba a su destino, siendo Luke Froy el encargado de echarlas al correo. El joven chino sabia que obraba mal, pero temía a Loy Rook y al mismo tiempo ansiaba contentar a su padre adoptivo.

»En realidad, Luke Froy no sabía nada más sino que las cartas iban y venían, y que Zachary Shellmann recibía llamadas telefónicas de una fuente desconocida. Esas llamadas partían de esta misma habitación, El viejo se regocijaba extraordinariamente con los crímenes que usted cometía, y creía haber tenido una parte activa en ellos.

»Dos veces fue Luke Froy a ver a Loy Rook. Una a buscar el li-shun; otra para entregar al chino una nota que Shellmann había escrito dictada por usted. Se trataba de una nota en que se le daban instrucciones para mi captura. Un complot que ha fallado por completo.

»Ahora, aunque usted me teme, y su poder ha palidecido, intenta usted el crimen otra vez. Pasando por muerto, y en realidad oculto, no puede contener su imperioso deseo de matar. ¡Está usted aquí para asesinar a dos de sus amigos: Hotchkiss y Glover!

»He descubierto todo el plan. Una máquina infernal colocada en el fumadero en el que se encuentran esos dos hombres que han acudido aquí, precisamente, porque son amigos suyos, esa máquina infernal estallará en el momento en que usted ponga en contacto los alambres que van unidos a esa brújula. ¡Pero ese plan infernal no se consumará!

La Sombra hizo una pausa y contempló, al hombre que estaba sentado ante la mesa. Matthew Wade empezó a desvariar.

-¡La prueba!-gritó como un loco-. ¡La prueba de lo que dice!

-Shellmann murió esta noche-contestó la Sombra tranquilamente-. Luke Froy, aplanado por la muerte de su padre adoptivo, me contó toda la historia antes de suicidarse. Fue él quien me reveló que se había enviado una última carta, una carta que el detective Cardona mantenía en secreto.

-¿Piensa usted que soy Doble Z?-preguntó Wade,

-Sé que es usted Doble Z-dijo la Sombra.

-¡Pruébelo!-gritó Wade-¡Pruébelo!

La Sombra dio unos pasos hacia delante. Su mano izquierda llegó hasta la mesa y cogió un lápiz y un papel que había en ella. Con dos rápidos movimientos la mano izquierda de la Sombra dibujó la firma de Doble Z, dos letras enlazadas a media distancia la una de la otra.

Volvió el papel de medio lado e hizo la firma otra vez, pero ésta quebrando la unión de las dos letras por un trazo diagonal.

-¡Doble Z-dijo la Sombra en voz baja-. Doble Z para algunos... M. W. para otros!

Matthew Wade miró fijamente el papel en que estaban dibujadas las dos firmas empleadas por él.

-Un hombre reconoció esta marca-dijo la Sombra-. Lo comprendió el juez Tolland después de recibir su mensaje. Había oído hablar de usted antes de que llegase la carta a su poder. Conocía sus maniobras. Usted dejó esa nota en manos de Caulkins...

Las manos de Wade hicieron un movimiento brusco y rápido en este instante. Una de ellas llegó hasta la mano izquierda de la Sombra y agarró con fuerza la muñeca que sostenía la pistola.

La otra trató de poner en contacto los alambres que habían de hacer funcionar la destructora máquina infernal, pero no lo consiguió. La mano izquierda de la Sombra se libró fácilmente de aquella cometida y ya libre sus manos, acometió a su vez.

Trabóse una lucha encarnizada en aquella estrecha habitación. Wade luchaba ahora con el único ser a quien había temido, y al cerciorarse de que se trataba de un ser humano peleaba con redoblado furor.

Estaba intentando un esfuerzo desesperado para derrotar al hombre vestido de negro cuando la fortuna le favoreció. La Sombra tropezó y cayó hacia delante hasta llegar al suelo adonde le llevó el pesado cuerpo de Wade.

Con una mano, el millonario asesino apretó la cabeza de la Sombra contra el entarimado; con la otra cogió el cañón de la pistola y la arrancó de la mano de la Sombra.

Únicamente el dedo índice de la Sombra, seguía aún agarrado a la pistola, oprimiendo firmemente el gatillo. Wade con un grito de triunfo, tiró violentamente de la pistola hacia sí, pero la Sombra oprimió con fuerza el gatillo en un esfuerzo postrero.

Retumbó el disparo en la estrecha habitación como en una caja de música y Matthew Wade cesó lentamente en su resistencia.

Como el cañón de la pistola estaba apoyado en su pecho, la bala le atravesó el corazón. Matthew Wade había muerto.

Los centinelas de José Cardona no vieron la forma obscura que hizo deslizarse uno de los tabiques del pasillo que llevaba a la puerta lateral de la casa de Matthew Wade.

Recobró la pared su posición normal y abrióse la puerta que daba a la calle.

La Sombra pasó por ella fácil y silenciosamente, y como siempre invisible.

Se detuvo un momento para aspirar una bocanada de aire puro. Luego echó a andar en la oscuridad, como un fantasma, como un ser invisible.

Tras él, allá en la habitación secreta, quedaba el cadáver de Matthew Wade, el hombre que actuara como Doble Z, el multimillonario que no se satisfizo con tener únicamente la fortuna.

Aquel hombre había ambicionado el poder que sólo el crimen podía darle.

Había esparcido la muerte en torno suyo, pero su carrera había terminado.

Matthew Wade yacía enterrado en una tumba desconocida.

¡El reinado de aquel archicriminal llegó a su fin gracias a la Sombra!

En la calle, ignorantes de la lucha épica que acababa de desarrollarse a tan poca distancia suya, los espías de Cardona se quedaron estupefactos al oír el eco de una risa queda, vibrante, que parecía vituperar su inactiva vigilancia.

Aquel sonido extraño persistió durante unos minutos y luego se perdió a lo lejos.

La Sombra continuaba su camino victorioso para reanudar en otra parte de la gran ciudad, su lucha sin cuartel contra el hampa criminal.

¿Qué próximo atentado contra la seguridad pública atraería ahora su atención?

¡Sólo la Sombra lo sabía!

¡La Sombra triunfaría!

¡La Sombra reía!

***FIN***